

UN THRILLER DE APOCALIPSIS ZOMBI

CADÁVER

LIBRO 4

NICK CLAUSEN

Copyright © 2024 de Nick Clausen

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir ninguna parte de este libro en ninguna forma sin el permiso por escrito del editor o del autor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de los EE. UU.

CONTENIDO

LIBRO GRATIS

1. Chapter 1
2. Chapter 2
3. Chapter 3
4. Chapter 4
5. Chapter 5
6. Chapter 6
7. Chapter 7
8. Chapter 8
9. Chapter 9
10. Chapter 10
11. Chapter 11
12. Chapter 12
13. Chapter 13
14. Chapter 14
15. Chapter 15
16. Chapter 16
17. Chapter 17
18. Chapter 18

19. Chapter 19

20. Chapter 20

21. Chapter 21

22. Chapter 22

23. Chapter 23

24. Chapter 24

25. Chapter 25

26. Chapter 26

27. Chapter 27

28. Chapter 28

29. Chapter 29

30. Chapter 30

31. Chapter 31

LIBRO GRATIS



¿Quieres saber cómo empezó todo?

Todas las respuestas están en la precuela gratuita, *Draug*, que recibirás cuando te unas a mi boletín gratuito en:

nick-clausen.com/draug-es

1

Debería ser fácil.

Solo tiene que soltarse, dejarse caer y subir a un lugar seguro. Incluso tiene a la agente lista para ayudarlo. Lo sujetará si se cae hacia algún lado. Al menos si está al alcance.

Pero Aksel está agotado. Sus músculos están rendidos, lo que hace que sus movimientos sean torpes y sus reacciones lentas.

Si a eso le añadimos el hecho de que su vida está literalmente en juego, no es fácil en absoluto.

Y lo estropea todo.

Lo siente en el mismo instante en que sus manos sueltan el cable. Su agarre es demasiado rígido, y sus dedos se resisten a abrirse. Eso significa que no cae directamente hacia abajo, sino que se inclina hacia atrás, lo cual es, sin duda, lo peor que podría haber ocurrido, porque eso significa que caerá sobre su cadera o, peor aún, sobre la espalda.

Y en cuanto comienza la caída, ya es demasiado tarde. No hay forma de corregir su equilibrio y de colocar sus piernas de nuevo bajo su cuerpo. Está completamente a merced de la gravedad y del impulso de rotación.

La agente lo ve y grita algo que Aksel no logra registrar. Lo único de lo que es consciente en ese momento es una imagen muy vívida que aparece en su mente, despejando todo lo demás.

Jakob.

Allí tumbado.

Caído. En pedazos. Muerto.

Y ahora Aksel también está cayendo. Morirá.

—¡No!

La palabra surge desde lo más profundo de su ser y escapa de su boca en un rugido ronco y animal.

Al mismo tiempo, mueve los brazos hacia la izquierda y las piernas hacia la derecha, girando la columna para darse la vuelta. Es como ha visto hacer a los gatos, excepto que Aksel no tiene cola para ayudarlo, y es mucho menos ágil.

Aun así, logra girar lo suficiente su torso como para alcanzar las manos de la agente. Su parte inferior del cuerpo sigue apuntando en un ángulo de noventa grados respecto al resto, y, cuando su cadera choca dolorosamente contra el techo del coche, golpea la cabeza del zombi más cercano. Este se desploma con un gemido mientras Aksel comienza a patear frenéticamente, y los demás se abalanzan sobre él. La agente lo tira con fuerza, y Aksel siente varios pares de dedos por sus espinillas, tobillos y pies, algunos a poco consiguen agarrarlo. Pero ahora está fuera de su alcance, aferrado a la agente en lo que parece un abrazo incómodo.

Ella tira de Aksel mientras se agacha de nuevo en el coche, y él se lanza de cabeza tras ella.

En un momento está dentro. Aterrizza torpemente sobre la consola central, casi se golpea la barbilla contra el freno de mano. Se deja caer de lado, se voltea y se encuentra sentado en el asiento del copiloto, parpadeando.

—Dios, eso estuvo cerca —suspira la agente, mirándole desde el asiento del conductor—. ¿Estás bien?

Aksel traga con dificultad y asiente.

—Creo que sí.

—Has hecho un buen movimiento —dice ella, casi impresionada—. Estaba segura de que te caerías, pero entonces tú... —Gira las manos en el aire, ilustrando la acrobacia aérea de Aksel.

—Sí, lo sé —murmura él—. Fue puro reflejo.

—Por favor —dice Belinda desde atrás, asomando la cabeza entre los asientos—. Me alegro de que estés bien, Axe. Pero mi hija sigue ahí abajo...

Como si su madre la hubiera llamado, la voz de Rosa surge desde abajo:

—¿Estáis todos bien?

—¡Estamos bien, cariño! No te preocupes, te sacaremos de ahí... —Mirando a Aksel, levanta las cejas con una expresión que es mitad súplica y mitad pregunta.

Aksel parpadea. Hace unos segundos que ha esquivado a la muerte, de nuevo y por poco, y no recuerda el plan. Luego lleva la mano al bolsillo y saca el llavero.

—De acuerdo —murmura, aclarándose la garganta—. Escucha, Rosa. Tengo un imán fuerte con una cuerda. Lo bajaré por la ventana hasta el suelo. Necesitas enganchar la llave al imán para que pueda subirla. ¿Entiendes?

—Claro —dice Rosa tras una breve pausa—. Pero, ¿y yo?

—Sí —dice Belinda, frunciendo el ceño—. ¿Cómo salvará eso a mi hija?

—Una vez que arranquemos el coche, nos iremos despacio —dice Aksel. Luego, dirigiéndose al suelo—: Rosa, tendrás que aferrarte al chasis mientras...

—Ni hablar —dice Belinda de inmediato—. Es demasiado peligroso. ¿Y si se cae? ¿Y si no puede aguantar?

—Sé que es arriesgado —dice Aksel, bajando la voz—. Pero es lo mejor que se me ocurre. Y creo que podría funcionar.

Mira a la agente para saber su opinión. Ella parece estar perdida en sus pensamientos, pero vuelve en sí cuando siente que tanto él como Belinda la miran.

—No estoy segura de que funcione —dice con un tono extrañamente impasible—. Pero no se me ocurre nada mejor.

Aksel la observa durante un momento. Algo claramente la preocupa. No está en absoluto decidida como antes. De hecho, parece haber perdido el interés en manejar la situación. Aksel recuerda que estuvo hablando por teléfono mientras él y Belinda aún estaban dentro del edificio. Sea lo que fuera, debió de ser algo terrible, porque le ha destrozado la voluntad de sobrevivir.

Belinda aprieta los labios. Luego, mira hacia abajo:

—¿Rosa, cariño? ¿Has oído el plan?

—Sí.

—¿Hay algo a lo que puedas agarrarte?

—Creo que sí. Hay una especie de tubería, y puedo rodearla con los brazos. Pero no estoy segura de cuánto tiempo podré mantenerme agarrada.

—Probablemente sea el tubo de escape —interviene Aksel—. Debería aguantar bien. Se calentará con el tiempo, pero no es algo de lo que debamos preocuparnos, porque probablemente no tendremos que conducir más de unos pocos metros. Es solo hasta que hayamos dejado atrás a los muertos, y entonces saltaré y le ayudaré a entrar en el coche. Dime, Rosa, ¿sigues llevando ambos zapatos?

—Sí.

—Entonces pon los pies en el suelo y levanta solo la parte superior del cuerpo. No importa si se te desgastan los zapatos; te permitirá estar agarrada por más tiempo. Y asegúrate de que tu cabeza esté mirando hacia la parte delantera del coche.

—Vale. Lo tengo.

A Rosa se le nota un poco asustada, o al menos ansiosa. Pero también sorprendentemente decidida. Como si estuviera enfocada en la tarea en lugar de tener miedo. Lo cual es bastante

asombroso, dadas las circunstancias y sus escasas posibilidades de sobrevivir, de las que incluso ella debe ser consciente.

«Mierda, me cae realmente bien», piensa Aksel. Si algo le pasa, nunca me lo perdonaré.

Es muy consciente de que ya ha llegado a ver a Rosa como una hermana, y no le sorprende en absoluto darse cuenta de que se siente tan protector con ella como lo hacía con Jakob. Es casi como si haber perdido a su hermano hubiera hecho que su mente dirigiera su amor hacia la niña en su lugar. Como si aún necesitara ser el hermano mayor, el líder, el guardián de alguien.

—¿Podemos irnos ya? —dice Belinda, mirando a los muertos. Las ventanas están ahora manchadas con una mezcla de sangre y saliva, convirtiendo a todos los que están afuera en figuras que se mueven en una bruma roja brillante.

—Bien —dice Aksel, sacando la bola e introduciendo la cuerda—. ¿Lista, Rosa? Voy a bajar el imán por la ventana del lado del copiloto ahora.

—Estoy lista —confirma Rosa.

Solo cuando va a bajar la ventanilla se da cuenta, con una sensación de hundimiento, de que hay un gran fallo en su plan.

Está acostumbrado a conducir la camioneta de su padre, que es mucho más antigua. Tiene manivelas mecánicas, algo que ningún coche moderno tiene. La furgoneta solo tiene un botón. Y, dado que el motor está apagado, no funciona.

—Mierda —murmura Aksel.

—¿Qué pasa? —pregunta Belinda, sonando alarmada de inmediato.

—No puedo bajar la ventanilla —dice él—. Tendré que romperla. Quizás si logro hacer un agujero en la esquina superior...

—Eso no funcionará —dice la agente con tranquilidad—. Se hará añicos. Los cristales de los coches modernos están diseñados así.

Aksel se recuesta y suelta un fuerte suspiro por la nariz.

—¡Maldita sea! Estábamos tan cerca...

—¿Lo dices en serio? —pregunta Belinda, alzando la voz.

—Lo siento —murmura Aksel—. Olvidé que las ventanillas no se podían...

—No, claro, no pensaste esto bien, ¿verdad? —lo interrumpe ella—. Solo querías trepar por ese estúpido cable como si fueras un héroe de acción, ¿no?

—Escucha —dice Aksel, frotándose la frente—. Probablemente podamos encontrar una solución. Solo necesitamos...

—¿Necesitamos qué? —grita Belinda—. ¿Pensar? ¡Pues es un poco tarde! Deberíamos haberlo hecho antes de acabar aquí. Ahora todos moriremos, y no hay nada que podamos...

—No vamos a morir —gruñe Aksel—. Deja de hablar así, ¿quieres? No está ayudando.

—¡Pues tú tampoco ayudas! —le grita Belinda al oído.

Aksel se gira en su asiento para mirarla con rabia.

—¿No ayudo? ¡Si no fuera por mí, aún estaríamos todos dentro de ese maldito edificio!

—¡Sí, y eso hubiera sido mejor! —grita Belinda, riéndose con desdén, aunque parece a punto de llorar—. ¿No ves que estamos aquí atrapados como ratas? ¡Allí al menos teníamos opciones! Ese estúpido plan con el imán nunca iba a funcionar.

—Pues piensa tú en algo —grita Aksel—. ¡Ya que eres tan experta!

—¡Confié en ti! ¡Me dijiste que era la única manera!

—La única manera que se me ocurrió —la corrige Aksel, aun gritando—. Estuve abierto a otras sugerencias en todo momento. Es tu hija la que está ahí abajo, y no te he oído dar ni una sola sugerencia útil. Lo único que haces es entrar en pánico y quejarte.

Los ojos de Belinda han pasado de estar furiosos a completamente rabiosos.

—¡Eres un imbécil! —Se lanza hacia él, claramente con la intención de arañarle la cara, y Aksel apenas logra atraparla por las muñecas antes de que lo haga. Belinda grita obscenidades a Aksel mientras intenta alcanzarle. Aksel intenta frenarla, pero es como intentar apaciguar a un gato furioso. La agente intenta separarlos con desgana, como un árbitro de boxeo aburrido. Belinda logra soltar una mano y comienza a lanzar golpes a Aksel cuando, de repente, se detiene en seco. Su expresión se queda en blanco. Está mirando algo detrás de Aksel.

Él gira la cabeza y ve la ventana bajando, aparentemente por sí sola. Antes de que se abra por completo, el zombi más cercano, una mujer, mete los brazos y agarra a Aksel. Él suelta un grito y salta hacia atrás, cayendo sobre la agente. Belinda empieza a gritar. Aksel pateo a la mujer, que está a punto de entrar por la abertura, en ese momento la ventana se detiene de repente y vuelve a subir. El zapato de Aksel golpea la cabeza de la mujer, empujándola hacia afuera, permitiendo que la ventana suba casi por completo, atrapando ambos brazos. Ella gruñe y trata de alcanzarlos, pero no puede. Otros dos muertos perciben la oportunidad y tratan de meter las manos por la estrecha abertura.

Aksel teme que la fuerza combinada sea suficiente para bajar la ventana, pero se mantiene firme.

—¿Qué demonios? —grita, apartándose del regazo de la agente—. ¿Quién hizo eso?

—Fui yo.

La voz de Rosa hace que todos miren hacia abajo.

—Hay un botón en la llave, con el dibujo de una ventana. Puedo controlarlo desde aquí.

—Madre mía —resopla Aksel, mirando de Belinda a la agente, sonriendo—. Podrías habernos avisado antes de probarlo...

—Intenté hacerlo —dice Rosa con tono tranquilo—. Pero estabais ocupados peleando.

La forma en que lo dice hace que, de repente, las edades parezcan invertidas. Como si Aksel y Belinda fueran los niños y Rosa la única adulta responsable.

Aksel puede ver que Belinda también lo percibe, porque aparta la mirada y se sonroja.

—Perdón —murmura, aparentemente dirigiéndose tanto a él como a su hija. Luego, un poco más alto añade—: Pero no vuelvas a apretar el botón, ¿vale, cariño?

—No lo haré.

Los sonidos de los zombis son significativamente más fuertes ahora que la ventana está abierta. A Aksel no le importa. Ahora tienen lo que necesitan: una forma de sacar el imán y bajarlo al suelo.

2

Kristoffer solo tenía intención de disparar una vez, pero aprieta el gatillo con tanta fuerza que la pistola de clavos se dispara tres o cuatro veces en rápida sucesión.

... clang-hiss-clang-hiss-clang-hiss ...

Ragnar llega corriendo.

El soldado grita cuando por fin siente el dolor, y Kristoffer nota cómo la presión de la hoja contra su cuello aumenta. Instintivamente se inclina hacia atrás y agarra la muñeca del soldado con la mano izquierda, empujándola hacia atrás.

Aunque no era necesario.

El soldado no intentaba cortarle, simplemente se estaba desplomando. Todavía gritando, se derrumba a un lado, agarrándose la pierna. Ragnar llega hasta ellos y tira de Kristoffer hacia atrás, aunque no corre ningún peligro real. El soldado está tan ocupado con su pierna que ni siquiera parece darse cuenta de su presencia.

—¡Me has disparado! —grita—. ¡Me has disparado, cabrón!

—Buen trabajo —dice Ragnar, soltando un fuerte suspiro—. Buen trabajo, Kris.

Kristoffer se siente mareado. Sus dedos van al lugar de su cuello donde estaba la hoja. No siente ningún corte. Mira sus yemas. Tampoco hay sangre.

—¡Me has disparado en la pierna! —se queja el soldado—. ¡Joder, duele mucho!

—Es solo un maldito clavo —gruñe Ragnar, volviendo a recoger su rifle.

—¿Un clavo? —exclama el soldado, mirando a Kristoffer con una mezcla de dolor e incredulidad en el rostro.

—Sí, un clavo —dice Ragnar, volviendo con el rifle—. Cualquier carpintero con un mínimo de dignidad se ha clavado uno alguna vez sin querer. Así que deja de lloriquear como un bebé.

—Pero... ¿qué? —El soldado mira la pistola de clavos que Kristoffer aún sostiene en la mano —. ¿De dónde demonios has sacado eso?

—Lo tenía desde el principio —dice Kristoffer, murmura en un tono casi de disculpa.

Ragnar carga el rifle y, haciendo un gesto a Kristoffer, murmura:

—Quizá deberías retroceder un poco, Kris. Y taparte los oídos.

—¿Qué...? ¿Qué vas a hacer? —pregunta Kristoffer, cuando el soldado le interrumpe.

—¡No! ¡No, no, no, espera, espera, espera! ¡No lo hagas, tío! ¡Por favor! ¡Por favor, no lo hagas!

Ragnar ignora por completo las súplicas. Levanta el rifle hasta su hombro, cierra un ojo, apunta cuidadosamente al hombre y...

—¡Detente! —grita Kristoffer, agarrando el cañón del rifle.

Ragnar lo mira con una mezcla de enfado e incredulidad.

—Suelta mi rifle, Kris —su tono es bajo, hostil—. Y no vuelvas a hacer eso nunca más...

—Solo lo soltaré si prometes no dispararle.

Las cejas de Ragnar, ya fruncidas, se juntan aún más.

—¿Por qué demonios íbamos a dejarlo vivir? ¿Qué te importa? ¡Acaba de intentar matarte!

—No quiero más muertes —dice firmemente Kristoffer. Siente que los músculos alrededor de su boca tiemblan, pero no suelta el arma—. Ha habido demasiada muerte. ¡Se supone que estamos luchando contra los malditos zombis y en lugar de eso andamos disparándonos entre nosotros! ¿Qué demonios nos pasa? —Está gritando, pero no puede detenerse. Siente como si varios días de shock y miedo reprimido estuvieran saliendo de golpe—. Así que más vale que enterréis el hacha de guerra, o me largo, y podéis divertiros matándoos entre vosotros.

Deja de hablar, respirando pesadamente.

—Lo prometo —dice rápidamente el soldado—. Nada de más peleas. Nunca quise esto, lo juro. No iba a hacer daño a nadie, solo intentaba protegerme.

Kristoffer asiente, luego mira a Ragnar.

—¿Y tú?

Ragnar le arrebató el rifle, y durante un terrible segundo, Kristoffer está seguro de que les disparará a los dos. Pero luego se lo cuelga al hombro.

—Está bien. Acepto no disparar a este imbécil —lanza una mirada amenazante al soldado—. Si nos cuenta todo lo que necesitamos saber sobre su compañero psicópata... ¿cómo se llama?

El soldado mira a Ragnar y luego a Kristoffer, claramente confundido.

—¿Te refieres a Kjell? Claro, vale, yo... —Se interrumpe con un quejido—. ¡Joder! ¡Duele como el infierno...!

Ragnar suspira.

—Ayúdalo a sacar ese clavo, ¿quieres? Así dejará de quejarse y empezará a hablar. —Señala hacia la cueva—. Hay un par de alicates en la caja de herramientas azul. Eso debería servir. Yo me quedaré aquí, vigilando por si aparece Rambo.

Kristoffer mira al soldado muerto.

—No creo que vaya a volver.

Ragnar resopla.

—Eres tan ingenuo, Kris. A veces olvido lo joven que eres.

—No conocéis a Kjell —dice el soldado, hablando entre dientes—. No es un típico... no es una persona normal. Y acabas de matar a su hermano. Joder. Esto es malo. Te lo digo, va a volver. Y probablemente nos matará a todos.

Ragnar mira a Kristoffer, levantando una ceja.

—¿Ves? Reconozco a un psicópata cuando veo uno.

El soldado se queja de nuevo, tocando cuidadosamente sus pantalones ensangrentados.

—¡Por el amor de Dios! ¿Podemos terminar con esto? Estoy desangrándome como un maldito cerdo...

Kristoffer frunce el ceño a Ragnar.

—No puedo simplemente sacarle los clavos de la pierna con unos alicates. ¡Así no se hace!

—Claro que puedes —dice Ragnar, dándole la espalda y perdiendo interés en la conversación. Está oteando el área y comprobando el monitor de los sensores de movimiento.

Kristoffer extiende los brazos.

—¿Y si se han clavado en el hueso?

Ragnar le echa una mirada por encima del hombro, encogiéndose de hombros.

—Entonces tira con más fuerza.

3

No es precisamente cómodo tumbarse sobre el hormigón duro. Y desearía con toda su alma llevar una chaqueta. Ahora que el peor miedo se ha desvanecido ligeramente, el frío ha tomado el relevo y la mantiene bajo su gélido dominio, dificultándole mover los brazos y las piernas. Su nariz parece un carámbano, su trasero está entumecido, y aunque sigue soplando en sus manos, los dedos los tiene rígidos.

Al principio, estaba aterrorizada por la visión de los muertos intentando llegar a ella desde todos los lados. Sus ojos negros la miraban hambrientos, sus bocas chasqueantes goteaban espuma y sus manos verdosas arañaban sin descanso. Una vez que se dio cuenta de que no podían alcanzarla por más que lo desearan, fue capaz de relajarse un poco. El coche está diseñado de tal manera que las partes laterales, la delantera y trasera son muy bajos, mientras que el chasis es más alto. Así que, aunque tuvo que empujar con fuerza inicialmente para meterse bajo el coche, ahora que está allí, tiene suficiente espacio para darse la vuelta, cosa que hace. Atrapar el imán y fijar la llave a él parece más fácil estando boca abajo.

—Vale, Rosa —dice Aksel desde arriba, hablando lo suficientemente alto como para ahogar el coro de gemidos de los zombis—. Ahí va... Lo estoy dejando bajar ya.

Rosa gira la cabeza hacia donde supone que debe estar la puerta del copiloto, lo único que tiene como referencia son los neumáticos, ya que el resto de la vista está bloqueada por los zombis.

Espera, mira, conteniendo el aliento.

—¿Lo ves? —grita Aksel.

—¡No!

—Debería estar en el suelo ya...

—No lo veo por ningún lado.

—Espera... lo subiré de nuevo e intentaré otra vez... ¡Maldita sea!

—¿Qué pasa? —pregunta Belinda.

—El hilo se ha enredado en algo... Ya está, suelto... Vale, volvemos a ello...

Rosa mira, pero sigue sin ver el imán.

Aksel lo intenta varias veces más sin éxito.

Belinda pregunta si está seguro de que funcionará.

Rosa también empieza a preguntárselo, cuando de repente ve algo plateado. También hay un hilo muy fino, casi invisible.

—¡Para! —grita, justo cuando Aksel está a punto de subir el imán de nuevo—. ¡Lo veo! ¡Lo veo, Aksel!

—¿En serio?

—Sí. Pero hay una mujer... está cubriéndolo con el brazo... No sé si puedo alcanzarlo sin que me agarre...

—¡Ten cuidado, cariño! —le urge su mamá, con voz inmediatamente alarmada—. No te arriesgues...

—No, no lo haré —dice Rosa, mordiéndose el labio congelado. Su corazón late con fuerza. El imán está justo allí, a menos de un metro. Si no fuera por los zombis, podría simplemente estirar la mano y cogerlo.

—¿Puedes usar la pierna? —sugiere Aksel—. No pueden morder fácilmente a través de los zapatos.

—No, pero pueden arrancársela —responde la madre—. Necesita algo más...

—Aquí no hay nada —dice Rosa, echando un vistazo a su alrededor, aunque sabe que no hay nada más que ella debajo del coche.

—Tal vez haya algo dentro del coche —sugiere la policía; es la primera vez que Rosa la escucha hablar, y su voz es suave, como si aún estuviera en sus propios pensamientos—. Vi un paraguas en la parte trasera cuando buscaba la llave.

—Voy a buscarlo —dice Belinda.

Rosa espera.

—Vale, Rosa —dice Aksel—. Voy a dejar caer el paraguas por la ventana. Solo tenemos una oportunidad. No puedo volver a subirlo como hice con el hilo. ¿Lista?

—Lista —confirma Rosa.

—Ahí va...

Rosa no lo ve de inmediato. Probablemente cae encima de los zombis. Luego distingue algo rojo. El paraguas ha llegado al suelo, pero está aún más lejos que el imán, y uno de los zombis

empuja contra el coche haciendo que su rodilla desplace el paraguas unos centímetros más, colocándolo fuera del alcance de Rosa.

—Nada —dice con un suspiro—. No puedo alcanzarlo.

—¡Mierda! —exclama Aksel—. Vale, Rosa, danos un minuto para buscar otra cosa...

Pasa un minuto. Luego otro. Ella puede oírlos hablar entre ellos. No aparta la vista del imán. Se mueve un poco hacia delante y atrás debido a los movimientos de la mujer, pero en gran medida permanece en su sitio, justo debajo de su axila izquierda.

—Tengo un cinturón —dice finalmente Aksel—. Es lo único que tenemos, Rosa. ¿Crees que funcionará?

Rosa lo piensa. Ha estado mirando el imán, pero ahora se da cuenta de otra cosa. El zombi al otro lado de la mujer, un hombre mayor, sigue intentando acercarse desde un lado. Está relativamente oculto detrás de la rueda, y eso parece molestarle. Sigue moviendo la cabeza de un lado a otro, como si intentara ver a Rosa. Se le ocurre una idea.

—Creo que intentaré otra cosa —dice—. No sé si funcionará, pero...

—¿Qué es? —pregunta su madre con voz aguda—. ¿Es arriesgado?

—Un poco, quizás. Me quitaré la camiseta y la lanzaré a la cara de la mujer. Si no puede verme, no podrá agarrarme. Si consigo cegarla durante dos segundos, podré coger el imán.

Espera que mamá se oponga, pero no lo hace. Le sigue un momento de silencio.

Cuando alguien habla, no es su madre, sino Aksel.

—No creo que sea una mala idea. Pero tal vez usa los pantalones en lugar de la camiseta. Y ponte los calcetines en las manos. Así estarán mejor protegidas por si te araña accidentalmente.

—Está bien —dice Rosa. Comienza a quitarse los zapatos, los calcetines y los pantalones. Es difícil debido al espacio estrecho y a sus manos congeladas. Pero lo consigue. La piel de sus piernas ya está fría, pero al apoyarla contra el helado hormigón, empieza a doler. Lo ignora lo mejor que puede, se pone un calcetín en la mano derecha y luego mete la mano izquierda dentro de uno de sus zapatos. Luego recoge los pantalones, los enrolla en un bulto y se mueve muy lentamente y con cuidado más cerca de la mujer. Cuando está a solo unos centímetros de su alcance, Rosa se detiene. La mujer se alborota con la proximidad de Rosa, gruñe, gime y araña el aire con ansias.

—Lo haré ahora —dice, oyendo su propia voz temblar un poco. No está segura de si es por miedo o por el frío que la hace temblar por completo.

—Por favor, ten cuidado, cariño —dice su madre, al borde de las lágrimas.

—Lo tendré —promete Rosa.

Respira dos veces más y lanza los pantalones a la cara de la mujer.

Se da cuenta enseguida de que funciona. La mujer emite un gruñido molesto y comienza a retorcerse para quitarse los pantalones de encima. Cuando eso no funciona, usa las manos, lo que significa que ya no está intentando alcanzarla.

Rosa se acerca de inmediato y va a por el imán con su mano cubierta con el calcetín. Lo agarra, y justo cuando retrocede, la mujer consigue apartar los pantalones de un manotazo, y sus ojos negros se fijan en Rosa de inmediato, visiblemente sorprendida de verla tan cerca. Rosa grita y levanta la mano izquierda mientras la mujer intenta agarrarla. Ella le sujeta la muñeca (Rosa agradece que Aksel le hiciera usar los pantalones en lugar de la camiseta) y tira con fuerza. Rosa retira su brazo en la dirección opuesta, pero la mujer es demasiado fuerte. Rosa grita mientras la mujer le lleva el brazo a la boca, abre de par en par y muerde justo la punta del zapato. Rosa tira con fuerza de nuevo, y esta vez su mano resbala fuera del zapato, y queda libre. Pero sigue estando al alcance de la mujer. Afortunadamente, la zombi pasa un par de segundos mordiendo con fuerza el zapato de Rosa, y eso es todo lo que necesita para retroceder hacia el centro del coche y salir de su alcance.

Permanece allí durante un momento, con el corazón latiéndole tan fuerte que le marea. No puede oír nada más que el gruñido enojado de la mujer al darse cuenta de que el zapato no es comestible, lo tira a un lado y vuelve a intentar alcanzar a Rosa.

Poco a poco, otros sonidos regresan, y se da cuenta de que su madre está gritando su nombre.

—¿Rosa? ¡Rosa! ¿Estás bien? ¡Oh, Dios! ¿Rosa?

—Estoy... bien —responde Rosa con voz ronca. Se aclara la garganta y grita un poco más fuerte—: Estoy bien, mamá. No me ha pasado nada.

—¡Gracias a Dios! —exclama su madre—. ¿Estás segura? ¿Estás segura de que estás bien?

—Sí —dice Rosa, dándole la vuelta a su mano congelada. No tiene ni un rasguño. Ni uno solo. Si no hubiera llevado el zapato, sin duda estaría viendo un desastre sangriento con huesos rotos y dedos rotos.

—¿El imán? —pregunta Aksel—. ¿Lo has conseguido?

Rosa se da cuenta, horrorizada, de que se había olvidado por completo del imán. Gira la cabeza para mirar su mano con el calcetín. Todavía está cerrada en un puño. El fino hilo de nylon transparente sale de entre su pulgar y el resto de sus dedos. Y, a medida que su mano congelada y agarrotada se abre a regañadientes, ve el imán allí.

—Lo tengo —susurra—. ¡Lo tengo!

—¡Sí! —grita Aksel, sonando como si estuviera viendo un partido en la tele y su equipo acabara de marcar—. ¡Genial! ¡Eres la mejor, Rosa! ¡Muy bien!

Rosa no puede evitar sonreír. Sus mejillas están tan congeladas que apenas se mueven. Su nariz y sus ojos están llorosos, y está temblando mucho. Incluso hablar le cuesta.

—Voy a... colocar... la llave ahora —dice.

La llave sigue allí, en el suelo, y se adhiere al imán de inmediato.

—Vale, Axe —llama, colocando la llave y el imán en el hormigón—. Puedes subirlo ahora.

Durante unos segundos no pasa nada. Luego el hilo se tensa lentamente, y el imán empieza a deslizarse por el suelo. Rosa lo sigue con la vista, conteniendo la respiración. No será fácil. El hilo parece estar muy cerca de la puerta del coche, así que con suerte no se enganchará en nada. Pero primero, tiene que pasar junto a la mujer. Está justo al lado de su cara. El imán se desliza entre sus manos agitadas, y por un momento, Rosa teme que ella agarre la llave y la arranque. Eso sería suficiente para arruinar la fuga.

Pero, por supuesto, la mujer no tiene idea de lo que están tratando de hacer, y ni siquiera parece notar el imán. Sigue acercándose a su cara, se detiene brevemente junto a su barbilla, luego se levanta del suelo y cuelga como un pendiente que flota a unos centímetros de su rostro. Ella mueve la cabeza, golpeando el imán, y este se balancea un poco. Pero la llave sigue ahí. Sube más todavía, y está casi fuera de la vista de Rosa, cuando se enreda en el cabello de la mujer.

—Mierda —dice Aksel—. No, no, no. Está atascado en algo.

—Es su... cabello —le dice Rosa—. Intenta... moverlo...

El imán sube y baja. Cuidadosamente al principio, luego un poco más. La llave gira un poco a medida que los mechones de pelo de la mujer se enredan entre ella y el imán, y por un momento aterrador, Rosa está segura de que caerá.

Entonces la mujer mueve de nuevo la cabeza, sacudiendo su cabello hacia un lado, y libera el imán de inmediato. Este se eleva, llevando la llave consigo, desapareciendo de la vista.

—Vale —dice Aksel—. Vale, creo que ya está... Creo que...

Se interrumpe con un jadeo. Un momento de silencio. Luego grita:

—¡La tengo! ¡La tengo, joder!

4

La operación —para enorme alivio de Kristoffer— resulta mucho más sencilla y menos arriesgada de lo que temía. Solo dos de los clavos se han introducido, y están justo bajo la piel. La parte difícil, en realidad, es quitarle los pantalones al soldado, ya que están prácticamente clavados a su pierna. Cuando lo consiguen, sacar los clavos con las tenazas es muy sencillo y se hace en un par de segundos. Salen con un sonido suave y húmedo, y Kristoffer los deja caer al suelo.

El tipo rechina los dientes, escupe y se golpea la otra pierna, como si quisiera distraerse. — Jesús, María y José, esto es lo más doloroso que he hecho jamás...

—Entonces estoy seguro de que esto no te molestará demasiado —murmura Kristoffer, abriendo el botiquín y sacando el agua oxigenada. La desenrosca y echa un poco sobre las heridas.

El soldado grita, apartando la pierna. —¿Qué demonios, hombre? Se supone que tienes que usar un algodón y aplicarlo suavemente...

—Lo siento —Kristoffer se encoge de hombros—. No soy médico.

—Y tampoco hiciste un curso de primeros auxilios, ¿verdad? —gruñe enfadado su nuevo compañero, y luego rompe en una risa nerviosa—. Mira, lo siento... eres un buen tío. Estoy hasta los cojones... han sido un par de días de locos, ¿sabes? Y ahora esta situación tan jodida... —Se pasa ambas manos por el pelo y luego por la cara, cubriéndose los ojos y suspirando profundamente—. Realmente quería llegar a Suecia. Ahora en vez de eso voy a morir en una cueva.

—No te vas a morir —le asegura Kristoffer, colocando una tirita grande sobre las heridas—. Si se infecta, Ragnar tiene todo tipo de antibióticos, y estoy seguro de que podemos...

—No hablo de eso —dice el soldado con tono sombrío—. Hablo de Kjell. Nunca le caí bien. Fue Lukas quien le convenció de llevarme, porque soy el que tiene el contacto en Suecia. De todos modos, ahora que Lukas está muerto, estoy seguro de que Kjell disfrutará matándome solo por diversión.

Kristoffer frunce el ceño. —Nadie es así en la vida real.

El soldado resopla. —Entonces no conoces a Kjell.

—No, no le conocemos —dice Ragnar, apareciendo de repente—. Así que, por favor, ponme al día.

El soldado se humedece los labios, mirando de Kristoffer a Ragnar, aparentemente inseguro de por dónde empezar. Se mete la mano en el bolsillo del pecho y saca un paquete de chicles, se mete dos en la boca. Al parecer, durante la pelea había escupido o se le había caído el que estaba masticando.

—Soy Kris, por cierto —dice Kristoffer, ayudando al tipo a romper el hielo—. Este es Ragnar.

—Sí, lo sé —dice el soldado, mascando el nuevo chicle—. Soy Jan. —Toma aire—. Bueno, veamos. Kjell es un maniático. Como, un psicópata de verdad. Estoy seguro de que mataba gatitos y cosas así de pequeño. No creo que jamás le hayan condenado por nada, pero encaja perfectamente en el perfil. Le conozco desde hace ocho, nueve años o algo así, y todavía me pone los pelos de punta a veces cuando habla. —El soldado se encoge de hombros—. No tiene empatía. Solo le importa él mismo, y tal vez su hermano mayor. Lukas era la única familia que tenía, y ahora que lo habéis matado... —Jan mira a Ragnar y niega con la cabeza—. No va a dejarlo pasar de ninguna manera.

—Por supuesto que no —dice Ragnar con simpleza—. Yo tampoco lo haría. Entonces, ¿qué podemos esperar? ¿Vendrá a lo loco, o es de los que prefiere ser sigiloso?

Jan mastica el chicle con fuerza, sus ojos recorriendo la cueva durante unos segundos. —Ninguno de los dos, creo. Quiero decir, puede ser muy sigiloso cuando quiere. Ya visteis cómo él y Lukas se acercaron a vosotros sin hacer ruido. Fui yo quien activó la alarma; Kjell nunca sería tan descuidado. Está entrenado para esas cosas. Yo solo soy un operador de radio.

—Así que no hay necesidad de poner más cables trampa —concluye Ragnar—. ¿Cómo crees que vendrá por nosotros?

Jan niega con la cabeza. —No lo sé. Honestamente. Estoy seguro de que se le ocurrirá algo ingenioso. Es un gran solucionador de problemas, y tiene esa forma retorcida de pensar. Como una vez que me contó cómo tres tipos fueron a por él en la escuela. Los había provocado o algo, así que le siguieron hasta el baño para darle una paliza. Se encerró en un cubículo, y no había

manera de salir. Aun así, salió de allí sin un rasguño. —Jan levanta las cejas—. ¿Sabes cómo salió de ahí?

Ragnar no dice nada, así que Kristoffer carraspea. —¿Cómo lo hizo?

—Se cagó en su propia mano, abrió la puerta y se lo lanzó a la cara. Uno de ellos aún se le echó encima, así que le sacó el ojo con la llave de su scooter. Era menor de edad, así que solo lo trasladaron a otra escuela.

—Joder —murmura Kristoffer.

—Bien —dice Ragnar con un tono sorprendentemente sereno—. Así que no le importa ensuciarse las manos y le gusta el drama. Es bueno saberlo. —Luego, como si el tema estuviera zanjado, señala con el pulgar sobre su hombro y dice—: Tengo hambre, así que voy a encender el fuego. Vosotros podéis...

—Espera —le interrumpe Kristoffer mientras Ragnar está a punto de irse—. No puedes salir ahí fuera.

—¿Por qué no?

—Bueno, él sigue ahí fuera. Podría estar esperándote. Podría dispararte en cuanto pongas un pie fuera.

—No creo —dice Ragnar, apretando los labios y tirando hacia abajo de las comisuras de la boca—, es algo que Kristoffer ha notado que hace a menudo y le recuerda a Robert De Niro—. No va a hacer eso. Sería demasiado fácil.

Kristoffer mira a Jan en busca de confirmación.

Jan se encoge de hombros. —No lo sé, pero... creo que podrías tener razón.

—Confía en mí —dice Ragnar—. Si solo quisiera dispararnos, ya habría venido a por nosotros. No, él está...

Ragnar deja de hablar cuando suena un teléfono.

Jan rebusca en la mochila. A Kristoffer le sorprende que tenga señal aquí arriba, pero tiene sentido cuando ve a Jan sacar el teléfono. No es un móvil normal, sino un dispositivo de aspecto anticuado con botones y una pantalla estrecha. También tiene una antena gruesa y plegable.

—¿Es él? —pregunta Ragnar al ver que Jan se queda mirando la pantalla.

El soldado parpadea y mira hacia arriba. —Ajá.

5

Tener la llave en la mano le parece surrealista.

—Hasta ahora, todo bien —dice, mirando de la mujer policía a Belinda.

—No puedo creer que haya funcionado —dice la mujer policía mientras extiende la mano.

—Lo sé —concede Aksel—. Solo recemos para que arranque.

Realmente no quiere pensar en ello, pero ha considerado brevemente todas las cosas que podrían hacer que el coche no arranque. Batería muerta. Depósito vacío. O mil cosas que pueden fallar en el motor. No es un experto en coches, pero sabe que los vehículos de hoy en día tienen todo tipo de componentes electrónicos, y si un cable está roto, quemado o incluso húmedo, podría ser suficiente para que todo el sistema se apague. Después de todo, bien podría haber una razón por la que alguien dejaría su coche aparentemente perfecto en medio del aparcamiento.

—Por supuesto que arrancará —dice Aksel, tratando de sonar confiado mientras le entrega la llave.

La policía la toma, la inserta en el encendido y pisa el freno.

Aksel siente la mano de Belinda agarrar su hombro mientras ella se inclina hacia adelante. Parece un impulso del que ni siquiera es consciente, porque está mirando fijamente el tablero.

La policía gira la llave a la mitad, y todas las luces se encienden. Aksel nota que el indicador de combustible muestra cuatro de cinco barras. Ninguna señal de advertencia, excepto la que indica que el freno de mano está puesto.

—Vamos —susurra Aksel, sin saber realmente a quién se dirige.

La policía gira la llave por completo. Aksel siente el motor más que escucharlo. Es tan silencioso que apenas lo distingue entre los gruñidos y gemidos de los zombis. Pero hay un leve zumbido en su asiento que le indica que el motor se ha encendido sin más que un suspiro.

—¿Ha arrancado? —chilla Belinda, apretando el hombro de Aksel—. ¿Está en marcha?

—Lo está —dice la policía con indiferencia, como si nunca hubiera estado nerviosa, o quizá simplemente no le importara.

—¡Gracias a Dios! —suspira Belinda.

—¡Vale, Rosa! —grita Aksel, inclinándose hacia adelante—. ¿Estás lista? Vamos a empezar a conducir.

Hay un breve silencio, luego la niña responde:

—¡Lista!

—Aguanta con todas tus fuerzas, cariño —le dice Belinda—. Solo llevará un minuto, y luego estarás a salvo.

—Lo sé, mamá. Lo haré lo mejor que pueda.

—Y avísanos si pierdes el agarre, ¿vale? Nos detendremos de inmediato. —Mientras dice esto, Belinda lanza una mirada significativa a la mujer policía. Ella asiente en respuesta, pero cuando aparta la vista, Aksel capta su mirada, y puede ver que está pensando lo mismo que él. Que detenerse será imposible. Si Rosa se suelta, ni la reacción más rápida será lo suficientemente rápida. Será un festín para los zombis.

—Está bien —responde Rosa.

Una vez más, Aksel se impresiona por la actitud de la niña. Debe estar agotada, congelada, aterrorizada. Está a punto de emprender una tarea muy ardua y difícil. Un pequeño desliz probablemente signifique la muerte. Y aun así, suena serena. Concentrada.

«Ojalá tuviera la mitad del valor de esa niña. Le habría pedido salir a Frida hace semanas. Habríamos pasado muchas más noches juntos antes de...»

El pensamiento de Frida le atraviesa el corazón como una puñalada, y deliberadamente empuja el recuerdo hacia el fondo. Se ocupará de ella más tarde. De ella y de Jakob. Por ahora, todo debe centrarse en la supervivencia.

—Voy a hacer una prueba —dice la policía, sacando a Aksel de sus pensamientos—. Conduciré unos metros, a ver si al menos podemos movernos.

Aksel entiende su duda. Hay mucha gente muerta ahí fuera. Cuando él y Belinda llegaron al coche, había tal vez treinta o algo así. Ahora hay al menos cien. A Aksel le recuerda a la multitud en un concierto de rock, todos empujando para llegar al frente. Si el coche hubiera sido un poco más bajo, no habrían podido ver nada. Pero afortunadamente, es lo suficientemente alto como para mirar por encima de la marea de cabezas y manos. La carretera, a diferencia del aparcamiento, está casi vacía. Si consiguen llegar allí, deberían tener vía libre.

La policía lo pone en Drive, suelta el freno de mano y pisa con cuidado el acelerador. El coche no se mueve al principio, al menos no hacia adelante. Se balancea hacia adelante y hacia atrás debido a la presión de los zombis. Acelera un poco más, y Aksel finalmente escucha el motor. Los zombis que están justo frente al coche son empujados a un lado o forzados a avanzar hacia atrás. Se tambalean, algunos caen, pero no se apartan voluntariamente. Al contrario, se vuelven más ansiosos.

El coche avanza unos metros y luego la policía se detiene de nuevo. —¿Cómo lo llevas, Rosa? —grita Aksel.

—¡Bien! Está funcionando.

—Oh, Dios mío —exhala Belinda. Sigue agarrando el hombro de Aksel.

—Eso es bueno —dice la policía, y Aksel nota que parece un poco más despierta ahora. Como si la tarea en cuestión la hubiera llamado momentáneamente de vuelta de la especie de trance en el que estaba—. Tómame un descanso, Rosa, y luego lo haremos del tirón. Conduciré unos cinco metros, luego saldré a la carretera. Con cuidado al bajar la pequeña rampa, ¿vale?

—Vale.

Pasan unos segundos.

—¿Lista de nuevo? —pregunta la policía.

—¡Lista!

La policía asiente y luego pisa el acelerador. El coche comienza a empujar contra los zombis y luego se pone en marcha lentamente otra vez.

Atravesando la multitud a cámara lenta, logran hacer exactamente lo que Aksel esperaba: dividir a la gente muerta como Moisés hizo con el Mar Rojo. El coche se balancea y se sacude mientras los empujan desde los costados. Aksel oye huesos romperse por brazos y piernas atrapados bajo las ruedas. Y la mujer cuyos brazos están enganchados en su ventana es arrastrada durante el trayecto, tambaleándose de lado mientras sigue resoplando y buscando a Aksel.

—Rosa, cariño —grita Belinda—, ¿sigues bien?

No recibe respuesta.

—¡Rosa!

—Está bien, se está concentrando —dice Aksel—. No es fácil aguantar el peso así. Déjala que se concentre.

Belinda aprieta los labios, como si luchara contra el impulso de gritar a su hija otra vez.

—Sigue ahí —la tranquiliza Aksel, añadiendo en su mente: «Si no, ya habríamos escuchado su grito».

—¡Rosa, cariño! —grita la policía, girando el volante para que el coche vaya a la izquierda—. ¡Aquí viene la rampa!

No hay respuesta desde abajo, al menos no una que Aksel pueda entender.

El SUV baja a la calle con una de las ruedas delanteras, luego la otra, y finalmente ambas traseras. Se balancea un poco más violentamente de lo que lo ha hecho hasta ahora, y Aksel oye un sonido que está bastante seguro de que proviene de Rosa. Es una mezcla entre un gemido y un gruñido.

—¿Cariño? —grita Belinda, al parecer también lo ha oído—. ¡Detente! —grita, agarrando el brazo de la policía—. ¡Se ha resbalado! ¡Detente! ¡Vuelve atrás!

—No —dice Aksel—. ¡Sigue conduciendo! —Libera la mano de Belinda y la sujeta entre las suyas, atrapando su aterrorizada mirada—. Está bien. Gritará si necesitamos parar. ¿De acuerdo?

Belinda respira de manera entrecortada, pero logra asentir. Parece que quiere vomitar o llorar, o ambas cosas.

—Maldita sea —maldice la policía—. No se apartan...

Aksel mira afuera y ve cómo la multitud les sigue como paparazzi acechando a una celebridad. Se están quedando atrás, pero lentamente. Aún quedan varios frente al coche, y muchos más flanqueándolo por los lados, tambaleándose junto a él.

—Necesito acelerar —dice la policía—. ¡Aguanta, Rosa! ¡Solo un poco más!

El coche acelera. Y funciona. Los zombis son lentos y apenas alcanzan a correr. Pero el aumento de velocidad también significa que los de enfrente ahora están siendo atropellados en lugar de apartados, y el coche se tambalea y se sacude con fuerza al pasar por encima de los cuerpos caídos.

—¡Aguanta, Rosa! —grita Belinda.

Aksel mira hacia atrás. Al ver que la mayoría de la multitud se queda atrás, se sorprende al comprobar cuántos muertos les habían rodeado. Ocupan casi toda la calle. Algunos ya están perdiendo interés en intentar seguir al coche y se dirigen en otras direcciones, con la esperanza de encontrar presas más fáciles. Los rezagados, sin embargo, siguen intentando cerrar la creciente distancia con el SUV.

—Sigue ahí —dice Aksel—. Aguanta.

Empieza a albergar la esperanza de que realmente lo conseguirán, cuando la policía exclama: —¡Joder!

Girando, ve a un tipo grande, con la cabeza rapada, agarrándose al capó del coche. Parece haber usado a uno de sus compañeros caídos como trampolín, y ha conseguido agarrarse a los

limpiaparabrisas. Está aplastando su cara contra el parabrisas, intentando morder a la policía.

Ella envía un chorro de líquido limpiador a su cara, pero apenas parece afectarle. En su lugar, la policía gira el volante suavemente de un lado a otro. El zombi se balancea de lado a lado, pero no suelta.

—Yo me encargo —dice Aksel—. Solo sigue conduciendo.

La mujer en su ventana sigue siendo arrastrada, incapaz de caminar por su cuenta. Aksel presiona el botón y baja la ventana. La mujer cae con un gruñido y desaparece de su vista. Aksel se asoma por la ventana y grita:

—¡Aguanta, Rosa! ¡Casi estamos!

Se inclina hacia delante y agarra el tobillo del tipo. Tirando con fuerza, consigue arrastrar ambas piernas fuera del capó. El zombi gruñe y se aferra, pero ahora que está colgando con todo su peso de uno de los limpiaparabrisas, no aguanta y se rompe. El hombre cae, aterrizando con fuerza en el asfalto y rodando varias veces.

Aksel se mete de nuevo en el coche y mira por la ventana trasera. Casi todos los muertos han abandonado la persecución. Solo media docena parecen empeñados en alcanzarlos, pero están a unos veinte metros de distancia.

—¡Está despejado! —dice la policía—. ¡Prepárate, Aksel!

—¡Listo!

La policía frena en seco, y Aksel abre la puerta de un empujón, se lanza fuera y cae al suelo. Al mirar debajo del coche, teme lo que verá.

Lo peor de todo sería no ver nada. Que Rosa no estuviera allí.

Casi tan malo sería ver a Rosa, golpeada y raspada hasta desangrarse por el trayecto.

Lo que ve es a la niña, con ambos brazos envueltos alrededor del tubo de escape, los ojos apretados, el rostro decidido. Solo lleva un zapato, y está casi hecho trizas, pero sigue aferrada.

—¡Rosa! —grita, extendiendo la mano—. ¡Vamos! ¡Vamos, vamos!

La niña abre los ojos, gira la cabeza, y su cara muestra una expresión de sorpresa. Solo necesita medio segundo para reaccionar. Suelta los brazos y se desploma en el suelo. Trata de darse la vuelta, intenta arrastrarse hacia él, pero sus fuerzas le fallan, y lo único que logra es extender el brazo.

Pero es suficiente.

Aksel agarra su mano helada y tira con fuerza. La niña se desliza sobre el asfalto. Tiene que girar la cabeza hacia un lado y exhalar para conseguir sacar la cabeza y el pecho de debajo del coche.

Belinda ha abierto su puerta y grita desde dentro. Se está inclinando, extendiendo ambos brazos hacia Rosa, y si la policía no la hubiera sujetado, probablemente se habría caído.

Aksel no espera a que Rosa se levante por su cuenta. Probablemente no puede. Así que simplemente la levanta como si fuera un muñeco y prácticamente la lanza a los brazos de su madre. Cierra la puerta, y cuando se da la vuelta para saltar dentro de nuevo, el hombre calvo se abalanza sobre él. Por puro reflejo, Aksel se aparta del coche, y el tipo choca contra la puerta recién cerrada. Aksel escapa por poco y se tambalea hacia un lado. Al volverse, ve que el hombre intenta entrar por la puerta abierta, y grita a la policía que conduzca.

No necesita la instrucción, ya que ya ha pisado el acelerador. El SUV avanza medio segundo antes de que el intruso pueda entrar. En su lugar, intenta agarrarse al costado del coche, solo para tambalearse y caer de bruces.

—¡Sí! —exclama Aksel triunfante—. ¡Lo conseguimos!

Entonces de repente es consciente del hecho de que, aunque Rosa está a salvo dentro del coche, él mismo está ahora en medio de la carretera, desarmado y completamente expuesto.

El zombi calvo ya se está levantando, y cuando Aksel echa un vistazo hacia atrás, ve al grupo de rezagados acercándose rápidamente. Otros caminantes al azar se están acercando también desde los lados, y en cuestión de segundos, Aksel será despedazado vivo. Se pone en marcha, esquivando al calvo como un jugador de fútbol americano, y corre hacia el coche. La policía ha reducido la velocidad sin detenerse del todo, y la puerta sigue abierta.

Aksel siempre fue un corredor rápido, y llega rápidamente. Se lanza dentro, cierra de un portazo, y la policía acelera. El motor del SUV ruge complacido, como si hubiera estado esperando impacientemente para finalmente ponerse en marcha, y aceleran rápidamente.

—Oh, Dios, oh, gracias al cielo, oh, mi pequeña niña...

Aksel se da la vuelta y ve a Belinda abrazando a Rosa. La niña tiembla incontrolablemente. Sus labios están azules, y sus dientes castañean literalmente. Sus ojos, sin embargo, están vivos. Y cuando se fijan en Aksel, un leve gesto en la comisura de su boca sugiere que la niña intenta sonreírle.

6

—¿Debería contestar?

El teléfono satelital sigue sonando.

Tanto Jan como Kristoffer miran a Ragnar.

—Claro que deberías contestar —dice él—. Háblale. Dile que me has disparado.

Jan frunce el ceño. —¿Qué? ¿Por qué?

Ragnar se encoge de hombros. —Porque probablemente sea la única cosa que le disuada de volver. Pero solo si le haces creer que estoy realmente muerto.

Jan empieza a masticar su chicle a toda velocidad, como si fuera una pelota antiestrés para sus dientes. —No estoy seguro de que pueda colárselo. Probablemente lo vea venir.

Ragnar cruza los brazos, como diciendo: «Adelante, inténtalo».

Jan lanza una breve mirada a Kristoffer, como buscando aprobación. Luego contesta la llamada y se lleva el teléfono a la oreja. —¿Kjell? ¿Eres tú?

Kris no puede evitar inclinarse un poco más para escuchar.

—Hola, Jan —la voz de Kjell se oye a través del teléfono satelital—. La verdad, pensé que sería ese viejo el que respondería a mi llamada.

—No, no —dice Jan, sacudiendo la cabeza como si Kjell pudiera verlo—. Lo he matado. Está muerto. —Abre los ojos de par en par y mira a Ragnar, conteniendo el aliento.

Después de una pausa, Kjell pregunta: —¿De verdad?

—Sí, tío. Le he tomado el pulso para asegurarme. Tan muerto como un clavo de ataúd.

—Pero ni siquiera tenías una pistola.

Suena más como una afirmación que como una pregunta.

—Cogí una en la cueva —dice Jan de inmediato, claramente preparado para ello—. El tipo tenía un pequeño arsenal. Fue fácil, en realidad. Solo me agazapé y esperé a que regresara. Le

disparé justo en el pecho cuando entró.

Cuidado, piensa Kristoffer. Lo estás exagerando demasiado.

Al parecer, Kjell también lo percibe, porque repite: —¿En el pecho, eh?

—Sí. Le volé el maldito corazón por lo que hizo. Mira, lo siento tío, siento mucho lo de Lukas.

—Sí, yo también —dice Kjell, cambiando su voz.

Jan parece inseguro de qué decir. —Él... no merecía acabar así.

—Desde luego que no.

Jan mira de nuevo a Ragnar, y este articula una sola palabra: «¿Dónde?»

—Mira, ehm, ¿dónde estás? —pregunta Jan.

—Estoy cerca —responde Kjell con simplicidad.

—¿Cerca de dónde?

—De donde estás tú, por supuesto. La cueva del viejo.

Jan mira a Ragnar. Ragnar sacude la cabeza una vez.

—No, ahí... ahí no es donde estoy —dice—. Me fui después de matar a ese tío.

—¿De verdad?

—Sí. He estado intentando encontrarte.

—Podrías haberme llamado.

—Sí. —Jan ríe nerviosamente—. Me di cuenta en cuanto me llamaste. Me había olvidado por completo de que el teléfono estaba en la mochila.

Kjell no responde. A juzgar por su tono tranquilo y la ausencia de otros ruidos, Kristoffer tiene la impresión de que no se está moviendo. Dondequiera que esté, probablemente esté de pie o sentado. Se está concentrando en la conversación. Escuchando las palabras y el tono de Jan. Intentando evaluarlo.

A simple vista, la forma en que Jan parlotea nerviosamente parecería deshonesto para la mayoría. Pero, por otro lado, el tipo parece estar siempre un poco nervioso. Y habiendo pasado por un tiroteo, donde supuestamente disparó a alguien a sangre fría, no sería del todo inverosímil que estuviera especialmente alterado. Quizá Kjell piense lo mismo. Quizá se lo esté creyendo.

—Mira, si me dices dónde estás, puedo ir contigo —continúa Jan—. Todavía podemos llegar a Rusia.

—Tengo una idea mejor —dice Kjell, sencillamente—. ¿Por qué no pones al viejo?

Jan mastica aún más rápido, mirando suplicante a Ragnar. —¿Qué? No, te digo que está muerto.

—Quiero hablar con él. Dale el teléfono, Jan.

Jan ríe estridentemente. —Mira, tío, te digo que está muerto. Así que, a menos que tengas, no sé, una ouija o algo, no vas a conseguir nada de él. Además, ya me fui de la cueva, y no sé...

Ragnar toma el teléfono de Jan con calma, y este suelta un fuerte suspiro, como diciendo: «Gracias a Dios».

El viejo se lleva el teléfono a la oreja y dice simplemente: —Soy Ragnar.

Kjell gruñe. —Ese es tu nombre, ¿eh? Claro que lo es. Significa ‘guerrero’, ¿lo sabías?

—Podemos dejar esto aquí —dice Ragnar, yendo directo al grano—. Tú disparaste a uno de los míos, yo disparé a uno de los tuyos. Lo justo es justo. Dejamos que tu amigo se vaya y tú sigues tu camino. ¿Qué te parece?

—Es una propuesta razonable —dice Kjell con calma—. Excepto que el tío al que disparé era un inútil gordo. Y al que tú disparaste... bueno, era mi hermano.

—Tienes razón —admite Ragnar—. Pero tenemos a tu chico aquí como rehén, así que dejarlo ir debería equilibrar la balanza de nuevo, ¿no crees?

—¿Jan? Ese desperdicio de espacio. No vale el aire que respira. De hecho, después de intentar engañarme, tengo muchas ganas de matarlo junto con el resto de vosotros.

—¡Eh, venga ya! —grita Jan—. ¡Estaba bajo coacción, Kjell! ¡Me apuntan con una pistola a la cabeza!

Ragnar frunce el ceño con molestia y chasquea los dedos, señalando a Jan que se calle. —Mira, lo entiendo —le dice a Kjell—. La familia es diferente. Pero no hay necesidad de tomarlo como algo personal. Solo nos defendíamos.

—Y ahora estoy haciendo lo mismo —dice Kjell, volviendo a su tono jovial—. No tengo ninguna garantía de que no vengáis a buscarme. Así que tengo que acabar con esto antes de seguir adelante.

—Eso es una puta mentira, y lo sabes. Solo queremos que nos dejen en paz. Por lo que a mí respecta, nuestra disputa ha terminado.

—Disputa —repite Kjell, riendo—. Eres todo un charlatán, ¿eh? Músculo y cerebro. Casi me gustaría llevarte conmigo.

—Lo siento —dice Ragnar—. Me quedo aquí.

—Lo sé. Por eso tengo que volver y convertir esa cueva en una fosa común.

—Oh, Dios —murmura Jan, masticando frenéticamente. Se levanta y mira a Kristoffer—. Cuidado, tío. Va en serio. Tenemos que largarnos de aquí.

—Siéntate —dice Ragnar, sin apartar el teléfono de la oreja—. Y cállate de una maldita vez.

Jan se vuelve hacia él. Mira hacia la entrada de la cueva. Por un momento, parece que está considerando echar a correr.

Ragnar solo le observa, sus ojos diciendo: «Adelante. Buena suerte ahí fuera».

Jan, captando el mensaje no verbal, se sienta con un fuerte respiro. Se cubre la cabeza, murmurando para sí mismo: —Estamos todos muertos...

—Mira —dice Ragnar a Kjell—. Tú lanzaste a tu hermano a las llamas, y sabías perfectamente que existía un riesgo. Él también. Si vas a vengarte de cualquiera que haya tenido un papel en la muerte de tu hermano, no te olvides de ti mismo.

—Oh, no me perdonaré por haberme equivocado —dice Kjell—. Sé que soy en parte cómplice. Y no estoy seguro de poder vivir con la culpa. Honestamente, podría volarme la cabeza después de volaros las vuestras. Sería un alivio, para serte sincero. Con toda la mierda por la que he pasado, estaría feliz de poner fin a las cosas. Detener las pesadillas de una vez.

Por primera vez, Kristoffer tiene la impresión de que Kjell no está siendo completamente honesto. No es tanto la parte de suicidarse lo que le suena insincero, realmente parece que no teme a la muerte ni le importa si su vida termina. Pero la parte de perdonarse a sí mismo por ser en parte responsable de la muerte de su hermano... esa parte no cuadra.

No siente ninguna culpa, se da cuenta Kristoffer, mientras un escalofrío le recorre la espalda. No tiene conciencia. Es un psicópata de verdad.

—Así que disfrutad del último rato juntos en esa cueva vuestra —continúa Kjell—. Tal vez os deis un besito de despedida, u os chupéis las pollas si es lo que os va. Hacedlo pronto porque volveré para convertirlos en...

Ragnar cuelga de repente, devolviendo el teléfono satelital a Jan. —Supongo que esa cosa no se puede rastrear, ¿verdad?

Jan se queda boquiabierto mirándolo. —¿Qué cosa?

—El teléfono. ¿Puede alguien del ejército rastrearlo?

—Eh, no. No lo habríamos traído si pudieran. Oye, ¿por qué has colgado? Te aseguro que eso solo le ha cabreado más.

—Bien —dice Ragnar sencillamente, dirigiéndose a las estanterías, donde empieza a buscar entre unas cajas—. Cuanto más cabreado, más imprudente. No había nada más que decir. No se puede razonar con él. —Ragnar abre una caja en particular, saca lo que parece un par de gafas de visión nocturna y se las lanza a Kristoffer. Les echa una mirada significativa a ambos—. Vendrá a por nosotros, y tendremos que matarlo. Así que vamos a prepararnos.

De niña, a menudo tenía miedo del hombre del saco.

Todo empezó cuando sus hermanos la asustaban, diciéndole que las niñas malas serían devoradas durante la noche. Dagny tenía solo cuatro o cinco años en ese momento, y no era lo suficientemente mayor para distinguir la realidad de la ficción. Sabía que sus hermanos se inventaban cosas todo el tiempo, y sospechaba que el hombre del saco no era real. Pero cuando llegaba la hora de ir a la cama, se sentía real. Muy real.

Compartía habitación con su hermana menor, pero Kari siempre se quedaba dormida enseguida, mientras Dagny daba vueltas y más vueltas. Incluso si Kari hubiera permanecido despierta con ella, no habría servido de consuelo, ya que su hermana siempre era la favorita de sus padres.

Dagny era la rebelde. La que el hombre del saco vendría a buscar.

Su casa era vieja y de madera, y cuando soplabla el más mínimo viento afuera, todo crujía. El techo, las paredes y, especialmente, el suelo viejo y agrietado. Era difícil saber si solo era la casa «asentándose», como decía su padre... o si alguien se escondía bajo su cama, moviéndose lentamente, tratando de no hacer ruido.

Dagny sabía que nadie podía estar debajo de su cama. Al menos nadie muy grande, porque el espacio allí estaba lleno de cajas y bolsas con ropa vieja, mantas, sábanas y telas que su madre usaba para coser cortinas y manteles.

Pero Dagny también sabía que el hombre del saco no se regía por las leyes naturales. No era un ser humano, era más como un demonio. No importaba cuán minuciosamente revisara la habitación (incluyendo debajo de la cama) durante el día, nunca lo encontraba. Y sin embargo, en cuanto se cepillaba los dientes, se peinaba y apagaban las luces... allí estaba él. Esperando

justo debajo de ella. Y a la mañana siguiente, cuando se despertaba, entrecerrando los ojos ante la luz del sol, él ya no estaba. Había dejado la habitación sin abrir la puerta ni la ventana.

Estaba convencida de que una noche aparecería, la agarraría de la pierna y la arrastraría a la oscuridad. Y allí, finalmente, la devoraría viva. Solo esperaba a que Dagny hiciera algo malo. Que se portara mal y le diera la excusa que necesitaba para, por fin, darse un festín con su carne.

Dagny se esforzaba mucho por portarse bien. Pero un día, al volver de ordeñar la vaca, tropezó con los adoquines del patio y derramó todo el cubo.

Estaba horrorizada.

Los gatos acudieron corriendo a lamer el charco, mientras Dagny se quedaba allí, paralizada, con su mente dando vueltas.

No podía dejar que mamá se enterara. Ella se lo contaría a papá en cuanto llegara del campo, y él la azotaría por ser tan descuidada.

Así que corrió hasta la casa de sus vecinos. Tenían una granja más grande con más ganado. El chico mayor estaba limpiando el establo, y ambas puertas estaban abiertas. Dagny se coló por la parte trasera y ordeñó rápidamente a la vaca más cercana. Luego volvió a casa con el cubo lleno de leche fresca. Su madre la reprendió por haber tardado tanto, pero no sospechó nada.

Dagny se salió con la suya. Evitó la paliza.

Pero no pudo engañar al hombre del saco. Él lo sabía. Y esa noche, finalmente tuvo la excusa para venir a comérsela.

Dagny estaba aterrorizada. Casi vomitó mientras se cepillaba los dientes. Orinó tres veces porque sentía que su vejiga estaba llena.

Cuando finalmente llegó a la habitación, Kari ya roncaba.

Dagny no pudo hacerlo. No pudo meterse en la cama. En el momento en que lo hiciera, sería atrapada y arrastrada.

En su lugar, miró hacia el gran armario antiguo junto a la pared opuesta. Era blanco y tenía un espejo redondo en la puerta izquierda. Dagny se acercó. Al abrir el armario y meterse dentro, escuchó un ruido detrás y casi gritó. Mirando hacia atrás, vio la esquina de su edredón colgando sobre el borde de la cama. No estaba así antes; Dagny estaba segura de ello. Mamá siempre era meticulosa al hacer las camas.

Y en la oscuridad debajo de la cama, juraría que vio un par de ojos negros brillantes mirándola.

Dagny gritó y cerró la puerta. Sentada dentro del armario, entre abrigos y vestidos, los sonidos eran misericordiosamente amortiguados, y los olores familiares llenaban su nariz. Se sintió segura. Por primera vez en meses. Se recostó de lado y se quedó dormida casi de inmediato.

A la mañana siguiente, le dolía el trasero y el cuello, pero había sobrevivido a la noche, y eso era lo único que importaba. El sol estaba saliendo, y el hombre del saco se había ido de nuevo, con las manos vacías.

A partir de ese día, siempre que Dagny cometía un error y hacía algo malo, pasaba la noche en el armario. Lo hizo hasta los trece años, cuando tuvo que irse a trabajar a otra granja para ganar dinero para sus padres.

Ahora, sus padres están muertos. También sus hermanos. Y Kari. Dagny es la última que queda con vida, y a los 93 años, probablemente no le quede mucho tiempo.

Nunca pensó que el hombre del saco volvería. Que regresaría por ella. Que aparecería de nuevo para reclamar lo que le habían arrebatado hace tantos años.

Pero cuando se despertó de madrugada con el sonido de gritos y peleas en el pasillo, Dagny supo de inmediato que su monstruo de la infancia había venido a por ella.

Salió de la cama. Incluso para su edad, podía moverse sorprendentemente bien, su cuerpo no estaba afectado por la demencia, solo su mente, y cruzó el suelo para escuchar tras la puerta.

Lo que oyó no dejó lugar a dudas. Miró alrededor de su habitación, aunque la conocía íntimamente después de haber vivido aquí... ¿cuánto tiempo? ¿Un año? ¿Dos? ¿Diez? Ya no podía llevar la cuenta del tiempo. No había lugares para esconderse. No había armarios. Así que se dirigió a la puerta de la terraza, cogiendo su jersey de lana del sillón. Se lo puso sobre los hombros, abrió la puerta y salió al aire helado.

Tiritando, miró a su alrededor, tratando de decidir a dónde ir. No estaba completamente segura de dónde se encontraba, pero sabía que había visto el césped helado y las casas del otro lado antes. La calle estaba vacía a esa hora, todavía iluminada por las farolas. Se dirigió a la izquierda, hacia el aparcamiento. Mientras pasaba frente a las ventanas del último apartamento, el cristal explotó de repente.

Dagny gritó y tropezó con sus propias piernas.

—¡Ayuda! —rugió una voz profunda—. ¡Ayúdame!

Un hombre corpulento con un bigote grueso intentaba salir por la ventana rota. Se cortó gravemente, y sus manos empezaron a sangrar. La expresión de terror en su rostro hizo que Dagny sintiera náuseas, y se echó instintivamente hacia atrás, retrocediendo por el suelo helado.

Al principio, no entendía por qué el hombre se hería así a sí mismo. Pero entonces lo vio. Grandes manos lo agarraban por detrás. Una de ellas le agarraba alrededor del pecho, la otra se aferró a su cara, los dedos se le metieron en la boca abierta mientras lo tiraban hacia atrás con fuerza. La luz en la habitación del hombre era tenue, por lo que la escena era mayormente una

silueta. Sin embargo, Dagny no pudo evitar ver la figura detrás del pobre hombre mientras le giraba la cabeza y le mordía con fuerza en el cuello, convirtiendo su grito de pánico en uno de dolor.

«Es realmente él. Ha venido a comerme».

Dagny se encontró poniéndose de pie, a pesar de que sus piernas parecían de espagueti. Siguió tambaleándose, queriendo alejarse del hombre del saco tanto como pudiera. Al girar la esquina, tuvo una vista clara de las puertas de cristal de la entrada. En el vestíbulo, la gente seguía corriendo y gritando.

«Está atacando a todos. Pero ha venido por mí».

Dagny sabía que sería suicida volver a entrar en el edificio. Ni siquiera el personal, que a estas alturas debía estar al tanto del monstruo que había venido a matarla, podría hacer nada para protegerla. Así que cruzó corriendo el aparcamiento y se dirigió hacia la acera. Tropezando por la calle, sentía el aire helado picándole los pulmones por dentro, y tras solo unos metros, casi se desplomó de agotamiento.

Era demasiado mayor para andar corriendo. Especialmente con este tiempo. Tenía que buscar refugio. Encontrar un lugar donde esconderse.

Se había detenido junto a la casa vecina a donde vivía. Las luces estaban encendidas, lo que significaba que la gente allí dentro probablemente estaba despierta. Tampoco podrían ayudarla contra el hombre del saco, pero al menos podrían dejarla entrar. En el buzón había una placa de latón brillante que decía Gunnar, Greta y Marit. Así que corrió por el jardín, y se detuvo sorprendida al encontrar la puerta de la terraza abierta de par en par. Vaciló, observó un precioso salón con muebles caros. Lo único que estropeaba la bonita impresión era un rastro de gotas de sangre que conducía dentro o fuera de la casa. Mirando hacia abajo, Dagny vio la mitad de una huella de alguien que había pisado la sangre. La marca miraba hacia la calle, lo que significaba que quienquiera que estuviera sangrando había salido de la casa.

«¿Qué ha pasado aquí? ¿Estaba el hombre del saco buscándome aquí primero?»

No podía saberlo con certeza. Quizá le iría mejor buscando otro lugar donde...

Un ruido de roces desde atrás la hizo girarse.

Fue entonces cuando lo vio. Lo había soñado antes, lo había visto más de cien veces en sus pesadillas, pero nunca lo había visto realmente, así que no tenía ni idea de qué esperar. Suponía que al menos sería algo humano en sus rasgos, y eso es cierto en parte. De hecho, se parecía un poco al hombre con bigote que acababa de ver. Sus manos extendidas estaban incluso cortadas en jirones sangrientos. Su boca estaba entreabierta, y la mayor parte de su mejilla ha

desaparecido, dejando al descubierto las muelas amarillentas y la lengua colgando. Sus ojos eran exactamente como los recordaba. Negros, brillantes, sin alma.

Se da cuenta de golpe de que el hombre del saco debe ser capaz de saltar de un cuerpo a otro. Tal vez por eso quería atraparla todos esos años. Quería poseerla. Caminar dentro de su piel. Y ahora que ha poseído al hombre del bigote, su siguiente parada es Dagny.

Giró y entró corriendo en la casa, sin molestarse en cerrar la puerta tras ella. Llamó a alguien, a cualquiera, pero no obtuvo respuesta. Atravesó una parte de la casa donde claramente había habido una pelea. Luego se encontró al pie de una escalera y subió corriendo. Hiperventilando, llegó hasta el último cuarto, que era un dormitorio. No había más puertas. No había más lugares a donde ir.

Pero había un armario. Un gran armario blanco con puertas dobles, igual que el de su casa de la infancia.

Dagny cruzó el suelo, abrió el armario y se metió dentro.

Se sentó allí, abrazó sus rodillas, respiró el olor del suavizante, miró la línea vertical de tenue luz que entraba, y se sintió extrañamente segura. Había llegado a su santuario, y el armario volvería a protegerla del hombre del saco como lo hizo tantas veces en el pasado.

O al menos, eso esperaba con todas sus fuerzas.

Escuchando los pasos arrastrados acercándose por el pasillo, Dagny empieza a murmurar en voz baja, sin siquiera darse cuenta de que está hablando en alto: —Lo siento por derramar la leche. Lo siento. No fue mi intención. De verdad que lo siento...

Empujando a través de los árboles, las ramas sin hojas le arañan las manos, y Hagos lamenta no haber cogido su chaqueta antes de salir del apartamento de Edith. En sus bolsillos estaban sus guantes y su gorro, y realmente los necesita ahora. Pero, claro, con la rapidez con la que sucedieron las cosas, debería estar agradecido de haber salido vivo de allí.

No se podría decir lo mismo de Edith o del hombre gordo.

Marit, en cambio, está en algún lugar más adelante, y cuando sale tambaleándose a la acera, se sorprende al encontrar la calle vacía. Bueno, no completamente vacía. Hay un coche aparcado a medias en la acera. Dentro, atrapada, hay una mujer infectada que araña desesperadamente la ventana. Un poco más abajo, dos personas infectadas están devorando a una pobre alma que yace boca arriba.

Como si percibieran la presencia de Hagos, levantan la cabeza al mismo tiempo y se giran en su dirección. La mañana está a punto de convertirse en día, y aunque están a cierta distancia, ya hay suficiente luz para que Hagos pueda ver sus ojos negros clavarse en él. Su estómago siente como si se llenara rápidamente de hielo, y empieza a trotar en la dirección opuesta.

Marit había conseguido unos noventa segundos de ventaja mientras Hagos peleaba con su padre usando el cortacésped. Debió venir por este camino, y le cuesta creer que haya pasado voluntariamente junto a las dos personas infectadas.

—¿Marit? —grita, mirando en todas direcciones.

No obtiene respuesta. Al menos no en forma de palabras. Al otro lado de la calle hay una fila de edificios, y del garaje de uno de ellos sale una mujer que está casi desnuda. Tendrá unos cincuenta años y es un poco corpulenta. Su piel es blanca como la nieve, contrastando drásticamente con los agujeros de color rojo oscuro que le han dejado en el pecho, el abdomen y el hombro. Parece que la sorprendieron saliendo de la ducha, porque su pelo aún está mojado,

pegado a su cara, y su sujetador solo cubre uno de sus pechos. No lleva bragas, dejando al descubierto una franja oscura de vello púbico.

Hagos se siente a la vez horrorizado y avergonzado por ella, y aparta rápidamente la mirada.

Continúa calle abajo con un trote ligero, observando constantemente a su alrededor para asegurarse de que nadie se le acerque sigilosamente. En algún lugar, alguien grita. A unas pocas manzanas, se disparan varios tiros. Más gritos. No parece el sonido de alguien con dolor físico, más bien alguien que acaba de presenciar algo horrible. Tal vez la muerte de un ser querido. Hagos siente una profunda empatía por quienquiera que esté gritando.

—¿Marit? —vuelve a gritar.

Al no obtener ninguna respuesta, decide que la chica está perdida para él. Evidentemente, no esperó y quizá sea lo mejor. No se estaba desenvolviendo bien bajo presión, y no se imagina que tenerla cerca sería de gran ayuda en este momento. De hecho, probablemente sería más una carga.

«¿A dónde voy?»

La respuesta obvia es que necesita salir de la ciudad lo más lejos posible, y para ello necesita un vehículo. No puede llegar a su coche, que está aparcado al otro lado de la residencia de ancianos. Volver allí sería sin duda una estupidez. Y no puede llamar a un taxi. Las autoridades deben estar muy al tanto de la situación a estas alturas, puede oír sirenas a unas pocas manzanas, junto con más disparos, pero seguramente tienen las manos ocupadas lidiando con los infectados, así que esperar que le ofrezcan un escolta en una situación de crisis como esta no es realista.

Hagos se detiene al llegar a una calle adyacente. Tiene tres opciones. Bueno, dos, porque detrás de él hay una valla de madera alta, y el camino por el que ha venido ahora está bloqueado por la mujer junto con las otras dos personas infectadas, que todavía vienen hacia él. Así que puede seguir por la carretera, que lo llevará más cerca del centro de la ciudad, o puede elegir la calle adyacente, que lo llevará más adentro de la zona residencial. Ambas son malas opciones. Ambas están densamente pobladas. Ambas probablemente estén llenas de gente infectada, si no ahora, en cuestión de minutos.

Quizás su mejor opción sea la zona residencial, porque más allá están las afueras de la ciudad.

Y Juma. Su amigo vive en un complejo de apartamentos en esa dirección.

Es probable que los infectados aún no hayan llegado hasta allí. Ojalá Hagos tuviera alguna forma de llegar. Hacer el viaje a pie le llevaría al menos media hora, incluso si corre. Pero por ahora, no tiene otra opción, así que está a punto de cruzar la calle cuando oye un motor acercarse a gran velocidad.

Un coche se aproxima. Quien lo conduce va realmente a toda velocidad, además va dando bandazos peligrosamente de un lado a otro. Choca con un delgado serbal que se encuentra entre la carretera y la acera. No puede soportar la fuerza del coche, y el tronco helado se parte y cae sobre el techo del vehículo. El impacto es lo suficientemente fuerte como para hacer que los airbags se desplieguen, y en un instante, el rostro tras el volante queda cubierto por una almohada blanca. El coche está fuera de control, y al cruzar la calle a toda velocidad, choca contra un poste de luz, que no cede tan fácilmente como el joven árbol. El sonido de metal contra metal resuena, golpeando los tímpanos de Hagos con una punzada dolorosa.

Luego, el sonido es reemplazado por una sirena que se acerca. Las personas dentro del coche comienzan a salir a trompicones. Hagos se da cuenta de que hay al menos dos en los asientos traseros.

Un coche de policía llega a toda velocidad, frenando en seco, y dos agentes saltan fuera justo cuando las personas del coche accidentado salen tambaleándose y huyen a pie. Uno de ellos, un chico joven, cojea. Al principio, Hagos cree que es por el accidente, pero luego ve al siguiente chico, también joven, que se sujeta un vendaje improvisado en el brazo. Parece una toalla de cocina atada con un cordón de zapato, y la sangre empapa la tela. El tercer chico, el que conducía, sale con la nariz ensangrentada, probablemente fruto del accidente, e inmediatamente agarra al chico con el pie lastimado y lo arrastra consigo.

—¡Vamos, tío! —jadea—. ¡Date prisa!

—¡Alto! —grita uno de los agentes, sacando su arma—. ¡Alto o dispararemos!

Si es una amenaza vacía o no, Hagos no tiene ni idea, y no tiene intención de quedarse para averiguarlo. Se encuentra arrinconado contra la valla de madera y sin pensarlo dos veces, se da la vuelta, salta y la escala antes de que alguien se dé cuenta de su presencia.

Al aterrizar en un jardín bien cuidado, escucha al conductor gritar a los policías:

—¡No, no disparéis! Ya hemos dicho que no estamos infectados.

—¡Esta es su última advertencia! —responde el agente.

Tres segundos después, la amenaza resulta ser lo suficientemente real. Porque las balas comienzan a volar.

Hagos se dirige hacia la casa.

—Me gustaría que tomaras el turno de conducir.

Aksel se despierta con un gruñido cuando la policía le da un toque en la pierna.

—¿Eh? —mira a su alrededor, sin ver gran cosa salvo un paisaje helado iluminado por la luz de la tarde—. Ah, claro. —Se frota el ojo y bosteza—. ¿Me toca a mí?

Anne echa un vistazo atrás.

—Por fin se ha dormido hace apenas diez minutos. Sería una pena despertarla ahora.

Aksel mira al asiento trasero. Enrollada a la derecha está Rosa, durmiendo plácidamente. Belinda está sentada a su lado, inclinada sobre su hija. Sus ojos están cerrados, pero su frente sigue arrugada. Le costó mucho dejar de preocuparse de que Rosa estuviera bien, de que no fuera a morir de hipotermia o de que no tuviera algún pequeño rasguño que extendiera la infección por todo su cuerpo. Finalmente, después de haber conducido durante media hora y dejado Trondheim atrás, cedió y dejó de tocar la frente de Rosa cada dos minutos. Rosa ya se había dormido por el agotamiento en ese momento, y Aksel pronto se quedó dormido también.

—¿Qué hora es? —murmura, mirando el reloj del coche.

—Han pasado cinco horas, si a eso te refieres —dice Anne, deteniéndose al borde de la carretera. Hay un grupo de árboles visiblemente inclinados por crecer contra el viento—. Creo que ya habría tenido fiebre para este momento.

Aksel se desabrocha el cinturón.

—Eso son buenas noticias.

Al salir del vehículo, el aire frío y limpio del campo le hace tiritar de inmediato. Ahora que el sol está oculto tras los árboles en el horizonte, la temperatura está descendiendo rápidamente. Si el incidente de Rosa hubiera ocurrido a esta hora del día, el frío podría haberla matado. Al rodear el coche, mira a la niña. Sus piernas están casi completamente cubiertas por la blusa de su madre

que usa como manta, pero puede ver una pequeña área en la parte posterior de su muslo. Su piel está terriblemente pálida, como la de todos en esta época del año, a menos que vayan a un solárium tres veces por semana, así que el hematoma azul es aún más visible. Es del lugar donde tocó el asfalto congelado, y tiene finas líneas rojas cruzándolo. Parece normal, e incluso ya está mejor.

Estará bien. Gracias a Dios.

Aksel no podría perdonarse si Rosa no lo hubiera logrado.

Al llegar al otro lado del coche, un resplandor en el horizonte norte capta su atención. Al subir al asiento del conductor, señala hacia adelante.

—¿Es Mo lo que se ve allí?

—Sí —dice Anne, mirando intensamente su cinturón de seguridad mientras se lo abrocha.

«Oh», piensa Aksel. «Por eso quería que yo tomara el volante.»

Anne les habló de su hija. No podía imaginar lo terrible que debía sentirse, habiendo perdido a su única hija. Al menos pudo despedirse de ella, aunque solo fuera por teléfono. Belinda obviamente lo comprendió, se le salieron las lágrimas cuando Anne contó la historia, y luego Belinda preguntó dónde estaba el padre de la niña.

—No tiene —fue todo lo que Anne respondió a eso.

Aksel se sorprende de que todavía pueda continuar. Obviamente no tenía otra familia más que su hija, y ahora está completamente sola.

De nuevo, esa es exactamente la situación en la que él mismo se encuentra. Jakob era, a todos los efectos, su única familia. Al menos la única familia que le importaba. Su padre seguía vivo en algún lugar, pero Aksel no podía ni siquiera plantearse llamarle. Y luego estaba Frida, por supuesto. No llevaban mucho tiempo saliendo, pero Aksel se estaba enamorando profundamente de ella cuando también se la arrebataron.

«¿Cómo somos capaces de seguir adelante?», se pregunta Aksel. «Deberíamos estar hechos un ovillo en un rincón, llorando».

Quizás venga más tarde. Como una respuesta tardía. Cuando finalmente encuentren un lugar seguro, donde puedan descansar y relajarse, y no estar en peligro constante. Aksel siempre ha sido bueno para apartar las cosas a un lado. Y sospecha que Anne es igual. Le parece una mujer muy disciplinada. Fuerte. No propensa a dejarse llevar por sus emociones.

Aun así, desde que dejaron Trondheim, puede ver que se está encerrando cada vez más en sí misma. Solo habla cuando alguien le pregunta algo. La mayor parte del tiempo parece perdida en su propio mundo.

—Entonces —dice, ajustando los espejos—. Deberíamos rodear la ciudad, ¿verdad?

Anne aparta la vista del cinturón para mirar la radio, evitando firmemente mirar hacia adelante.

—Ajá. No paran de hablar de cómo está empeorando. La parte de la ciudad donde... —Se interrumpe, aclara la garganta—. Esa parte en particular de la ciudad ha sido sellada. Pero estoy segura de que también están ocupados bloqueando todas las carreteras principales de entrada y salida. Así que nos mantenemos en las carreteras secundarias y nos alejamos. Lo último que queremos es que nos detengan.

—Sí, ya intentamos eso —murmura Aksel—. Bueno, vamos a...

Acaba de soltar el freno de mano y está a punto de arrancar, cuando de repente ve una cara mirándole desde entre las ramas, es algo peludo. A primera vista, le parece un lobo. Aksel ha visto muchos lobos en sus expediciones de caza, y los ojos azul pálido que le miran en ese momento le recuerdan mucho a ellos. El color del pelaje es grisáceo, tirando a marrón, y está visiblemente desordenado, como si el animal hubiera atravesado arbustos. Sin embargo, esa cara no está enmarcada por una densa melena de invierno, y las orejas son caídas, no puntiagudas. El animal es al menos una cabeza más alto de lo que sería un lobo, lo que delata que es un perro.

—Mira —murmura Aksel, entrecerrando los ojos—. ¿Ves eso? Creo que... es un perro.

Vuelve a poner el freno de mano y abre la puerta sin romper el contacto visual con el animal.

—No sabemos si es salvaje —le recuerda Anne.

—Voy a averiguarlo —dice Aksel, saliendo del coche—. Hola, chico. ¿Estás bien?

Las orejas del perro se mueven, lo que indica que ha oído su voz. No hace nada más; solo sigue allí, espiando entre las ramas.

—Lleva collar —comenta Anne—. Eso significa que es el perro de alguien, y podrían estar cerca.

—No creo que lo estén —responde Aksel, mirando a su alrededor—. No hay casas por aquí. Y mira su pelaje. Ha estado persiguiendo o huyendo de algo. A juzgar por lo tímido que parece, apuesto a que es lo último.

—Razón de más para dejarlo en paz —argumenta Anne—. Esa maldita cosa es lo bastante grande como para matarte.

—Sí —murmura Aksel—. Lo es.

Por lo que puede ver, el perro es de raza mixta. Aksel no es un experto, pero está bastante seguro de que tiene algo de Gran Danés. O eso, o alguna otra raza realmente grande. Hay algo en el tamaño del perro que le resulta intrigante. Parece muy poderoso, pero al mismo tiempo,

aunque claramente está ansioso, también parece amistoso. No ladra, no eriza el pelo, no gruñe, ni muestra los dientes. Simplemente está allí; observando, esperando.

—¿Tienes frío, amigo? —pregunta Aksel, dando unos pasos más cerca. Deja la puerta abierta, por si necesita zambullirse de nuevo en el coche, pero trata de parecer y sonar relajado—. No tengo golosinas para ofrecerte, pero el coche está calentito si quieres venir.

Anne abre su propia puerta y asoma la cabeza.

—¿Qué haces? ¿Por qué ibas a traer a un perro callejero?

Aksel mira hacia atrás, llevándose un dedo a los labios.

—Por favor, baja la voz. No le asustes. —Extiende los brazos, lo que hace que el perro se asuste, y se arrepiente de inmediato—. Tú misma lo dijiste. Es lo bastante grande como para derribar a una persona. ¿No crees que un amigo así podría ser útil?

Anne finalmente capta la idea. Dice en un tono que no está del todo convencido, pero tampoco muy interesado:

—Ya tenemos un arma.

—Esas armas se quedan sin munición —murmura Aksel, arrodillándose—. Esta no. ¡Eh, chico! ¿Quieres saludar? —Extiende las palmas, mostrándolas vacías.

El perro reacciona levantando la cabeza. Aparentemente percibe un sonido, porque rompe el contacto visual por primera vez para mirar hacia un lado.

Aksel sigue su mirada. A lo lejos, hay más árboles. Un bosque, de hecho. Probablemente ha venido desde allí. Si vivía por esa zona, no parece estar interesado en volver.

Aksel echa un vistazo hacia la ciudad más adelante.

—¿A qué distancia de Mo estamos? —pregunta a Anne, sin mirar atrás.

—A unos quince minutos, supongo. ¿Crees que el perro viene de la ciudad?

—No —murmura Aksel—. Creo que es mucho más probable que viviera aquí, con algún viejo ermitaño. Pero me pregunto si es posible que algo haya venido desde la ciudad...

Se imagina con demasiada claridad a alguien escapando de Mo antes de que se establecieran correctamente los controles. Solo se necesitaba una persona infectada, un pequeño araño oculto bajo el pantalón o la manga, y la cuarentena se vería comprometida. No es difícil imaginar un escenario en el que alguien haya conducido hasta aquí, solo para morir al volante, luego despertar y vagar para encontrar a la presa más cercana: algún pobre anciano viviendo solo con su enorme perro.

Cuando el perro giró la cabeza, Aksel vio algo azul en la comisura de su boca. El labio inferior tenía algo negro y caído, y lo azul parece un trozo de tela. Anne no parece haberse dado cuenta, y

Aksel no quiere decírselo. El perro obviamente ha estado en una pelea en la que tuvo que morder a alguien, y si Anne supiera eso, probablemente tomaría el volante y se marcharía con o sin Aksel.

Pero Aksel sigue sintiendo en su interior que el perro es amistoso. No cree que haya mordido a nadie por agresión, sino que le parece mucho más probable que lo hiciera porque se vio obligado a defenderse.

—Eres un buen chico, ¿verdad? —le pregunta, haciendo que el perro vuelva a mirarle—. Solo estás asustado y congelado. Ojalá tuviera algo que ofrecerte... —Recuerda la botella de agua que estaba en el portavasos. Estaba completamente congelada cuando encendieron el coche, pero después de haber conducido con la calefacción al máximo, se ha descongelado. Aksel vuelve al coche. Coge la botella y se acerca un poco más a los árboles. Se agacha y desenrosca el tapón. El perro le observa con atención—. ¿Tienes sed? Tengo algo de agua aquí...

Derrama una pequeña cantidad, solo lo suficiente para que el perro la vea. Este levanta las orejas y da un paso lateral de manera instintiva, revelando su cuerpo. Es aún más grande de lo que Aksel pensaba. También está en peor estado. Su robusto pecho está lleno de ramitas, el pelaje está enredado, e incluso le faltan mechones en algunos puntos.

Por un momento, Aksel se pregunta si el perro podría haber sido mordido. Incluso podría estar infectado.

Entonces recuerda el gato en el garaje de Linus, y murmura para sí:

—No les interesan los animales.

Incluso si fue una persona infectada quien atacó al perro y no solo las ramas, se siente bastante seguro de que el perro no morirá y se levantará como un zombi. En *The Walking Dead*, las reglas eran muy claras: los animales no se ven afectados por el virus.

Aun así, ¿debería arriesgar su propia vida basándose en un programa de televisión? Peor aún, ¿debería arriesgar la vida de Rosa, Belinda y Anne?

Aksel no sabe exactamente por qué le fascina tanto este perro. Piensa que podría ser un gran protector (si está dispuesto a acompañarlos y, con el tiempo, llega a considerarlos sus nuevos dueños, claro está). Pero es algo más. Quizás simplemente parezca que el destino les ha hecho encontrarse aquí, en medio de la nada. Después de todo, las probabilidades son muy pequeñas. Si hubieran parado tres minutos antes o hubieran seguido un kilómetro más, no se hubieran encontrado con el perro.

Pero no fue así. Se detuvieron justo aquí, donde estaba él, escondido, esperando.

Aksel siempre ha sido amante de los perros. Tuvieron un cocker spaniel cuando eran pequeños, y tanto él como Jakob quedaron destrozados cuando le diagnosticaron cáncer de huesos y tuvieron que sacrificarlo. Su padre no quiso tener otro perro. Desde que Aksel se independizó, había querido tener uno propio, pero no podía conciliarlo con trabajar turnos de doce horas en el hospital. Luego conoció a Frida y se olvidó de todo aquello.

Y ahora, cuando el mundo está a punto de acabarse, se encuentra cara a cara con un perro que probablemente ha perdido a sus dueños y se congelará antes del amanecer.

Si eso no es el destino, Aksel no sabe qué lo puede ser.

Como para confirmarlo, el perro sale por completo de detrás de los árboles y se dirige hacia él. Lo hace de manera sigilosa, casi apologetica; cabeza baja, orejas planas, cola agitándose de un lado a otro. Aksel sabe que este tipo de lenguaje corporal en un perro puede significar una de dos cosas. O está asustado y a la defensiva, y debería retroceder, o es amistoso y sumiso. Está dispuesto a apostar por lo último, así que vierte un poco de agua en su mano ahuecada y la extiende.

El perro apenas la huele antes de hundir su enorme hocico en su mano y comenzar a lamer con avidez, haciendo que la mayor parte del agua se derrame. El perro es realmente grande de cerca; con Aksel agachado, están a la misma altura.

—¡Vaya, tienes mucha sed, eh? Toma, aquí tienes... —Aksel vierte más agua en su mano. El perro no deja de beber hasta que la botella está vacía. Luego se lame los labios y el hocico empapados, y mirándolo a los ojos, se inclina y le da un gran lametón en la barbilla. Aksel retrocede, sonriendo.

—¡De nada!

Como si oyera una invitación en su voz, el perro avanza y entierra su enorme cabeza bajo su brazo, haciéndole perder el equilibrio. Aksel cae sentado con un gruñido y empieza a acariciar al perro. Actúa como si quisiera subirse a su regazo, aunque claramente es demasiado grande para ello.

Examina la placa de latón del collar. Simplemente dice: Guardian. No hay otra información. Ni el nombre del dueño, ni dirección, ni número de teléfono. Lo cual, siendo honesto, le alivia a Aksel. No quiere devolver a Guardian a sus dueños, incluso si siguen vivos, lo cual duda, y ahora, esa opción queda descartada.

Se pone en pie, y mientras el perro sigue restregándose contra él, exigiendo más cariño, gira la cabeza para mirar a Anne con una sonrisa.

Ella está sentada con los brazos cruzados, con la mirada distante. Luego parece percatarse de él, y se encoge de hombros con indiferencia, como diciendo: «De acuerdo, tú ganas; ¿podemos irnos ya, por favor?».

La casa parece estar vacía; al menos, no hay luces encendidas dentro.

Lo cual a Hagos le resulta curioso.

¿No han oído nada los residentes? Viven a solo una casa de distancia de la residencia de ancianos, y todo esto empezó hace horas. Incluso si de alguna manera han logrado ignorar el ruido de las sirenas, los gritos y los disparos, al menos deben haber mirado por sus ventanas, que en el lado norte parecen todas dar a la calle de la que acaba de venir. Hagos encuentra poco probable que quien esté en la casa no se haya dado cuenta de lo que está pasando. Es mucho más probable que hayan apagado las luces para no llamar la atención y se hayan refugiado en el sótano, o tal vez simplemente se hayan largado, hecho las maletas y se hayan marchado. Consideraría que eso sería lo más sensato.

Hay otra posibilidad, por supuesto. Un resultado mucho menos feliz para las personas que vivían aquí. Y cuando se acerca al camino de entrada, ve varias cosas que apuntan a esa teoría. La puerta principal está abierta. El coche sigue ahí, con la puerta abierta también. No hay nadie dentro. Bueno, si no contamos al chihuahua que está sentado en el asiento del pasajero, temblando. Lleva puesto un abrigo con una correa atada a él. El otro extremo de la correa descansa en el pavimento, fuera del coche.

El perro le mira con ojos asustados y enseña los dientes en lo que podría ser una sonrisa de bienvenida o una mueca amenazante. De cualquier manera, a Hagos nunca le gustaron los perros, grandes o pequeños, así que no tenía intención de acercarse más. En el suelo, junto a la correa, también hay un par de zapatillas. No están colocadas cuidadosamente, como se hace al quitárselas, sino que obviamente se han dejado caer con prisas. Una está boca abajo, la otra está medio metida debajo del coche.

Sin embargo, lo que más delata que aquí ha ocurrido algo malo es el charco de sangre junto al neumático delantero. También ha manchado los brillantes radios de las llantas. Hagos se acerca. El chihuahua comienza a gruñirle, y se alegra de no haberse acercado al animal. En lugar de eso, cuidadosamente, sumerge la punta de su zapato en la sangre. Tal como sospechaba, está completamente congelada. Lo que significa que han pasado al menos treinta minutos desde que se derramó. Tiempo de sobra para que quienquiera que estuviera sangrando muriera, volviera a la vida y se marchara a buscar nuevas presas.

En su mente, Hagos recrea lo que muy probablemente sucedió aquí.

El dueño, un hombre, a juzgar por el tamaño de las zapatillas, salió con el perro atado, queriendo que hiciera un rápido pipí matutino en el césped, cuando apareció una persona infectada y los sorprendió a ambos. Siguió un forcejeo, durante el cual el hombre perdió sus zapatillas, intentó refugiarse en el coche, pero finalmente fue asesinado. Cuando se marchó, el perro tal vez decidió no seguirle, saltando al coche.

Hagos mira hacia la puerta principal abierta. ¿Podría tener la suerte de encontrar las llaves del coche dentro? ¿O solo encontrará a alguien infectado, deambulando por las habitaciones en busca de alguien a quien devorar?

Hagos se acerca más y escucha. Está bastante seguro de que cualquier infectado no se quedaría en una casa vacía, no con la puerta abierta. En cuanto se dieran cuenta de que no había nada que comer, seguirían adelante, buscando presas en otro lugar.

Así que entra en el vestíbulo y contiene la respiración. Aún se oyen ruidos de fondo de la ciudad, pero nada desde el interior de la casa. Está tan frío dentro como fuera, lo cual le confirma que hace tiempo que el dueño abandonó el lugar. Hagos deja la puerta abierta mientras busca las llaves del coche. Esperaba encontrarlas en la mesa del vestíbulo, pero solo hay un jarrón y alguna figurilla fea de la mitología nórdica. A juzgar por los zapatos y los abrigos, el hombre parecía vivir aquí solo. Al menos no hay ropa de mujer o de niños.

Se dirige hacia la apertura que conduce a una gran cocina blanca. Parece lo suficientemente limpia. No hay signos de pelea. Ni sangre, ni nada tirado por el suelo. O tenía contratado un servicio de limpieza o era muy pulcro, porque todo brilla.

Y ahí, sobre la encimera de la cocina, está un gran llavero. Una de las llaves es de un Nissan.

—Sí —murmura Hagos, agarrando el manajo.

No puede creer su suerte. Parece que va a salir de ahí, y completamente ileso. Su billete está aparcado justo fuera. Cualesquiera que sean las consecuencias legales que pueda enfrentar por

tomar el vehículo probablemente no serán graves, dadas las circunstancias. Lo importante es que podrá alejarse de la ciudad y encontrar un lugar donde...

Está a punto de girarse y salir cuando un movimiento a través de la ventana llama su atención. Hay una buena vista del jardín del hombre. Sin embargo, lo que ha captado la atención de Hagos es algo en la casa de al lado. Tiene una de esas ventanas que conectan el suelo con el techo, y a través de ella, Hagos puede ver las escaleras que llevan al segundo piso. Una joven en lo alto de las escaleras está hablando por su móvil, paseando de un lado a otro en el descansillo.

—Marit —susurra Hagos.

Entonces ve otro movimiento. Hay luz en las ventanas de la cocina de la planta baja. En ese momento, un hombre pasa caminando, dirigiéndose a las escaleras. Incluso desde aquí, Hagos puede ver que está, sin duda, muerto.

Y Marit, al parecer, no tiene ni idea de que viene a por ella.

Es extraño. Está helada y sudando al mismo tiempo. Casi como si tuviera fiebre.

Algo está mal en su brazo derecho; no responde cuando intenta moverlo. Debe de estar roto o algo así. Pero, curiosamente, no le duele. Y no es solo su brazo; todo su cuerpo parece estar clavado en su sitio, haciéndola incapaz de moverse. Puede oler aceite, goma y asfalto. Puede oír a los zombis gruñendo y resoplando.

«Oh, no. Sigo atrapada bajo el coche», se da cuenta con una sensación de horror creciente.

Estaba segura de haber escapado. Que está a salvo dentro del coche con su madre, Aksel y el policía. Pero, al parecer, eso era solo un sueño. Algo que su mente inventó. Probablemente porque estaba demasiado asustada para afrontar la situación.

«¿Me desmayé? Es probable.»

Intenta con todas sus fuerzas abrir los ojos, pero le resulta difícil. Está muy cansada. Uno de los zombis debe de estar muy cerca, porque puede oler su aliento rancio golpeándole la cara. Intenta gritar, pero solo le sale un gemido.

—¡Rosa!

La voz de su madre, en algún lugar cercano. Debe de estar llamándola desde dentro del coche.

Rosa intenta responder, intenta apartarse del zombi, que ahora se está acercando aún más. Está olfateando con ansia y haciendo ruidos húmedos, como si se relamiera.

—¡Está bien, Rosa! —la tranquiliza mamá. Luego, dirigiéndose a alguien más—: ¿Puedes hacer que se aleje? La está asustando.

Rosa no tiene ni idea de con quién está hablando mamá, pero le resulta muy extraño que piense que alguien tiene la autoridad para ordenar a un zombi que se vaya.

Sin embargo, para su sorpresa, la voz de Aksel suena desde algún lugar cercano:

—Tranquilo, chico. Mira, está bien, solo quiere olfatearla...

El zombi está muy cerca ahora, gruñendo y babeando justo al lado del oído de Rosa, y ella entra en pánico, intentando con todas sus fuerzas despertarse de verdad, hacer que su cuerpo reaccione. Solo cuando el zombi le lame la oreja con una lengua que parece demasiado grande y babosa es que finalmente consigue gritar y abrir los ojos.

—¡Dios mío! —dice su madre—. ¡Está bien, Rosa! Solo has tenido una pesadilla...

Rosa mira a su alrededor, al principio sin comprender en absoluto lo que sus ojos le dicen. No está bajo el coche, sino dentro de él, tumbada en el asiento trasero. Lo que restringe sus movimientos es, en parte, la manta que la envuelve y, en parte, su madre, que intenta sujetarla. Su brazo derecho realmente no se mueve, pero eso es solo porque ha estado acostada sobre él, lo que ha hecho que se le duerma.

El coche está en marcha. Está oscuro afuera, lo que significa que deben de haber estado conduciendo durante varias horas. La agente de policía está girada en su asiento, mirándola con leve preocupación, y Aksel va al volante.

—¿Está despierta ya? —pregunta él.

—Sí —responde Belinda, ayudando a Rosa a sentarse correctamente. Su cabeza se siente como si estuviera llena de agua, y el mundo gira sobre sí mismo por un momento—. Estás bien, cariño —Le tranquiliza su madre con una sonrisa—. Estás a salvo.

—¿Qué... qué ha pasado? —murmura Rosa, parpadeando.

Su madre usa la esquina de la manta para limpiarle la mejilla, y Rosa se da cuenta de que está completamente mojada. Alguien la ha lamido de verdad hace un momento. Rosa se siente abrumada por una fuerte sensación de no estar segura de si sigue dormida, de si esto es solo otro sueño que ha tomado el relevo al anterior. Quizás todavía...

Otro gruñido. Rosa gira la cabeza. Un enorme perro está sentado en la zona de carga. Es tan alto que, si se sentara erguido, sus orejas probablemente tocarían el techo. Pero el perro está encorvado, asomando el cuello entre los reposacabezas. A pesar de su tamaño, el perro parece muy amistoso, casi cómico. La lengua rosada cuelga mientras intenta alcanzar su cara para darle otro lametón.

—¿De quién es... de quién es ese perro? —pregunta Rosa, aún sin estar segura de que eso sea la vida real, aunque empieza a sentirse más despierta.

—Es de Aksel —dice mamá—. Lo recogió mientras dormíamos. Casi me meo encima cuando me desperté y lo vi. —Esa última parte la dice mirando a Aksel.

—No es mi perro —dice Aksel, mirando hacia atrás—. Es nuestro perro. Se llama Guardian. Ahora es parte de la familia.

La agente de policía gruñe, pero no dice nada.

—Guardian —repite Rosa.

El perro reacciona levantando las orejas. Rosa levanta la mano, queriendo acariciarle la cabeza, pero él, en cambio, la llena de babas. Le hace cosquillas y ella ríe.

—Le gustas —dice Aksel.

—Le gusta todo el mundo —comenta Belinda—. No estoy segura de que vaya a ser un buen guardián...

—No lo subestimes tan rápido —dice Aksel—. Puede parecer como un cachorro grande, pero mi intuición me dice que hará lo necesario si la situación se complica.

El perro deja de lamerle la palma y, en cambio, la empuja con el hocico, así que ella le rasca detrás de la oreja, que es más grande que su mano.

Rosa apenas ha tenido tiempo de asumir que Garfield se ha ido, probablemente para siempre. Cuando los detuvieron, los agentes no le dejaron llevarse al gato. Simplemente tuvo que dejarlo ir. A él no le molestó en absoluto; siempre había preferido la tranquilidad y la soledad, así que todas las sirenas, las personas y el alboroto eran demasiado para él, y se escabulló rápidamente. Garfield siempre había sido un gato muy independiente. A menudo merodeaba por la ciudad de noche, y no era raro que pasaran tres o cuatro días antes de que decidiera volver a casa. Luego, después de una semana, más o menos, se volvía a marchar. Así que a Rosa no le preocupa que esté bien. Puede cuidarse solo. Simplemente le entristece pensar que probablemente no volverá a verlo.

Y ahora aquí hay una nueva mascota. Rosa siempre quiso un perro, pero Linus era alérgico; apenas podía soportar a Garfield. A Rosa se le llenan los ojos de lágrimas, y de repente empieza a llorar. No es que se esté viniendo abajo; ni siquiera una reacción al traumático incidente de haber quedado atrapada bajo el coche. Es algo mucho más suave, más profundo. Se siente abrumada por una sensación de duelo, de pérdida, de haber perdido a seres queridos. Linus, Helen, Garfield.

—Oh, cariño —dice su madre, abrazándola—. Ya está, ahora todo va bien. Estamos a salvo.

—Lo sé —intenta decir Rosa, pero las palabras se ahogan en sollozos, y simplemente se rinde al abrazo y llora un rato.

Cuando las lágrimas se calman, se limpia la cara y respira hondo un par de veces.

—¿Te sientes mejor? —pregunta su madre.

—Ajá.

—Fuiste muy... valiente antes. —Su madre hace una mueca al tragar. Obviamente le causa dolor, aunque intenta disimularlo—. Estoy orgullosa de ti, cariño.

—¿Estás bien, mamá? —pregunta Rosa, examinando su rostro.

—Claro. Es solo la mononucleosis que vuelve a fastidiarme.

—Oh.

—¿El qué? —pregunta Aksel, mirando al espejo retrovisor.

—Tengo mononucleosis —murmura, tragando otra vez, soltando un quejido de dolor—. Se agrava siempre que me estreso. Hace que me duela la garganta como si tuviera un montón de agujas.

—Bueno, deberíamos conseguirte analgésicos —dice Aksel—. ¿Por qué no lo mencionaste antes?

—Los analgésicos no me funcionan —su madre se encoge de hombros—. Pero estoy bien. Se me pasará.

Rosa recuerda tres o cuatro veces en el pasado en que la enfermedad de mamá se agravó. Una vez fue cuando la despidieron justo antes de Navidad. Y la otra tras su ruptura con el hombre con el que estaba antes de Linus. La última vez, cuando se puso mal, le salió un sarpullido en la espalda y estuvo en cama con fiebre durante varios días. Esta situación es considerablemente peor. Luchar por tu vida, casi perder a tu hija, fue mucho más estresante que estar en el paro en Navidad o que un hombre te deje. No es de extrañar que la mononucleosis se esté activando. Rosa está preocupada de que su madre esté sufriendo mucho durante un largo tiempo.

Aparentemente, su madre lo percibe, porque le sonrío a Rosa.

—No te preocupes por mí, cariño. Estoy bien. En serio.

Rosa intenta sonreírle.

Guardian da un pequeño gemido. Rosa gira la cabeza para verlo aún sentado allí, con la mandíbula apoyada en el asiento, los ojos grandes y solemnes. Obviamente, está molesto porque ella estaba llorando.

—Está bien —le dice Rosa, rascándole el puente del hocico—. No necesitas estar triste solo porque yo lo estoy.

Guardian simplemente suspira.

Rosa se da cuenta de una leve sensación de escozor en su muslo. Aparta la manta para revelar sus piernas. Ambas están un poco magulladas por haber estado acostada en el asfalto. Temía sufrir hipotermia, les hablaron de eso en la escuela y de lo peligroso que es estar afuera en invierno sin suficiente ropa, pero parece que solo tiene algunos cortes menores y moretones.

—¿Dónde estamos? —pregunta Rosa, mirando el oscuro paisaje montañoso.

—Estamos cerca de Torik —dice Aksel, su tono se vuelve sombrío—. Lo que significa que estamos en plena tierra de zombis. Pero no te preocupes, evitaremos cualquier problema. Conozco bastante bien las carreteras de aquí. Este camino nos llevará en un gran arco alrededor de la ciudad. Básicamente, no vive nadie aquí. Hay un único pueblo cerca, que es un lugar de mala muerte llamado Bodum, pero son como diez casas y un váter comunitario.

Rosa no puede evitar estremecerse al mirar hacia la oscuridad. Es demasiado fácil imaginar zombis sueltos deambulando por ahí. No puede evitar preocuparse; si chocan en la carretera helada o se quedan sin gasolina, se verán obligados a dejar el coche y volver al frío.

Su estómago emite un gruñido bajo.

—Oh, tengo hambre —dice.

Anne se inclina y saca una bolsa de plástico transparente que le entrega.

Rosa coge la bolsa y ve una selección de aperitivos de todo tipo. Desde bollos daneses hasta Kit Kats y Cheetos.

—Madre mía —murmura—. ¿De dónde ha salido todo esto?

—Paramos en una tienda—explica Aksel—. Las estanterías ya estaban casi vacías. Toda la comida de verdad se había acabado, incluso los refrescos y zumos. Cogí todo lo que pude llevar. Tenemos suficiente para unos días.

Rosa echa otro vistazo al contenido. Nunca había visto tantas golosinas juntas. Se le hace la boca agua. Mira a su madre.

—¿Ocurre algo? —pregunta su madre.

—Bueno... no es viernes.

Su madre le sonríe.

—Lo sé. Haremos una excepción.

Se toma un momento para decidir. Luego saca un Snickers y lo desenvuelve con cuidado. Dando un gran mordisco, disfruta enormemente del sabor.

Un ruido húmedo desde atrás. Rosa se gira para ver a Guardian mirándola de cerca. La saliva le gotea de la boca.

—Lo siento —dice Rosa, con la boca llena de cacahuetes y caramelo—. Pero no creo que el chocolate sea bueno para los perros.

—No dejes que te engañe —gruñe Aksel—. Ya ha comido las calorías de una semana. Tranquilo, chico. Deja de mendigar.

Guardian gruñe, se relame, pero se queda donde está, con los ojos pegados a la chocolatina en la mano de Rosa.

—Sí, tendremos que trabajar un poco en su obediencia —dice Aksel—. Pero básicamente es un buen chico. Creo que él...

—Cuidado.

Anne habla de repente. No grita, pero suena muy seria.

Aksel frena de inmediato.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Rosa estira el cuello para mirar al frente. No puede ver nada más que la carretera. Están entrando en una curva ligera, rodeando el lateral de una colina. Al otro lado hay una barrera de seguridad que impide que los coches salgan de la carretera, lo que les enviaría volando por una pendiente bastante pronunciada.

—Vi algo parpadear —dice Anne—. Hubo un reflejo en la barrera. Reduce aún más la velocidad.

Aksel lo hace, y al rodear la colina, Rosa agradece mucho que Anne les haya advertido, porque de lo contrario probablemente habrían chocado de lleno con un autobús. Está volcado de lado, el chasis ha quedado expuesto, bloqueando la mayor parte de la estrecha carretera. Una de las luces traseras sigue funcionando, lo cual debe ser lo que Anne vio.

—Mierda —murmura Aksel, deteniéndose por completo—. Buen ojo, Anne.

—Supongo que a alguien no se preocupó por cambiar a neumáticos de invierno —murmura Anne, sombría.

—Vaya —dice Belinda—. Espero que no estuviera lleno de pasajeros cuando se estrelló.

—¿Crees que podemos pasar? —pregunta Aksel; Rosa no está segura de a quién se dirige exactamente, pero señala el estrecho espacio entre la ladera de la colina y la parte delantera del autobús. Tendrán que conducir fuera de la carretera, pero parece que el coche puede pasar por el hueco, y aunque salgan del asfalto, el suelo debería estar lo suficientemente congelado como para que no corran el riesgo de quedarse atascados. Como nadie le responde, Aksel continúa:— Vale la pena intentarlo. Podríamos tardar horas en retroceder y encontrar otra carretera.

Gira hacia el lado de la carretera. Conduce con cuidado, y el coche pasa lentamente por el hueco sin rozar la parte trasera del autobús.

—¿Qué es ese ruido? —pregunta Rosa cuando se percata de un golpeteo rítmico que viene del autobús.

—Yo también lo oigo —dice mamá—. ¿Está encendido el motor del autobús?

—No —murmura Aksel, deteniendo el coche—. Es otra cosa... o más bien, alguien.

Rosa se da la vuelta en su asiento. El techo del autobús no tiene aperturas, y es demasiado alto para ver las ventanas laterales, que están mirando al cielo. Así que no tiene forma de saber qué está pasando dentro del autobús. Pero aún puede escuchar el sonido de golpes. Ahora es un poco más fuerte, pero no tan constante. Los intervalos se alargan, como si lo que estuviera produciendo el sonido se estuviera ralentizando o cansando.

—Podría ser una persona infectada —dice mamá.

—Es lo más probable —dice Aksel.

Mamá se inclina hacia adelante.

—Entonces, ¿por qué te has parado?

Aksel se inclina sobre el volante, intentando ver el frente del autobús, que apunta hacia el valle.

—Este no es un autobús normal —murmura.

—Es un transporte de prisioneros —dice Anne.

—Bueno, más motivo para no andar husmeando —dice mamá—. ¿Podemos irnos, por favor?

Rosa vio en una película de comedia una vez cómo llevaban a alguien a prisión, y aunque era en un autobús, no se parecía en nada a este. El que tiene delante se parece más a un autobús regular, como uno de esos que usan los turistas cuando van a las montañas a esquiar.

—Déjame comprobarlo rápidamente —dice Aksel.

Rosa espera que abra la puerta y salte fuera. En lugar de eso, toca el claxon.

—¿Qué estás haciendo? —exclama Belinda—. ¿Intentas llamar su atención? ¿Por qué harías...?

—Solo escucha —la interrumpe Aksel, llevándose un dedo a los labios—. ¿Lo oís?

Todos escuchan. Rosa no oye nada.

—Se ha detenido —dice.

—Exacto. Eso significa que era un humano dando golpes, no un zombi.

—¿Cómo podemos estar seguros? —pregunta Belinda.

—Porque no reaccionan a los sonidos —responde Aksel de inmediato—. Podrías disparar un arma junto a su oído y no les importaría. Ni siquiera estoy seguro de que sus sentidos sigan funcionando. Creo que solo se guían por algún tipo de instinto, que les dice...

—¿Hola?

La voz que viene del autobús es difícil de oír. Porque el motor del coche está en marcha, y porque la calefacción está encendida, pero también porque quien está hablando se escucha como si estuviera ronco, exhausto.

—¿Quién está ahí fuera?

Aksel mira a su alrededor, hacia ellos.

—Supongo que eso lo aclara. Alguien está vivo ahí dentro.

12

—Por favor, Daniel. Te necesito muchísimo ahora mismo. ¿No puedes simplemente... decirle a tus padres que vas a otro sitio?

Ella camina de un lado a otro, presionando el teléfono contra su oído.

—Lo siento, Marit. No me dejan coger el coche.

—Pero es una emergencia —dice Marit, rompiendo de nuevo a llorar—. Por favor, Daniel. Mis padres... están muertos los dos...

—Lo sé, y lo siento mucho. Pero ya te lo he dicho, han bloqueado todas las carreteras de entrada y salida de Mo. Lo están mostrando en la televisión ahora mismo.

—Puedes encontrar un camino —insiste Marit, llorando—. Hay senderos y caminos de grava. Seguro que no han cerrado todos.

—Creo que sí. Dicen que es muy serio.

—¡Por supuesto que es serio! La gente está muriendo, Daniel. ¡Yo me estoy muriendo! ¿Eso no significa nada para ti?

—Por supuesto que sí, Marit. Pero es que no hay manera de que mis padres...

—Está bien —dice Marit, volviéndose fría—. Si muero, será culpa tuya.

—Vamos, Ma...

Ella cuelga abruptamente. Se queda mirando el teléfono, mordiéndose el labio, esperando que él la llame de vuelta. Ha intentado contactar con todos los que conoce en un radio de distancia en coche. Ninguno pudo o quiso venir a ayudarla. Primero, llamó a la policía local, pero ni siquiera pudo comunicarse. Luego, probó con el 1-1-2, pero le dijeron que la ayuda ya estaba en camino, y que lo mejor que podía hacer era quedarse en casa, asegurarse de que las puertas estuvieran cerradas y no ser vista.

Marit intentó explicarle a la mujer al otro lado de la línea que era una situación especial, que sus padres estaban muertos, que realmente necesitaba que alguien viniera a sacarla de allí. Pero la mujer no lo entendió. Seguía diciéndole que la policía estaba haciendo todo lo posible y que mucha gente necesitaba ayuda esa mañana.

A Marit no le importaba esa otra gente. Ninguno había pasado por lo que ella había pasado. Ella había sobrevivido no solo a una, sino a dos situaciones que amenazaban su vida. Era una víctima aún mayor que esos pobres chicos que murieron en los tiroteos de Utøya. Seguramente merecía ser rescatada de inmediato. Cuando le dijo eso a la mujer, la estúpida mujer simplemente empezó a repetir lo que ya había dicho cuatro o cinco veces, así que Marit la maldijo y colgó.

No importaba que no se pudiera contar con las autoridades; estaba segura de que sus amigos más cercanos acudirían en su ayuda.

Y en este momento ya ha recurrido a todos los que se le ocurrían. Todos ya sabían lo que estaba ocurriendo en Mo. Ninguno quería ayudarla.

¿Qué le pasa a la gente?

Marit nunca imaginó que sus amigos pudieran ser tan egoístas. Pensaba que tenían un poco más de humanidad. Que al menos...

—¡Ay! —gime mientras su tobillo le da una punzada de dolor. Se sienta en el rellano y lo frota. La hinchazón ha empeorado. Realmente no debería estar caminando tanto. Probablemente se le dislocó cuando Ella la empujó por la ventana. ¿En qué estaba pensando? Marit podría haberse roto el cuello. Se siente mal por su prima. Después de todo, ahora está muerta. Pero eso no significa que puedas ir empujando a la gente desde el segundo piso. Cualquiera con un mínimo de decencia nunca...

Marit oye un ruido procedente del piso de abajo y vuelve la cabeza hacia las escaleras. Alguien está subiendo los escalones.

—Oh, gracias a Dios —exclama Marit, a punto de estallar en lágrimas de alivio. Alguien ha decidido venir a buscarla después de todo—. ¡Estoy aquí arriba!

Está a punto de levantarse para ver quién es, pero cambia de opinión. Parecerá más vulnerable si se queda abajo, y lo último que quiere es que quien venga se lleve la impresión de que no necesitaba realmente su ayuda.

—¡Muchísimas gracias! —dice, aún al borde del llanto—. Me has salvado la vida. No te imaginas lo agradecida que estoy...

La persona no responde. Parece estar concentrada en subir las escaleras.

Marit frunce el ceño. Cerró la puerta principal, está segura de ello. Las personas infectadas no pueden abrir puertas.

Aun así, algo en el hecho de que la persona no diga nada la pone nerviosa. Se agarra a la barandilla y se levanta.

Ve al muerto subiendo las escaleras, y trata de gritar, pero todo dentro de ella se congela. El muerto es alto, desgarrado y calvo. Su edad es difícil de determinar, porque la mayor parte de su cara ha desaparecido. Su nariz y labios han sido devorados, ambos ojos han sido arrancados, y la piel de su frente también ha sido desgarrada, incluidas las cejas. Marit vio una vez una foto espantosa de una persona que había quedado atrapada en un edificio en llamas y no fue rescatada a tiempo. El pobre señor había quedado reducido a un despojo sangriento y sin rasgos. Así es como se ve la persona que se dirige hacia ella. La única diferencia es que, claro, esto no lo hizo el fuego; lo hicieron los dientes.

Marit intenta levantarse, pero sus rodillas ceden y vuelve a desplomarse sobre su trasero. En su lugar, comienza a patear, deslizándose hacia atrás, alejándose de las escaleras.

Cuando el infectado llega al rellano, aparece un rostro entre sus piernas, un rostro que Marit conoce.

—¡Hagos!

Con toda su furia agarra ambos tobillos del hombre y tira con fuerza suficiente para que caiga de bruces en el rellano. Pese a ello es tan alto que sus manos extendidas alcanzan a Marit, golpeándole las espinillas. Inmediatamente empieza a manosearla, y Marit grita y patea. El tipo le agarra el pie, lo acerca y muerde con fuerza sus dedos. Marit agradece haber tenido el sentido común de ponerse las zapatillas cuando regresó a la casa. Si no lo hubiera hecho, el hombre sin duda le habría arrancado los dedos de los pies.

En su lugar, solo prueba cuero y goma, y cuando es arrastrado repentinamente hacia atrás, el zapato se suelta y lo sigue.

Marit ve a Hagos tirando de las piernas del zombi por detrás, obligándolo a retroceder hacia las escaleras. Aún boca abajo, peleando con el zapato, el infectado no tiene mucho tiempo para reaccionar. Suelta el zapato e intenta darse la vuelta, pero Hagos le agarra del cinturón y tira una vez más, haciendo que caiga rodando por los escalones. Gruñe, agarra a Hagos y casi logra arrastrarlo con él. Pero Hagos se aferra a la barandilla con ambas manos, y el infectado pierde su agarre y cae rodando cabeza abajo.

Marit mira a Hagos mientras el tipo se pone en pie y revisa sus palmas, luego su pierna, donde el zombi lo agarró. Finalmente, la mira a ella.

—¿Estás bien?

—Estoy... bien —dice con voz ronca—. ¿Cómo has...? ¿De dónde...?

—Te vi a través de la ventana —dice Hagos, señalando hacia la ventana alta que da al jardín. Se vuelve rápidamente hacia la escalera y dice en voz alta—: Quédate atrás.

Por un segundo, Marit piensa que se está dirigiendo al hombre al pie de las escaleras, pero luego se da cuenta de que le está hablando a ella. Desde donde está Marit, no puede ver al tipo, pero lo oye gemir y gruñir, y suena como si estuviera subiendo las escaleras de nuevo. Marit retrocede mientras Hagos mira alrededor del rellano. Lo único que hay es un tendedero de metal que su madre usaba para secar toallas. Ahora mismo, está vacío.

Hagos se acerca a la pared, y al principio Marit no tiene idea de lo que está haciendo. Luego se estira y agarra una de las lámparas que están montadas en la pared. Es una de las favoritas de su madre y costó una fortuna, así que Marit instintivamente le grita que no la rompa, pero él no la escucha. Con un solo tirón firme, arranca la lámpara, y tirando fuerte, rompe el cable también. Luego se acerca a las escaleras justo cuando aparece el tipo infectado. Camina de manera vacilante, aún más de lo que suelen hacerlo, y su cabeza se ladea hacia un lado, como si tuviera el cuello roto. Esto no le impide extender los brazos para intentar agarrar a Hagos.

Hagos le golpea en el costado de la cabeza.

La lámpara está hecha de acero o aluminio o algún otro metal, y sirve eficazmente como instrumento contundente. La bombilla se rompe, pero el resto de la lámpara permanece intacta, mientras el infectado se desploma por las escaleras por segunda vez.

Hagos se mantiene alerta, siguiéndolo con la mirada hasta que llega al fondo. Pasa unos segundos. Marit escucha. Un gemido. Un gruñido húmedo. Luego, sonidos de alguien subiendo los escalones de nuevo.

—Dios —murmura Hagos—. Simplemente no paran...

Marit siente que se va a mear encima. Tiene miedo de acercarse más, pero también tiene miedo de irse a cualquier otro sitio, así que se queda donde está, moviéndose de un lado a otro.

Esta vez, al zombi le lleva más tiempo subir las escaleras. Cuando finalmente aparece, Marit se da cuenta de por qué: tiene la pierna rota y está arrastrándose. Tan pronto como llega al tendedero, se agarra a él e intenta pasar.

Hagos se inclina hacia adelante y le golpea de nuevo en la cabeza con la lámpara. El zombi hace un ruido extraño, se agacha, pero luego vuelve a levantarse de inmediato. Hagos lo golpea una y otra vez, como si fuera un juego macabro de esos en los que tienes que golpear al topo.

Finalmente, después de seis o siete golpes con la lámpara, el infectado se desploma de costado, y a medias rodando, a medias deslizándose, vuelve a bajar las escaleras.

Hagos deja caer la lámpara, ahora manchada de sangre, y retrocede, respirando fuerte por la nariz. Se vuelve para mirar a Marit.

—¿Está... muerto de verdad? —pregunta ella.

Él asiente.

Marit se acerca con cuidado. El tipo se ha detenido a mitad de las escaleras. Está tendido en una posición incómoda, y su cabeza parece una masa de arcilla que alguien ha pisoteado. La escalera está cubierta de sangre.

—Dios, no voy a bajar por esos escalones nunca más —susurra Marit.

—Tendrás que hacerlo —le dice Hagos—. A menos que quieras quedarte aquí.

—No quiero —dice ella, temblando—. Quiero irme lo más lejos posible.

—Bien —dice Hagos—. Encontré un coche. Esa casa de allí, donde estaba, hay un coche sin cerrar. Las llaves... —Se detiene mientras lleva la mano a su bolsillo—. ¡Maldita sea! Debí dejarlas allí. Estaban justo en la encimera de la cocina.

Marit no responde.

—¿Estás lista para irte? —pregunta él.

Marit arruga la nariz y sacude la cabeza—. Te he dicho que no voy a bajar por esos escalones.

Él suspira.

—¿Esta es tu casa?

—Sí.

—Eso lo explica todo.

—¿Explica qué?

—La próxima vez, recuerda cerrar la puerta principal al salir.

—¡La cerré! —dice Marit—. ¡La cerré y la bloqueé también!

—No, no lo hiciste —dice él con calma, limpiándose el sudor de la sien—. Estaba completamente abierta.

—Bueno, entonces alguien la habrá abierto, ¡porque yo desde luego no dejé la puerta abierta! —Se siente furiosa con Hagos. De hecho, enfadadísima. ¿Quién se cree que es para hablarle como un padre habla a su hijo? ¿Cómo se atreve a acusarla de ser tan descuidada? Y en una situación así—. ¡No soy estúpida, ¿sabes?! ¡Sé cómo cerrar una puta puerta!

Él señala por encima del hombro.

—Entonces, ¿cómo entró él?

—¿Qué sé yo? Podría haber abierto la puerta él mismo. ¿Pensaste en eso?

—No pueden hacer eso.

—Entonces... entonces ya debía estar aquí.

—De acuerdo, cálmate —dice él, entrecerrando los ojos como si su voz le estuviera dando migraña, lo que hace que Marit se enfurezca aún más—. Al menos la puerta está cerrada ahora. La cerré al entrar. —Mira a su alrededor—. ¿Hay algo que quieras llevarte? ¿Ropa extra, tal vez?

Marit siente ganas de darle una bofetada, pero él acaba de salvarle el trasero, así que hace un esfuerzo por calmarse un poco. Y mientras lo hace, se le ocurre algo.

—Espera... ¿dijiste la puerta principal?

Hagos asiente.

—Sí, ¿por qué?

—Porque yo entré por la puerta de la terraza —Marit se encoge de hombros—. Esa es la puerta de la que estoy hablando.

Hagos frunce el ceño.

—Entonces... ¿la puerta principal ha estado abierta todo este tiempo, mientras estábamos en la casa?

Marit siente de repente que el enfado es reemplazado por el miedo.

—Así debe ser como él entró.

—Sí —dice Hagos con tono sombrío—. Espero que haya sido el único que encontró la manera de...

Como si reaccionara a una señal verbal, se escucha un gruñido desde abajo. Tanto Hagos como Marit miran hacia el rellano para ver a tres personas infectadas aparecer desde el fondo de la cocina.

—Oh, Dios mío —susurra Marit, retrocediendo—. ¡Oh, no!

Hagos reacciona rápidamente. Se dirige al tendedero, lo agarra, lo pliega y luego lo coloca entre las barandillas, creando de forma efectiva una barrera en la parte superior de las escaleras.

Marit no cree que vaya a contenerlos. Y cuando llegan a las escaleras y empiezan a subir, se gira y corre hacia la habitación al final del pasillo, el dormitorio de sus padres.

—¡Espera! —grita Hagos tras ella—. ¡Marit, detente!

Dice algo más, pero Marit no le escucha y tampoco se detiene.

En ese momento, lo único que puede pensar es en alejarse de los tres zombis que están a punto de ir a por ellos.

Así que corre hacia el dormitorio, cierra la puerta de un portazo detrás de ella y gira la llave.

13

—Aún creo que deberíamos seguir conduciendo —dice Belinda.

Rosa la mira, frunciendo el ceño.

—Pero, mamá, ¿y si necesitan ayuda?

—Sí —coincide Aksel—. Creo que al menos deberíamos averiguarlo. Conduce más cerca de la barrera, casi lo suficiente como para que el parachoques la toque. Inclinandose hacia adelante, puede ver el parabrisas del autobús, que está orientado hacia el valle.

Un rostro pálido lo está mirando fijamente. Es un hombre, de mediana edad, delgado, con ojos grandes. Está sentado en el suelo, lleva lo que parece ser un uniforme. Es difícil de decir, porque se ha envuelto con algún tipo de plástico alrededor del torso, probablemente en un intento de mantener el calor, y lleva un gorro negro que lo hace parecer un ladrón. Su cuerpo parece extrañamente grueso en comparación con su rostro, como si estuviera ligeramente hinchado.

Aksel baja la ventanilla y grita:

—¡Eh, tú! ¿Estás bien?

—¡Por favor, no os vayáis! —grita el hombre, colocando ambas manos en la ventana, su aliento empaña el cristal—. ¡Por favor! ¡Por favor, no os vayáis! ¡Necesito ayuda! ¡Estoy atrapado aquí! ¡Por favor, os lo suplico!

—Relájate —le dice Aksel—. No nos vamos.

—Gracias —dice el hombre, sonando casi al borde de las lágrimas. En su lugar, rompe en una risa aguda—. Dios, pensé que estaba perdido. Han pasado tres coches desde que chocamos, y los tres simplemente siguieron de largo. ¡Me vieron! Lo sé, y ellos... simplemente se fueron de todas formas...

—Es un mundo cruel —murmura Aksel—. Más ahora que antes. —Alzando la voz, pregunta —: ¿Hay alguien más ahí dentro, o solo tú?

—Solo yo —dice el tipo, volviendo la cabeza para mirar hacia el interior del autobús.

Aksel escucha. La noche está muy tranquila, y capta ruidos sutiles que vienen del autobús. Aunque son sutiles, son inconfundibles. Gruñidos. Gemidos. Rasguños. Golpes.

—Solo tú —dice Aksel—, ¿y cuántas personas infectadas?

El tipo parece un poco culpable, traga y luego dice:

—Está bien, mira, hay unos cuantos. Pero escucha, ¡escucha! —Coloca las manos sobre el cristal de nuevo, como tratando de evitar que se vayan—. ¡Está bien, de verdad! No pueden alcanzarme. Hay una reja de metal que me separa de ellos. La cabina... —Mira a su alrededor rápidamente—. Es como una jaula. Está reforzada por todos lados. Estoy atrapado aquí como una rata. Estaré muerto para el final de la noche si no me ayudáis. ¡Por favor!

—No me gusta esto —susurra Belinda—. Si ese autobús está lleno de ellos, esto es muy peligroso.

—¡Tampoco pueden salir! —grita el hombre, como si la hubiera oído—. La mayoría aún está esposada. Algunos incluso murieron en el choque. Se golpearon la cabeza. No estoy mintiendo, podéis venir a verlo vosotros mismos; no hay manera de que os alcancen. Si solo podéis ayudarme a romper este maldito cristal para que pueda salir...

—¿Eres policía? —pregunta Anne, hablando de repente.

—Sí —confirma el tipo, apartando torpemente el plástico para revelar su uniforme—. Guardia de prisión. Trabajo en Tromsø. Nos llamaron ayer para que viniéramos aquí. Estaba conduciendo este autobús, llevaba a estas personas infectadas a una zona de cuarentena, cuando chocamos. ¡Ni siquiera fue culpa mía! Un tipo salió tambaleándose a la carretera. Creo que estaba infectado. Instintivamente, giré para evitarlo, pero... —Niega con la cabeza y se encoge de hombros—. Por favor, tengo una hija. Emma. Solo tiene seis años.

—¿Dónde están los demás? —pregunta Anne—. Tus colegas. No me digas que estabas transportando a estas personas solo.

—No —dice el tipo, su voz quebrándose mientras mira algo que no se ve desde donde están sentados—. Mi amigo, Thormund, él, eh... no sobrevivió al choque. Creo que se rompió el cuello.

—Lo siento —dice Aksel—. ¿Cuánto tiempo lleva muerto?

Los ojos del tipo parpadean brevemente, como si la pregunta le confundiera.

—Murió... diez minutos después del choque.

—¿Y cuándo fue eso?

El policía niega con la cabeza.

—No... no lo sé... ¿A las ocho y media, quizás...?

—¿Hace solo un par de horas?

—No, a las ocho y media de esta mañana.

—Joder —murmura Aksel, mirando a los demás—. Pobre tipo, ha estado aquí todo el día. Tenemos que sacarlo de ahí.

—Si lo hacemos —dice Anne en voz baja—, también tendremos que llevarlo con nosotros.

—No lo conocemos —interviene Belinda, inclinándose hacia adelante—. ¿Y si está mintiendo? ¿Y si está infectado?

—Oye, amigo —llama Aksel—. ¿Tienes alguna herida?

—¡No! —grita inmediatamente el guardia—. No, estoy perfectamente. Ni un rasguño.

—Me encantaría creerte, pero espero que entiendas que necesitamos estar absolutamente seguros, así que... ¿te importaría desnudarte?

El tipo resopla.

—¿Hablas en serio? ¡Estamos a veinte grados bajo cero!

—Sí, solo necesitamos un vistazo rápido. Puedes quedarte en calzoncillos. Todo lo demás fuera. Esa es nuestra única condición. Si estás limpio, te ayudaremos a romper ese cristal y te llevaremos al pueblo más cercano.

Aksel espera que Belinda se oponga a esto, pero no lo hace. Desde que el tipo mencionó que tiene una hija, la actitud de Belinda parece haber cambiado.

—De acuerdo —dice el tipo, asintiendo—. De acuerdo, lo haré. —Comienza a quitarse el plástico.

Aksel abre la puerta.

—¿Adónde vas? —pregunta Rosa.

—Necesito revisarlo de cerca. Vosotros quedaos aquí. Llevaré a Guardian.

Aksel sale y camina hacia atrás. Abre la puerta y deja salir al perro. Salta al suelo con ganas y sacude su pelaje.

—Ven, chico.

El perro lo sigue con disposición. Mientras se acercan al frente del autobús, el tipo está desabrochándose los pantalones. Aksel se da cuenta de que lo que parecía plástico en realidad era tela de los airbags. Parece que el tipo los cortó después de que se desplegaran en el choque, porque hay tiras colgando del tablero.

Guardian da un gemido nervioso y duda.

—Está bien, amigo. No pueden alcanzarnos. Vamos.

El perro lo sigue, pero no parece contento con ello. El pelo de su lomo está erizado y baja la cabeza.

El guardia lo ve acercarse y deja de desvestirse para enviarle una mirada suplicante.

—Vamos, hombre. ¿Es realmente necesario?

—Lo siento —dice Aksel—. No es negociable.

El tipo resopla, pero sigue desnudándose. Ya está temblando por todas partes, le duele la nariz y sus dedos están rígidos e inoperantes, dificultándole desabrocharse la camisa. Mientras se la quita, Aksel descubre qué lo hacía parecer corpulento; lleva puesto un segundo uniforme.

Aksel se acerca lo suficiente para mirar dentro de la parte trasera del autobús. El tipo no mentía sobre la reja. Obviamente, está diseñada para impedir que alguien pase, y está funcionando perfectamente. Cuatro personas muertas están apretándose contra ella, metiendo los dedos, enseñando los dientes. Llevan esposas, pero ropa civil normal. Aksel solo puede imaginar lo aterrador que debe haber sido pasar varias horas aquí, solo y asustado, a poco más de un metro de un grupo de zombis que quieren devorarte vivo.

Mirando más allá del cuarteto hambriento, ve al menos una docena más. La mayoría están, como dijo el guardia, todavía atados a sus asientos, con los brazos y las piernas colgando mientras se esfuerzan por liberarse. En el suelo, que realmente es la pared lateral, hay quizás tres o cuatro que no sobrevivieron al choque, con los cráneos destrozados o directamente desaparecidos.

—Ya está —dice el tipo, quitándose la camiseta interior—. ¿Contento?

Solo lleva calzoncillos, calcetines y botas. Es incluso más delgado de lo que Aksel pensaba, pero también algo musculoso. Obviamente pasa tiempo en el gimnasio. Su pecho es liso y sin pelo, y tiene un tatuaje con unas letras chinas que le bajan por las costillas.

—También los zapatos, me temo.

—¡Oh, venga ya!

—Mira, amigo. Si descubrimos que te falta un dedo, tendremos que volarte los sesos, ¿de acuerdo? Así que haznos a todos un favor y déjanos comprobarlo.

El tipo se inclina y empieza a desatarse los cordones. Aksel finalmente ve al otro hombre. Está en un rincón, y lo han despojado de su ropa hasta dejarlo en ropa interior. Por la forma en que tiene girada la cabeza, Aksel está bastante seguro de que el guardia tenía razón en su diagnóstico; pobre tipo, se rompió el cuello en el choque.

—Lo siento por tu compañero —dice Aksel—. Al menos no se ha transformado. ¿Estabais muy unidos?

—Lo conocí hoy —dice con desgana, quitándose los calcetines—. Bueno, ya está. ¿Contentos?

—Date la vuelta, por favor. Levanta los brazos.

El guardia hace lo que le piden, realizando un giro tembloroso. En cualquier otra circunstancia, la situación habría sido muy cómica. Pero Aksel no tiene ganas de reír. Se inclina y estudia la piel del tipo.

—De acuerdo, parece que estás limpio. Vístete, y... oye, ¿tienes una pistola?

Aksel señala la pistola que está en una consola junto al volante. No la había notado hasta ahora porque es negra como el resto del salpicadero.

—Sí, es mi arma de servicio —dice el guardia, poniéndose los pantalones rápidamente.

—¿Funciona?

El guardia le lanza una mirada extraña mientras se pone la camisa.

—Por supuesto. ¿Por qué no habría de funcionar?

—¿No podías simplemente disparar al parabrisas?

—Lo intenté —dice, señalando un lugar en la esquina donde hay una pequeña grieta en forma de estrella en el vidrio—. Es a prueba de balas. El proyectil rebotó, casi me da en la cara.

—Oh. Claro. —El plan de Aksel era usar la pistola de Anne para disparar al parabrisas, pero ahora tiene que replantearse cómo van a sacar al guardia. Mira hacia arriba—. ¿Y la puerta no se puede abrir?

El guardia se pone el gorro y niega con la cabeza.

—Al menos no desde dentro. Está abierta un poco, pero creo que el bloqueo se atascó cuando el autobús volcó.

—Déjame intentarlo —dice Aksel, buscando un lugar para subir—. Podría ser más fácil que romper el parabrisas.

—Cuidado —le advierte el guardia—. No vayas a resbalarte.

—No te preocupes, soy un escalador decente. —Aksel sube al guardabarros y escala el autobús en cuestión de segundos. Viendo la puerta, identifica de inmediato el problema; ha sufrido un golpe, aparentemente al rebotar contra la ladera, porque hay rastros de tierra congelada en ella, y el metal tiene una gran abolladura justo encima del tirador. A diferencia de las puertas de autobús normales, esta tiene un tirador común. Aksel lo intenta, pero la puerta está atascada. Mete los dedos por la rendija y tira con fuerza. Las bisagras emiten un leve chirrido y la puerta cede unos milímetros.

—¿Está funcionando? —grita el guardia desde abajo.

—Creo que se puede conseguir —dice Aksel, limpiándose la nariz—. Déjame ir a buscar algo.

Vuelve a bajar y se dirige al SUV. Guardian lo sigue. Abre la puerta trasera y el perro salta dentro de inmediato.

—¿Estaba limpio? —pregunta Belinda de inmediato.

—Sí, creo que está bien. No podemos romper el parabrisas, pero creo que podemos abrir la puerta. —Toma el maletín de primeros auxilios y lo abre. Justo como esperaba, hay una cuerda de nylon enrollada. Ata un extremo al enganche de remolque del SUV, luego lleva el otro extremo al autobús. Vuelve a subir y desliza la cuerda adentro—. Átala a la puerta —le indica al guardia. Salta de nuevo y regresa al coche.

Cuando vuelve a sentarse al volante, se frota las manos. Después de haber pasado solo unos minutos afuera, ya está temblando de frío.

—¿Seguro que funcionará? —pregunta Belinda.

—No, no tengo ni idea. Pero vale la pena intentarlo. Vamos allá.

—¡Espera! ¡Marit, para! ¡No sabemos si hay más!

Marit parece no escucharlo. O si lo hace, no le importa. Llega a la puerta al final del pasillo y la cierra.

—Mierda —murmura Hagos, recogiendo la lámpara mientras retrocede.

El más rápido de los infectados ya ha llegado a lo alto de las escaleras. Es una joven, de su misma edad, y parece ágil y atlética; probablemente solía jugar al balonmano, como muchas chicas jóvenes por aquí, pero sus días de juego claramente han terminado, como demuestra el hecho de que le falta la mayor parte del músculo del muslo y su mano derecha parece haber sido devorada justo por encima de la muñeca. Ahora cuelga de un par de tendones, como esas cuerdas que se ponen en los guantes de los niños pequeños para que no los pierdan en la nieve.

La mujer choca contra el tendedero e intenta alcanzar a Hagos. Él levanta la lámpara, listo para golpear, pero la improvisada barrera la retiene, al menos por ahora. Sin embargo, mientras gruñe y le empuja, el tendedero tiembla y amenaza con soltarse. El siguiente infectado, un hombre de mediana edad, se une a ella y aumenta la presión sobre la improvisada valla.

No aguantará.

Hagos no puede enfrentarse a estos tres zombis como lo hizo con el primero. Para empezar, ellos pueden ver. Y hay demasiadas manos buscando atraparlo a la vez. Para golpear a uno de ellos en la cabeza, arriesgaría que le arañaran o lo agarraran.

Así que se da la vuelta y corre tras Marit.

Se da de bruces con la puerta, sorprendido al encontrarla cerrada con llave. Golpea el pomo.

—¿Marit? ¡Déjame entrar!

No hay respuesta.

¿Se ha tirado por la ventana?

Golpea la puerta con fuerza.

—¿Marit? ¡Vamos, abre la puerta!

Esta vez, Marit responde. Lo hace con un grito estridente y aterrorizado.

—¡Mierda!

Hago mira hacia atrás y ve el tendedero caer y a los zombis tropezar en el rellano.

No tiene tiempo para probar en otras habitaciones. Así que retrocede y se lanza contra la puerta cerrada.

No solo funciona el truco con la cuerda, sino que funciona incluso mejor de lo que Aksel esperaba.

Se aleja del autobús muy lentamente, hasta que siente que la cuerda se tensa. Entonces aumenta un poco la presión en el acelerador. Justo cuando el motor comienza a rugir, se escucha un chasquido detrás, y avanzan bruscamente.

—Mierda, se ha roto —murmura Aksel, deteniendo el coche.

—No creo que se haya roto —dice Rosa, mirando por la ventana trasera.

Aksel salta fuera y descubre que la chica tiene razón. La cuerda sigue intacta. Lo que ha cedido es la puerta del autobús, que ahora está de pie sobre el techo del vehículo. A través del parabrisas, Aksel ve al guardia, saltando y agitando los brazos, claramente exaltado ante la perspectiva de salir.

Aksel corre hacia allí y escala el autobús una vez más. Cuando llega a la cima, el guardia ha logrado trepar usando los asientos, y su cabeza asoma por la abertura. Aksel le agarra de los hombros y lo sube del todo.

—Oh, Dios, gracias a Dios —murmura, aferrándose a Aksel mientras inhala el aire helado de la noche. Está temblando por todo el cuerpo, y sus piernas parecen no poder sostenerlo en pie. — Gracias, amigo —murmura, abrazando a Aksel con fuerza y dándole palmadas en la espalda—. Te debo una.

—No hay de qué —sonríe Aksel—. ¿Tienes la pistola?

La mano del guardia va a su cadera, donde probablemente acostumbra a llevar su arma de servicio, y luego mira hacia abajo, a la abertura.

—Joder. No, la dejé ahí.

—La necesitamos. —Ya mientras lo dice, sabe que el guardia no va a bajar de nuevo. Mientras él está a punto de protestar, Aksel continúa—: Está bien, yo la cogeré. ¿Puedes bajar solo o necesitas ayuda?

—Creo que puedo —dice el guardia, acercándose al borde y mirando hacia abajo. Se vuelve y mira atrás—. Oye, por cierto, me llamo Folmer.

—Aksel. Vuelvo enseguida. —No quiere quedarse aquí fuera con el frío, así que baja rápidamente a la cabina. El aire está más cargado de lo que esperaba. Es una mezcla de sudor, loción para después del afeitado y, por supuesto, las personas infectadas. Y hablando de ellas, cuando se gira hacia la reja, se sorprende al descubrir que el mortal cuarteto se ha alejado. Todos se han movido hacia atrás, más cerca de donde está aparcado el SUV, y solo ahora empiezan a regresar tambaleándose y empujándose por el autobús.

Esto le resulta extraño, porque hasta ahora, solo ha visto a los zombis dirigirse hacia la presa más cercana, incluso si esa presa era inalcanzable. Y el guardia (Folmer) estaba justo dentro de la cabina. Definitivamente, estaba más cerca de ellos que las tres mujeres en el coche.

Probablemente se sintieron atraídos por el coche porque hay más gente dentro.

Eso parece una explicación lógica, y Aksel no pierde más tiempo pensando en ello. Se dirige a la pistola en el salpicadero inclinado y no puede evitar mirar el cadáver del otro guardia. Parece estar ya completamente rígido.

Espero realmente que nuestro plan funcione. Que una vez lleguemos lo suficientemente al norte, incluso los no muertos se congelen.

Aksel agarra la pistola y se la coloca en la parte trasera del cinturón. Cuando va a volver a subir, se encuentra con los tres zombis que han llegado de nuevo a la reja y que están intentando desesperadamente alcanzarlo.

—Lo siento, chicos —murmura, subiendo a los asientos—. Hoy no hay tartar de Aksel.

Saliendo de nuevo, salta y corre hacia el SUV. Anne ha salido a recibir al guardia, y Aksel se alegra de ver un poco de vida de nuevo en sus ojos. Ella asiente hacia el asiento trasero.

—Espero que no te importe ir apretado.

—Sinceramente, ahora mismo me sentaría en un cactus si estuviera caliente —gruñe el guardia, soplándose en las manos congeladas.

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Folmer. Mis amigos me llaman Fozzy.

—Anne X. Trabajo en la policía en Trondheim.

Aksel nota que el guardia parpadea al escuchar esto.

—Oh. Compañera. No me lo esperaba.

—No te preocupes —dice Anne, levantando una ceja—. No voy a arrestarte.

El guardia asiente con alivio.

—Gracias. Porque estoy harto de esta mierda. Me vuelvo a casa, y pienso quedarme allí hasta que esto se solucione.

—Vamos dentro —dice Aksel, abriendo la puerta del asiento trasero.

El guardia entra de buena gana, y Anne y Aksel regresan a los asientos delanteros.

—Llamadme Fozzy —dice el guardia a las mujeres—. Oye, ¿podemos subir la calefacción?

—Está al máximo —dice Aksel.

—Toma —Rosa le ofrece la camiseta que ha estado usando.

—Gracias, querida —dice Folmer—. Oye, ¿por qué no llevas pantalones?

—Los perdió antes —dice Belinda, con tono defensivo.

—Oh, vale. Solo me pareció extraño.

—Me vi atrapada en una situación similar a la tuya —explica Rosa con tranquilidad—. ¿Estuviste atrapado mucho tiempo ahí dentro?

—Todo el día —murmura el guardia—. El día más largo de mi vida.

—¿Podemos irnos ya, por favor? —pregunta Belinda—. Es un poco inquietante estar aquí al lado de un autobús lleno de gente infectada.

—Sí —dice Aksel, pero no arranca. En lugar de eso, mira de Anne a Folmer—. ¿No creéis que deberíamos informar de esto?

—¿Para qué? —se burla Folmer, mientras un violento temblor recorre su cuerpo—. Los infectados no van a salir. No son un peligro para nadie.

—No, pero... dijiste que estabas llevando a estas personas a una zona de cuarentena. ¿No hay alguien esperándote? ¿Preguntándose dónde estás?

—Sí, eso crees, ¿verdad? —se burla Folmer, sacudiendo la cabeza—. Los muy cabrones ni siquiera vinieron a buscarnos. Sabían la ruta. Sabían que debíamos estar allí a las nueve de esta mañana. ¿Y dónde están? —Mira hacia el autobús y vuelve a temblar—. La radio se estropeó en el choque, y no conseguía señal en mi teléfono. Pero pensé, está bien, vendrán pronto. Ni hablar, no vinieron. Me dejaron aquí para que muriera de frío. Porque aparentemente, les importa una mierda. —Mira a Rosa y luego a Belinda—. Lo siento, pero estoy cabreado. Si no hubiera sido por vosotros, estaría muerto.

—Estoy seguro de que hoy están muy ocupados —dice Aksel—. No los defiendo, solo lo digo. A estas alturas, tanto la policía como el ejército están involucrados, y probablemente estén

desbordados.

—Sí, probablemente —concede Folmer—. Pero podrían haber enviado a alguien a comprobar.

—Creo que eso es lo que están haciendo.

Aksel mira a Anne. Ella está mirando al frente. Siguiendo su mirada, ve la carretera en forma de zigzag a lo largo de la ladera. A unos cuatrocientos metros se ven los faros de algo que solo puede ser un camión. Y viene hacia ellos.

Después de girar la llave, Marit se dirige directamente a las ventanas.

Mirando hacia abajo, no hay nada más que césped helado que amortigüe su caída. Ya había saltado desde esa altura hacía solo unas horas, y su tobillo late solo de pensar en volver a hacerlo. Pero no hay otra salida.

—¡Marit! ¡Déjame entrar!

Marit ignora a Hagos. No hay forma de que vaya a abrir esa puerta. No con tres zombis acercándose.

Se le ocurre una idea. Puede usar los edredones y las mantas extra del armario para aterrizar sobre algo blando. Así no se hará daño. Coge los edredones de la cama, mientras cruza la habitación, Hagos golpea con fuerza la puerta.

—¡Marit! ¡Vamos, abre la puerta!

Marit no pierde tiempo en contestar. En su lugar, tira los edredones por la ventana. Luego va al armario, aparta la puerta corredera, que ya está entreabierta, y en ese momento empieza a gritar. Retrocede tambaleándose, y su pie izquierdo (que no lleva zapato), resbala sobre la alfombra y Marit cae hacia atrás, golpeándose contra la cama blanda.

Dentro del armario, la anciana suelta un gruñido y araña a Marit. Parece que realmente quiere lanzarse sobre ella, pero no puede. De alguna manera, ha quedado su brazo izquierdo enredado en uno de los vestidos de verano de la madre de Marit, uno que tiene volantes, y las tiras todavía están enganchadas en la percha. Y mientras la anciana se abalanza hacia adelante, la tela comienza a rasgarse.

Marit sigue gritando mientras la mujer se lanza de nuevo hacia ella. Sorprendentemente, el vestido aguanta. También lo hace la percha. Pero la barra entera se desprende, y todos los abrigos, camisas, faldas y vestidos caen al suelo. A la mujer no le importa, simplemente se

arrastra por el suelo, avanzando con su única mano libre, arrastrando todo el vestuario de la madre de Marit.

En ese momento, hay un fuerte estruendo y la puerta se abre de golpe. Hagos irrumpe en la habitación, casi cayendo de cara.

Eso es suficiente para que Marit reaccione, y se pone de pie un segundo antes de que la mujer pueda agarrarla. Marit corre alrededor de la cama, y la mujer se pone de pie. Su mano derecha finalmente se libera, y puede ir tras Marit, acorralándola.

—¡No! —grita Marit—. ¡Aléjate!

La mujer no la escucha. Sigue avanzando, extendiendo los brazos, como si quisiera abrazarla. Marit se ve sin escapatoria. No puede hacer otra cosa más que gritar.

Hagos corre detrás de la anciana y la empuja con fuerza en la espalda, haciendo que se tambalee hacia adelante, perdiendo el equilibrio y estrellándose contra la pared a solo unos pasos de donde está Marit.

—¡Vamos! —grita Hagos, haciéndole señas—. ¡Vámonos! ¡Antes de que se levante!

La anciana parece momentáneamente aturdida por el golpe de su cráneo contra la pared, y le lleva unos segundos coordinar sus brazos y piernas. Gruñe, sacude la cabeza y comienza a levantarse meticulosamente.

—¡Vamos, Marit! ¡Ahora!

Marit está a punto de correr hacia Hagos. Pero entonces los ve. Justo detrás de él. Entrando en la habitación uno por uno.

Y empieza a gritar de nuevo.

—¿Qué hacemos? —pregunta Belinda desde el asiento trasero.

—No hay nada que podamos hacer —dice Anne—. Si es el ejército, y creo que lo es, querrán saber qué ha pasado aquí.

—Mierda —dice Folmer—. No pueden identificarme. Me harán regresar.

Aksel se vuelve hacia atrás.

—Bueno, llevas puesto el uniforme, así que probablemente no hay forma de evitarlo.

El guardia mira por la ventana, como si estuviera considerando salir del coche y huir corriendo. Luego, para sorpresa de Aksel, hace exactamente eso, murmurando:

—Que les jodan, no pienso volver.

—¡Espera!

Pero ya es demasiado tarde. Sale corriendo del coche, sube rápidamente la colina y desaparece en la oscuridad entre los árboles.

En ese momento, el camión aparece en la última parte de la curva y se pone a la vista. Aunque las luces lo cegaban, Aksel se da cuenta de inmediato de que el camión es realmente militar. Al menos nunca ha visto un camión normal que se vea tan robusto.

—¿Nos van a arrestar? —susurra Rosa, como si las personas en el camión pudieran oírla.

—No, ¿por qué lo harían? —pregunta Belinda.

Aksel mira a Anne. Ella no dice nada. Simplemente observa el camión.

—¿Qué crees? —le pregunta.

Ella no le mira; solo sacude la cabeza casi imperceptiblemente.

—No tengo ni idea. Déjame hablar con ellos.

De repente, una voz resuena desde lo que debe ser un altavoz, dirigiéndose a ellos en un inglés con acento marcado:

—Apaguen el motor, por favor. Luego salgan del vehículo. Todos ustedes.

—Maldita sea —murmura Belinda—. Deberíamos haber seguido conduciendo.

—Aun así nos habríamos encontrado con ellos —dice Aksel, apagando el motor—. Hagamos lo que nos piden y... oye, ¿qué haces?

Anne saca su pistola, y durante un momento aterrador, Aksel piensa que va a disparar al camión, convirtiéndolos efectivamente en un blanco de tiro. En cambio, abre la puerta, sale y coloca el arma sobre el techo del vehículo.

—Anne X —grita, mostrando su placa—. Oficial del Distrito Policial de Trøndelag.

Después de una breve pausa, la voz vuelve a sonar, esta vez en noruego:

—Hola, oficial. ¿Quién está con usted?

—Tres civiles —dice Anne—. Un joven, una madre joven y una niña pequeña. —Mira hacia atrás—. También tenemos... un perro grande.

—¿Hay más armas en el coche?

—No.

—¿Podría pedirles que salgan del vehículo? El perro se queda.

Anne los mira. Aksel ya se ha desabrochado el cinturón. Sale al aire helado, levantando la mano contra la luz cegadora en un breve gesto de saludo. Rosa y Belinda también salen, entrecerrando los ojos y agarrándose la una a la otra.

—¿Alguno de ustedes está infectado?

—No —responde Anne con firmeza.

—¿Qué hacen aquí?

—Solo estábamos de paso. Tuvimos que reducir la velocidad para pasar el autobús.

—¿Han estado en contacto con alguien dentro del autobús?

Anne duda solo un momento ante esto.

—No. Echamos un vistazo rápido. Cuando no encontramos a nadie con vida, decidimos seguir adelante. Estábamos a punto de hacerlo cuando ustedes llegaron.

Otra pausa. Luego, las luces se ajustan a un nivel mucho menos intenso, y Aksel puede distinguir a los soldados bajando al pavimento. Están vestidos con lo que parecen uniformes completos de invierno, con cascos blancos, gafas de esquí y bragas que cubren todo menos los ojos. También llevan rifles militares apropiados, y Aksel se siente inmediatamente tenso. La última vez que vio soldados de cerca fue en la zona de contención fuera del hospital.

Todavía no está seguro de si lograron identificarlo después de que escapara. Si lo hicieron, podría haber una orden de arresto contra él. Si estos soldados averiguan quién es, probablemente

lo arrestarán de nuevo.

Tres veces en dos días, piensa Aksel con amargura. Eso tiene que ser un nuevo récord.

Su mente repasa las cosas que podrían delatarlo. No lleva su cartera, y no tiene nada más con su nombre. Su teléfono está en el bolsillo, pero podría romperlo antes de que se lo quitaran. Aparte de eso, solo hay dos cosas: sus huellas, que sabe que están en el sistema porque lo detuvieron hace unos años mientras conducía su moto de campo en las colinas fuera de la ciudad, que resultó no cumplir con las normas de sonido debido a un silenciador defectuoso, o que alguno de los demás lo delate. No ve por qué lo harían, sin embargo.

Uno de los soldados se acerca a ellos, mientras los otros dos se dirigen al autobús. Se aproximan con precaución, manteniendo sus armas listas, usando las linternas montadas en los cañones. Una escena así es surrealista para Aksel, ya que solo ha visto algo así en las películas. Los soldados comienzan a revisar todo alrededor del autobús.

—Personas infectadas dentro —grita uno de ellos en cuanto mira por el parabrisas—. Al menos una docena.

—¿Pueden salir? —pregunta el soldado que está frente a ellos.

—No lo parece.

—No, probablemente ya se habrían ido —murmura el soldado, mirando a Anne. Se ha quitado las gafas, pero su boca aún está cubierta—. ¿Qué hace aquí tan al norte, oficial?

Aksel sabía que la pregunta llegaría, pero no tiene idea de qué va a responder Anne. Ella les dijo que ella hablaría, y Aksel confía en ella.

—Estoy llevando a estas personas a un lugar seguro —dice Anne—. Vamos más al norte, fuera del alcance de la infección.

El soldado levanta una ceja.

—Tengo malas noticias, oficial. En unos días, no existirá un “fuera del alcance”. A menos que encuentren una nave espacial. —Asiente hacia el autobús—. Estamos haciendo todo lo que podemos, pero cosas como esta siguen sucediendo. No hemos hecho más que controlar daños desde que nos llamaron aquí, pero no podemos mantener el ritmo. ¿Quién sabe cuántas personas infectadas se alejaron de este lugar? Nunca seremos capaces de rastrearlas antes de que infecten a otros.

—¿Hasta dónde se ha extendido ya?

Se encoge de hombros.

—Dicen que ya está en Suecia.

Otro de los soldados regresa.

—Hemos contado catorce, sargento. Cuatro se mueven libremente. Ninguno puede salir.

El sargento asiente.

—Está bien. Asegúrenlos. Empiecen con esos cuatro que están sueltos. —Mientras el soldado corre de vuelta al bus, el sargento suspira y se frota los ojos con su mano enguantada—. Si pudiéramos simplemente dispararles, tal vez tendríamos una oportunidad.

—¿Por qué no lo hacen? —pregunta Aksel, hablando antes de pensar. No quería llamar la atención, pero la pregunta simplemente se le escapa.

El soldado lo mira.

—Porque somos seres humanos, y hasta donde sabemos, ellos también.

Aksel asiente, pero piensa: «Bueno, estás equivocado».

—¿Ha habido algún éxito en curarlos? —pregunta Anne, desviando hábilmente la atención hacia ella.

—No por lo que he oído, no. Entre tú y yo... —Baja la voz, y Aksel tiene que esforzarse para oírlo por encima del ruido del motor del camión—. No habrá cura. No sé si pueden encontrar una vacuna como hicieron con el Covid, pero te lo digo, en cuanto esta infección está en tu sangre, estás acabado. Lo he visto un montón de veces. Un pequeño rasguño, fiebre, y luego... —Mira hacia el autobús—. No hay vuelta atrás en esa última etapa.

—Estoy de acuerdo —dice Anne—. Cuando los ves de cerca, parecen casi muertos.

El soldado se ríe con desprecio.

—No parecen muertos, oficial. He visto una buena cantidad de muertos. Sé cómo se ven los ojos humanos cuando se han apagado las luces. Y esas pobres personas infectadas... ya no están aquí. Estoy seguro de ello. Es como si esa horrible infección los mantuviera en marcha, como marionetas o algo así. Seguro que no lo hacen por sí mismos.

—Entonces, ¿cómo puede llamarlos humanos? —pregunta Belinda. El soldado no la mira con tanta dureza, quizás porque su tono es más amable que el de Aksel, o tal vez porque es una mujer, Aksel no lo sabe, pero... —. Quiero decir, si básicamente son cadáveres andantes... ¿No sería más misericordioso acabar con ellos?

El soldado no responde de inmediato. Cerca del autobús, los otros dos soldados han sacado lo que a Aksel le parece casi como un equipo que usaría un cazador de perros: redes, bozales y garfios con lazos de alambre en el extremo.

—¿Es tu hija? —pregunta el soldado.

—Sí —responde Belinda, abrazando más fuerte a Rosa.

—Si ella se infectara y llegara a la última etapa, ¿querrías que la llevaran a un lugar donde intentaran curarla, aunque supieras que probablemente no tendrían éxito, o preferirías que la sacrificaran en el acto como a un perro rabioso?

Belinda aprieta los labios.

—Eso pensaba —murmura el soldado—. Incluso las personas muertas siguen teniendo familias que las aman. —Mira a Anne—. Entonces, ¿por qué no está de servicio, oficial?

—Lo estaba —responde de inmediato—. Pero me relevaron.

—¿Relevada? ¿En estas circunstancias? Debe haber ganado la lotería.

Es obvio que no le cree. También es obvio que a Anne no le afecta en lo más mínimo. Dice sencillamente:

—Toda mi división fue dispersada y asesinada. Lo último que me dijo mi jefe fue que me refugiara en mi ubicación, porque yo era la única que quedaba a kilómetros de distancia, y toda la ciudad estaba siendo invadida por personas infectadas. Nunca llegó ayuda, así que tuve que salir de allí. Iba a buscar a mi hija cuando me enteré de que ya estaba muerta.

—Oh —dice el soldado—. Mis, eh, condolencias.

Ninguno de ellos parece saber qué decir a continuación.

Otro de los soldados se acerca, entregando al sargento algo que parece mucho a esos termómetros láser que usaban en la azotea del hospital.

El sargento se aclara la garganta.

—Me temo que necesitaré revisar sus temperaturas. Es protocolo. Las tres F y todo eso.

—¿Tres F? —pregunta Aksel.

El sargento coloca su rifle en su espalda y mira de Aksel a Anne.

—¿No lo han oído? Feber, farve y flenger. Dos de tres, y tenemos que llevarlos.

Aksel casi se ríe. Es tan típico del gobierno. Tomar algo tan espantoso y convertirlo en una cuestión de tres simples síntomas que son fáciles de recordar y que incluso un niño podría entender. No necesita ninguna explicación para saber qué buscará el soldado en ellos. Feber significa fiebre, farve es color, que debe referirse a la decoloración de la piel, y flenger es evidente; significa rasguños.

El sargento procede a escanear a todos con el láser. Todos están bien. Excepto Belinda.

—Vaya —dice el sargento, mirándola—. Ciento uno. Eso es fiebre. ¿Ha estado en contacto con alguien infectado?

—Bueno, no, pero...

—¿Pero qué? —pregunta el sargento, retrocediendo un paso—. ¿Ha estado en contacto con alguien o no?

—No toqué a nadie —dice Belinda, sacudiendo la cabeza—, y ciertamente no fui mordida ni arañada. La fiebre debe ser por mi mononucleosis. Está empeorando.

El sargento no parece convencido.

—De acuerdo. Ahora tendré que revisarla en busca de heridas recientes, y entienda que si encuentro alguna, no tendré otra opción que llevarla con nosotros, ¿de acuerdo?

—Oh, Dios mío —murmura Belinda.

—¿Qué? —pregunta Aksel, confundido—. ¿Tienes alguna herida?

Nunca vio a Belinda acercarse lo suficiente a ninguno de los zombis como para haber sufrido un rasguño o una mordida. Y aun si lo hubiera hecho, ¿no se habría transformado ya? Pero de nuevo, no puede estar seguro de cuánto tiempo toma. ¿Había estado ocultando una herida todo este tiempo? ¿Era la mononucleosis solo una excusa para que no cuestionaran el aumento de su fiebre?

—¿Qué? —pregunta el sargento con brusquedad, retrocediendo más—. ¿Tiene alguna herida?

—Por favor, escúcheme —dice Belinda—. No estoy infectada, ¿de acuerdo? Ya se lo dije, es la mononucleosis.

—¡Kim! —grita el sargento—. Creo que tenemos a alguien aquí.

—¡No! —grita Belinda, abrazando a Rosa, quien a su vez se aferra a ella—. ¡No estoy infectada! ¡No lo estoy! ¡Juro que no toqué a ninguno!

Aksel no sabe qué decir o hacer, así que simplemente se queda allí, mirando a Belinda, intentando leer en su mirada. ¿Ha estado jugando con ellos todo este tiempo? ¿Poniéndolos a todos en peligro, incluida su propia hija? No puede creerlo. Pero la verdad es que no la conoce lo suficiente. Tampoco sabe lo que es tener que cuidar a una hija. ¿No harías cualquier cosa para quedarte el mayor tiempo posible con ella?

El sargento saca una pistola. No apunta a Belinda, pero la sostiene lista.

—Necesito que me muestre su herida. Los demás, retrocedan, por favor.

Uno de los otros soldados se ha unido a ellos, de pie a un lado. Parece haber captado de inmediato que Belinda es la persona en cuestión, y la está bloqueando para que no pueda escapar.

Anne obedece, dando unos pasos atrás. Aksel también se mueve hacia atrás. Rosa no suelta a su madre.

—Por favor —dice Belinda, como si estuviera a punto de llorar—. Pueden hacerme un análisis de sangre. O simplemente... ¡busquen mi historial médico! Eso está disponible en línea, ¿verdad?

Les diré que fui diagnosticada hace dos años.

—Incluso si pudiera hacer eso, que no puedo, solo los médicos pueden, eso aún no probaría nada. Y tampoco cambiaría mis órdenes.

—Por favor, tiene que entender...

—¡No! —la interrumpe el sargento, levantando la voz y señalándola con la mano enguantada que no sostiene la pistola—. Tiene que entendernos a nosotros, señora. No estoy aquí para hacerle un chequeo médico ni para diagnosticarla. Mi único trabajo es determinar si se queda o viene con nosotros. Ahora, a menos que muestre voluntariamente dónde está herida, tendré que pedirle a Kim que venga aquí, que la espose y luego la desvista. Realmente no creo que quiera eso.

Belinda baja la cabeza y comienza a llorar.

Rosa la mira, con miedo, confusión y preocupación pintados en su rostro.

—¿Mamá? —pregunta—. ¿Es verdad? ¿Estás...?

Belinda se aparta de su hija, luego le hace a un lado. Parece requerir toda su fuerza de voluntad, y empieza a llorar aún más. Posteriormente toma aire con determinación y mira a Rosa a los ojos.

—Estará bien, cariño. Lo prometo. No estoy infectada. Te lo juro. Pero no me creerán.

—Oh, no —dice Rosa, sacudiendo la cabeza—. No, mamá...

Se adelanta de nuevo, pero Belinda levanta la mano.

—No —dice firmemente—. Quédate atrás, cariño. O te llevarán a ti también.

—Dios mío —murmura Aksel.

—Última oportunidad —le dice el sargento a Belinda—. Enséñanosla, o te desnudamos.

Belinda duda un momento más. Todos la miran. Luego, cuando el sargento está a punto de avanzar, Belinda mira directamente a los ojos de Aksel y dice en voz baja:

—Fue el alambre. Lo juro.

No tiene idea de qué quiere decir.

Pero luego se inclina y se sube la pernera del pantalón. A lo largo de su pantorrilla corre un desagradable rasguño de color rosa brillante. Aksel ha visto suficientes quemaduras de cuerda para reconocer de inmediato que esto no es un rasguño de una uña o de cualquier otra cosa puntiaguda. La piel no está cortada; está desgarrada debido a la fricción. Todo encaja entonces para él. Cómo Belinda debió rasparse la pierna con el alambre cuando cruzaba el aparcamiento, probablemente varias veces. Es fácil hacerse daño cuando no estás acostumbrado a ese tipo de acrobacias.

Rosa empieza a llorar.

Belinda suplica a los soldados, les dice una y otra vez que no es lo que piensan, les ruega que le crean.

El sargento dice que no tiene opción.

Ni Anne ni Aksel dicen ni hacen nada; ambos saben que es inútil.

En cuestión de segundos, Belinda está esposada, y aunque ya tiene las manos detrás de la espalda, también le colocan lo que parecen manoplas de invierno de alta resistencia.

Mientras el sargento la lleva hacia el camión, Rosa corre hacia ella, pero Aksel se interpone y la agarra.

—No —le dice al oído—. Si vuelves a tocarla, podrían llevarte a ti también.

—Estará bien —dice Belinda, como si estuviera desesperadamente tratando de creerlo ella misma—. Cuando vean que no empeoro, me dejarán ir, ¿verdad? ¿Verdad?

Mira al sargento mientras la lleva hacia la parte trasera del camión. Aksel y Rosa los siguen a una distancia segura, Aksel sostiene firmemente los hombros de la niña.

—Eso no depende de mí —dice el sargento con pesar.

Uno de los otros soldados desbloquea la puerta trasera y la abre de par en par.

—Sube, por favor —dice el sargento, señalando el escalón del parachoques.

—Pero no me dejarán allí cuando vean que no estoy infectada, ¿verdad? —pregunta Belinda, sin moverse.

El sargento suspira.

—No lo sé. Todo lo que puedo decir es que, dado que obviamente no estás en la última etapa, te pondrán con los sis, es decir, los sospechosos de estar infectados.

Aksel siente inmediatamente que se le revuelve el estómago al recordar la contención fuera del hospital en la que él, Linus y varias otras personas fueron retenidas. Todos ellos eran sospechosos de estar infectados, y aquellos que no lo estaban realmente tenían pocas posibilidades de salir con vida.

—Espera —empieza a decir Belinda, pero el sargento la empuja, a medias con suavidad y a medias con firmeza, hacia el camión.

—¡Mamá!

—¿Dónde la llevan? —pregunta Aksel.

El sargento se detiene en el escalón y envía una mirada severa por encima del hombro.

—A una instalación segura. —Sus ojos se posan en Rosa, y su expresión se suaviza un poco—. Mira —dice, dirigiéndose a Anne—. No puedo decirte dónde está. Y te recomiendo

encarecidamente que no nos sigas. Se toman la seguridad muy en serio. Cualquiera que se vea en los alrededores será arrestado y terminará adentro.

Con estas palabras, el sargento se da la vuelta y empuja a Belinda hacia el interior del camión. Aksel mira dentro para ver dos filas de asientos, y para su horror, ve que ya hay tres ocupados. Dos zombis y uno a punto de serlo han sido atados. Los dos muertos vivientes estiran inmediatamente el cuello hacia Belinda, o al menos lo intentan. Todos llevan bozal, y estos están sujetos a la pared detrás de ellos con correas cortas, lo que les permite mover la cabeza solo unos centímetros. La persona que aún no se ha transformado, pero que obviamente lo hará pronto, es un hombre mayor y delgado que lleva un abrigo grueso de caza. Bajo la luz tenue de las pequeñas lámparas rojas del techo, Aksel puede ver que el hombre está sudando. Su boca está entreabierta y la saliva gotea por la rejilla del bozal. Le falta un zapato, y también, al parecer, un par de dedos. Alguien, que podría ser él mismo, intentó vendar la herida con algo que parece cinta adhesiva. Aunque el vendaje improvisado ha logrado detener el flujo de sangre, no puede ocultar el hecho de que el resto del pie del hombre está completamente verde.

—Oh, Dios —exclama Rosa al ver a los zombis—. ¡No puedes meterla ahí con ellos!

El sargento no responde. Coloca a Belinda al fondo, frente a los dos zombis, y a un asiento de distancia del hombre en estado de coma. La empuja hacia abajo, con suavidad pero con firmeza, y le asegura los cinturones alrededor de los muslos y el pecho. Luego, antes de colocarle el bozal, Aksel le escucha murmurar:

—Lo siento. Me temo que no hay forma de evitarlo.

Una vez que el bozal está asegurado, el sargento retrocede.

Belinda gira la cabeza y los mira. A Aksel le recuerda a Hannibal Lecter. Sus ojos son enormes y aterrorizados, y el hecho de que intente sonreír solo lo empeora.

—Estará bien, cariño. Lo prometo. Cuando me dejen ir, te llamaré y nos encontraremos. ¿De acuerdo?

—De... de acuerdo —responde Rosa con voz temblorosa—. Te quiero, mamá.

Belinda rompe a llorar.

—Yo también te quiero, cariño. ¡Nos vemos pronto!

Luego la vista se corta cuando el sargento sale y les hace señas para que retrocedan. Se apartan mientras los otros soldados empiezan a llevar a los zombis del autobús. Usando los garfios, son capaces de manejar a un zombi cada uno, lo cual es bastante efectivo. En cuestión de minutos, han guiado a todos los infectados al camión y los han asegurado.

Luego simplemente suben, dan la vuelta al vehículo y se marchan por donde vinieron, dejando a Anne, Aksel y Rosa junto al autobús en la tranquila y gélida noche.

Se gira para ver lo que Marit ve, aunque ya lo sabe. Solo esperaba tener unos segundos más. Pero las tres personas infectadas lograron atravesar el tendedero y ahora están entrando en el dormitorio, que a pesar de su impresionante tamaño, de repente parece muy, muy pequeño.

La mujer atlética sigue delante, y se dirige directamente hacia Hagos. Él se da la vuelta y tiene la intención de agarrar a Marit. No tienen otra opción que saltar por la cama y dirigirse a la ventana, y si son rápidos, aún podría ser...

Hagos se queda inmóvil por un instante, ya que no ve a Marit por ninguna parte. La chica ha dejado de gritar y se ha alejado de la esquina. Ahora está arrastrándose por la cama, y como si hubiera leído su mente, parece dirigirse directamente hacia la ventana. La anciana intenta alcanzarla brevemente, pero escalar la cama alta parece demasiado complicado para ella, así que en su lugar se dirige hacia Hagos.

La joven jugadora de balonmano gruñe justo detrás de él, y cuando Hagos salta hacia adelante, siente los dedos de la chica rozar la parte trasera de su camisa, casi atrapándolo. Corre hacia la anciana. No tiene otra opción que empujarla una vez más, y esta vez no tiene la ventaja de atacarla por detrás. En su lugar, la empuja con fuerza en el pecho, y luego retira los brazos de inmediato. Incluso con la rapidez con la que lo hace, la anciana aún logra agarrarlo, y sus largas uñas recorren todo su brazo. Si hubiera llevado mangas cortas, sin duda habría terminado lleno de arañazos.

La mujer se golpea contra la pared nuevamente, esta vez con la parte trasera de la cabeza, y Hagos puede oír sus dientes castañear mientras cae al suelo. Esto le da un segundo para saltar a la cama. Marit ya se ha subido al alféizar de la ventana, pero duda y le mira. La mujer atlética se inclina de inmediato sobre la cama y trata de agarrarlo, y uno de los otros infectados ha dado la vuelta por el otro lado de la cama, impidiendo que Hagos alcance a Marit y la ventana.

—¡Maldición! —dice, retrocediendo mientras la mujer casi lo alcanza. Ella sube a la cama, gruñendo con ansia—. ¡Salta, Marit! —grita—. ¡Solo salta!

No espera a ver si ella lo hace o no, porque el hombre infectado ahora se dirige hacia él desde el otro lado, y no le queda más remedio que correr hacia el pie de la cama y saltar al suelo. Mientras lo hace, el tercer infectado aparece por el costado y lo agarra del brazo. Hagos se libera y golpea al tipo con el codo justo bajo la barbilla, haciéndolo retroceder unos pasos.

Al mirar hacia atrás, ve que Marit sigue sentada en la ventana, aun mirándole. No tiene ninguna prisa, ya que la ventana está al otro lado de la habitación, y Hagos está mucho más cerca de las personas infectadas, lo que significa que los tres se dirigen hacia él. Retrocede hasta el armario y, sin pensarlo mucho, se mete dentro y cierra la puerta corredera menos de medio segundo antes de que los zombis lleguen.

—Entremos en el coche —sugiere Anne en voz baja—. Antes de morir congelados.

Aksel lleva a Rosa consigo, su brazo reposa alrededor de los hombros de la niña, y ambos se sientan juntos en el asiento trasero. Anne se sienta al volante y enciende el motor.

Guardian gime desde atrás. Aksel no está seguro de cuánto entiende el perro de lo que acaba de suceder, pero al mirar hacia atrás y ver sus grandes ojos sombríos, tiene la clara sensación de que el grandullón es muy consciente de que acaban de perder a un miembro del grupo. Estira su cuello grueso para olisquear el cabello de Rosa y lamerle la oreja.

Rosa deja de llorar y le ofrece la mano, contra la que Guardian empieza inmediatamente a frotar su hocico. Sus pequeños dedos rosados parecen aún más diminutos junto a la enorme boca del perro, que podría mordérselos tan fácilmente como una segadora podría cortar un puñado de hierba. Sin embargo, la única intención del perro es consolar a la niña, y parece que funciona. En medio minuto, Rosa parece sentirse mejor.

—¿De verdad creéis que la dejarán ir? —pregunta, dirigiéndose a Aksel y Anne—. Cuando descubran que no está infectada, ¿simplemente dirán “disculpe las molestias, aquí tiene su teléfono, déjenos que le pidamos un taxi”? Es solo que... no creo que sea realista.

Aksel vuelve a sorprenderse con la forma en que habla la niña. No es solo el hecho de que sea claramente más madura de lo que sugiere su edad, sino también la forma en que va al grano y es completamente honesta.

—No lo sé —murmura Anne, sacudiendo la cabeza—. Simplemente no lo sé. En circunstancias normales, confiaría en las autoridades. Pero estas no son circunstancias normales en absoluto.

—Basándome en lo que ocurrió en Torik —dice Aksel—, no soy muy optimista. También creo que existe un gran riesgo de que... se infecte al quedarse en el lugar adonde la llevan. Quiero decir, probablemente haya cientos, si no miles, de zombis allí.

Rosa parece muy incómoda con la idea.

—Pero dijo que la mantendrían separada de ellos.

Aksel se encoge de hombros.

—En el hospital, donde me retuvieron a mí y a Linus junto con un montón de otras personas, alguien se transformaba cada pocos minutos, y el resto de nosotros corríamos un gran peligro. Era como estar encerrado con depredadores que podrían despertar en cualquier momento, y no había adónde correr; solo podíamos confiar en que los soldados actuaran lo suficientemente rápido cada vez que alguien se desmayaba. Al recordarlo, no puede evitar sentir que su pecho empieza a oprimirse—. Pero claro, puede que aquí lleven una operación más organizada. Simplemente no creo que tengan los recursos para mantener a cada persona separada.

Rosa le observaba mientras hablaba. Ahora baja la mirada y asiente, aceptando lo que ha dicho como probablemente cierto.

—Así que... aunque sobreviva y la dejen ir, probablemente no la dejarán llamarme como dijo que lo haría. Quiero decir, si la ubicación es confidencial como él dijo. Y probablemente tampoco perderán el tiempo llevándola a ninguna parte.

—No —dice Aksel con tono sombrío—. Creo que es más probable que se queden con su teléfono y le muestren la puerta.

Rosa respira hondo para tranquilizarse.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? No podemos simplemente esperar a que mamá llame. Supongo que o seguimos conduciendo, o vamos a buscarla. Esas son nuestras dos opciones, ¿verdad?

Una vez más, Aksel se sorprende por la forma en que la niña analiza la situación y expone los hechos.

—Básicamente, sí —dice Anne—. Y aunque pudiéramos encontrarla, tendríamos que irrumpir allí para sacarla.

—¿Tenemos alguna idea de dónde podría estar? —pregunta Aksel, mirando a Anne.

Ella se encoge de hombros.

—No conozco bien la zona. Supongo que eligieron un lugar alejado de cualquier ciudad importante. Tal vez usaron un complejo industrial o algo así, sé que hay grandes fábricas por aquí, pero no tengo idea de por dónde empezar a buscar.

Hay un momento de silencio en el coche. Guardian respira fuertemente. Aksel se muerde el interior de la mejilla.

—Si hacemos esto —dice, mirando a Rosa—. Si vamos a buscar a tu madre, hay una cosa que tenemos que dejar clara primero.

La niña simplemente le mira, esperando.

No está seguro de cómo formular la pregunta, así que simplemente la lanza:

—La mononucleosis... eso es real, ¿verdad?

Aparece un ligero fruncimiento en la frente de Rosa.

—¿Estás sugiriendo que lo usó para ocultar que estaba infectada?

Aksel siente que la sangre le sube a la cara.

—Solo digo... que tenemos que descartar eso.

Rosa le mira un poco más. Luego asiente.

—Ella realmente tiene mononucleosis.

—¿Y no crees que pudiera haberlo usado como excusa? —Añade rápidamente—: La gente hace cosas increíbles cuando sabe que está muriendo.

Rosa sacude la cabeza.

—Mi madre no es la persona más valiente, pero nunca me pondría en peligro. —Eso es todo lo que dice. Luego vuelve a acariciar a Guardian, como si el asunto estuviera suficientemente resuelto. Sin emociones. Sin voz alzada ni comentarios airados como “¿cómo te atreves?” o “¿crees que conoces a mi madre mejor que yo?”. Ni siquiera una mirada de enfado. Rosa tomó las palabras de Aksel exactamente por lo que eran: una pregunta necesaria para descartar posibles peligros.

«Maldita sea, me gusta esta chica. Si la mente de todos funcionara como la suya, habría mucho menos drama en el mundo».

Anne parece a punto de decir algo, cuando Guardian de repente gira la cabeza hacia un lado y comienza a gruñir.

Aksel mira en la dirección de su mirada, y ve una figura saliendo de los árboles. Claramente no es una persona muerta, porque el tipo está corriendo sin tropezar, dirigiéndose directamente hacia el coche.

—Mira quién ha vuelto —dice Anne con un tono ligeramente sarcástico.

El guardia agarra la puerta del pasajero. Cuando no se abre, golpea rápidamente la ventana.

—¡Eh, por favor, dejadme entrar! ¡Me estoy congelando!

Anne se gira en su asiento para mirar atrás. Parece aún más cansada y agotada que de costumbre.

—No tenemos otra opción, ¿verdad?

Aksel sacude la cabeza.

—No, no podemos dejarle.

Anne presiona el cierre central, y la puerta se desbloquea. El guardia entra, abrazándose a sí mismo, temblando violentamente.

—Cristo, estaba seguro de que iba a perder un dedo ahí fuera. Oye, gracias por esperarme.

Aksel se había olvidado casi por completo del guardia, pero no dice eso. En su lugar, dice:

—Se llevaron a Belinda.

—Oh —dice el guardia, mirando hacia atrás—. Vaya, ni siquiera me di cuenta. ¿Por qué...? ¿Estaba infectada?

—No —responde Aksel—. Tenía un virus que no está nada relacionado con lo que está pasando, que le causaba un poco de fiebre. Simplemente no le creyeron y se la llevaron.

—Ah, claro —dice el guardia, como si tampoco lo creyera—. Bueno, se nos instruye que no tomemos riesgos, así que...

—¿“Se nos instruye”? —pregunta Anne—. ¿A dónde llevaban a las personas en el autobús?

—A la zona de cuarentena —dice el guardia, como si fuera obvio.

—¿Es ahí donde llevaron a mi madre? —exclama Rosa.

El guardia la mira, luego a Anne de nuevo.

—Supongo que sí, ¿por qué?

Hay un momento de silencio en el coche, mientras todos intercambian miradas.

—Porque vamos a buscarla —dice finalmente Aksel.

—Oye, no, espera un segundo —dice el guardia, levantando las manos, como un futbolista que acaba de hacer una entrada y niega haber tenido algo que ver con ello—. No sé lo que piensas, pero ese lugar no es un asilo. No puedes simplemente ir a visitar y pedir llevarte a alguien a casa.

—Nos encargaremos de eso cuando lleguemos —dice Aksel—. ¿Cuál es la dirección?

—Mira, no lo entiendes. No pienso volver allí. Ni de coña.

—Bueno, entonces o vas con nosotros para allá —dice Anne con un tono sereno, mirándole con frialdad—. O no vas a ninguna parte. Al menos no en este coche.

No puede hacer otra cosa más que mirar mientras los tres zombis se acercan a Hagos. Entonces, justo un momento antes de que lo alcancen, él se desliza dentro del armario y cierra la puerta.

Los infectados inmediatamente empiezan a arañar la superficie. Aunque la puerta se cerró justo delante de ellos, al parecer no tienen ni idea de cómo volver a abrirla. Ninguno de ellos siquiera intenta deslizarla hacia un lado. En su lugar, usan uñas y dientes, intentando cavar a través del obstáculo. Está hecha de madera maciza, y les llevará horas atravesarla.

Pasan unos momentos. No se oyen más que gruñidos y bufidos de los zombis.

A pesar de que Marit es literalmente un blanco fácil, los infectados no van a por ella. Deben saber que está allí, porque todos la han visto. Pero ni siquiera se giran para mirarla. Parecen mucho más ansiosos por alcanzar a Hagos. Debe de ser porque él está mucho más cerca, prácticamente a unos centímetros, pero también protegido por la puerta del armario.

—¿Marit? —llama de repente, haciendo que ella se sobresalte—. ¿Sigues aquí?

—S-sí —dice ella, aclarando la garganta. Tiene miedo de hablar, porque podría atraer a los zombis.

Pero no reaccionan en absoluto a su voz. Simplemente siguen con lo que están haciendo.

—Necesitas ayudarme.

—¿Cómo voy a hacer eso?

—Si los atraes aunque sea un par de segundos, podré correr hacia la puerta.

—Pero... eso me pondría en peligro.

—Solo necesitas dar unos pocos pasos hacia ellos. En cuanto te sigan, retrocedes y saltas por la ventana.

—No puedo... no puedo hacer eso.

—Sí, puedes. Tienes que hacerlo.

—No, lo siento.

—Escucha, si no lo haces, nunca podré salir de aquí. La casa está cerrada y puede que no venga nadie en días. Moriré de sed.

Lo dice con un tono bastante uniforme, como si intentara no perder el control.

—Estoy segura de que estarás bien —dice Marit—. Estoy segura de que alguien vendrá a por ti.

Se siente un poco mal por dejarlo allí, pero en cuanto él se metió en el armario, supo que no iba a acabar bien para él. Nunca iba a arriesgar su propia vida por él. Ni siquiera si empezaba a suplicar.

Pero él no lo hace. En lugar de eso, mantiene la calma mientras dice:

—Marit, odio decir esto, pero te ayudé más de una vez.

—Lo sé, y eso... eso fue tu decisión. Y esta es la mía. —Se encoge de hombros, como si Hagos pudiera verla—. No soy rápida ni fuerte como tú. Y mi tobillo no está bien. Podría tropezar o algo. Lo siento, pero no hay forma de que me arriesgue.

—Marit, al menos intenta...

—Le diré a la policía dónde estás. Lo prometo.

Se gira para observar la caída y el montón de edredones abajo. No es mucho, no tanto como le gustaría, pero deberían servir como cojín.

—¿Marit?... ¿Marit?!

No responde. Inhala una bocanada de aire frío, se prepara, y, soltando un leve grito, se impulsa fuera del alféizar.

—Estáis locos —murmura el guardia, devorando patatas fritas a puñados—. Nos van a detener a todos.

Ninguno de ellos se molesta en responder. Llevan media hora conduciendo, y el guardia ha hecho comentarios similares cada pocos minutos. Aksel sabe que tiene razón, por supuesto. Ir a buscar a Belinda a una instalación de contención altamente segura es una locura de otro nivel, y podría terminar muy mal. Pero también sabe que no tienen otra opción. Al menos deben intentarlo. Por Rosa.

—¿Cuál es la dirección? —pregunta Anne, mirando al guardia.

—Os lo dije, está cerrada desde hace años. ¡No tiene dirección!

—¿Coordenadas, entonces?

—¿Cómo voy a saberlo? —gruñe—. ¿Tengo pinta de GPS?

Anne parece a punto de decirle exactamente qué pinta tiene, así que Aksel interviene:

—Cuéntanos sobre el lugar, entonces. Dijiste que es una prisión abandonada.

—Sí, eso es prácticamente todo lo que sé. Cerró en los ochenta, creo. Falta de espacio, probablemente. Pero los edificios están bien, y realmente, una instalación correccional vacía en medio de la nada es un lugar bastante ideal para meter a un montón de personas altamente peligrosas y contagiosas, ¿no? Creo que, al menos por esta vez, algunos de los de arriba tomaron la decisión correcta.

Aksel no está tan seguro de eso. Aislar a los infectados puede parecer una buena idea, pero también significa reunirlos a todos en el mismo lugar, básicamente creando una horda. Si algo salía mal y de alguna manera lograban invadir el lugar, varios miles de zombis en un solo grupo serían prácticamente imposibles de detener. Enfrentarse a ellos uno o dos a la vez, incluso una docena, era manejable, siempre que tuvieras armas o suficiente espacio para correr. Pero un

ejército de no-muertos... eso podría devastar una ciudad entera, incluso una tan grande como Oslo.

—Por fin estoy entrando en calor —dice el guardia, quitándose el segundo uniforme—. Nunca pensé que mi sangre volvería a fluir.

—Fostervoll —murmura Anne, leyendo su nombre en la etiqueta de la camisa—. ¿Eres tú?

—Ajá.

Anne le observa por un momento, y el guardia parece inquietarse.

—¿Qué? ¿Nos conocemos?

—No —dice Anne, sacudiendo la cabeza y volviendo a mirar la carretera—. Solo que... me sonaba tu nombre, eso es todo.

—Bueno, es un país pequeño —dice el guardia—. Y mi apellido es bastante único.

—Lo es.

Anne parece querer decir algo más, pero cambia de opinión, y simplemente repite:

—Lo es.

Siguen conduciendo unos minutos.

—Vale —dice el guardia—, en unos doscientos metros, hay una bifurcación. Toma a la derecha.

Anne asiente en señal de confirmación.

—Estamos cerca —continúa el guardia, mirando por su ventana—. En un par de minutos deberíamos ver las luces.

Rosa se inclina hacia adelante.

—Gracias por hacer esto.

El guardia mira hacia atrás, sorprendido.

—Bueno, eh... no es como si tuviera elección —gruñe—. Pero de nada.

—Aun así, te lo agradezco —dice Rosa—. Si no fuera por ti, tal vez nunca volvería a ver a mi madre. De esta forma, al menos tengo una oportunidad.

«Manteniendo las expectativas bajas», piensa Aksel. «Chica lista».

—Sí, bueno, espero que la encuentres —dice el guardia, sonriendo torpemente antes de volverse de nuevo hacia adelante.

—¿Dijiste que tenías una hija? —continúa Rosa.

—Sí, no puedo esperar a verla. Mi pequeña Anna.

Aksel frunce el ceño.

—¿Anna? Pensé que habías dicho que se llamaba Emma.

El guardia mira hacia atrás un poco demasiado rápido.

—¿Lo dije? Debió ser un desliz.

Mira rígidamente hacia adelante de nuevo.

Anne lanza una mirada a Aksel. Ella también se ha dado cuenta de la mentira evidente.

—Uno no se equivoca con el nombre de su hija —resopla—. No eres padre.

El guardia le lanza una mirada agria.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué más da?

—Importa. Mentiste. Nos manipulaste.

Él levanta las manos.

—Solo dije lo que queríais oír. Aún estabais debatiendo si ayudarme o no. ¡Vosotros sois los verdaderos hipócritas!

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. No debería importar si alguien tiene hijos o no. ¿Y qué si no soy padre? ¿Eso significa que no merezco ser salvado? ¿Qué clase de discriminación enferma es esa?

Nadie le responde. Llegan a la bifurcación en la carretera, y Anne toma la derecha. Siguen conduciendo en silencio durante un rato.

—Mira, lo entiendo —dice Aksel—. Dijiste una mentira piadosa para asegurarte de que te ayudáramos. No era necesario, te habríamos ayudado igualmente. Pero...

—¿Pero qué?

—Pero ahora me preocupa que no podamos confiar en ti. Que nos estés llevando a otro sitio.

El guardia gruñe.

—Si necesitas pruebas, mira allí. —Señala, y Aksel sigue la dirección de su dedo.

Al otro lado del valle, ve un conjunto de luces en la ladera de la colina. Podría parecer un pequeño pueblo, excepto que las luces son de color naranja y están puestas en un patrón específico.

—Ese es el lugar —dice el guardia, mirando a Rosa—. Allí está tu madre.

—¿Marit?

Escucha por encima de los gemidos, los arañazos y el forcejeo. No hay respuesta de la chica.

—¿Marit?!

Oye un breve chillido, pero eso es todo.

Sujetando la puerta del armario en su sitio —aunque realmente no hace falta, ni siquiera han intentado moverla, pero no quiere arriesgarse—, frunce el ceño en la oscuridad.

¿Se habrá lanzado?

Decide no volver a llamarla. No sirve de nada, no puede hacerla cambiar de opinión. O regresa para ayudarle, o se marcha. Está fuera de su control. Ya le dijo todo lo que podía.

Bueno, eso no es cierto del todo. Podría haberle suplicado. Pero no lo hará. Tiene demasiado orgullo, probablemente su mayor defecto. La arrogancia no va de la mano con la supervivencia. Pensaba que haría cualquier cosa para salvar su vida, pero, al parecer, hay un límite.

«Probablemente no habría funcionado de todas formas», piensa, pasando la manga por su frente. Sale húmeda. No es bueno. Eso significa que pronto tendrá sed. Pero incluso con la ventana bien abierta —suponiendo que aún lo esté—, el armario es sofocante.

Después de unos minutos sin más señales de Marit, decide que probablemente sí se lanzó.

Podría volver. Quizás esté buscando a alguien que pueda ayudarlos. Podría estar trayendo a un policía.

Pero Hagos no se lo termina de creer. Lo que vio antes de venir aquí no le parecía nada prometedor. No cree ni por un segundo que las autoridades tengan la situación bajo control, ni que lo consigan pronto.

Y Marit no va a volver. Solo se preocupa por salvarse su propio trasero. Supo en el momento en que la conoció que no era una persona valiente, alguien capaz de arriesgar su vida por los

demás. Y menos por alguien a quien no conoce. Aun así, siente una rabia ardiente en su interior. Probablemente lo haya dejado a su merced. Y todo porque es un cobarde que ni siquiera intentó ayudarlo, aunque él...

Hagos cierra los ojos con fuerza y se obliga a desprenderse de esos pensamientos odiosos. Por muy ciertos que sean, no puede permitirse caer en ellos. No ahora. Ha recorrido ese camino innumerables veces. Sabe dónde termina. Lo conoce íntimamente. La ira, el resentimiento, el arrepentimiento, todos llevan al mismo lugar. Un lugar de confusión, de desesperación.

Lo que necesita es una mente clara. Acción concisa. Y lo necesita ahora más que nunca. Después de todo lo que ha pasado en su vida, esta puede ser la situación más peligrosa a la que se ha enfrentado. Pero en realidad no es diferente. Solo que los riesgos han aumentado un poco. Lo que significa que él también debe cambiar su jugada.

Respira hondo varias veces, llevando el aire hasta el vientre, ignorando los constantes e invasivos ruidos de las tres personas infectadas justo al otro lado de la puerta. Funciona. Al centrar su atención en la respiración, logra relajar la bola de fuego que chisporrotea en su plexo solar. La siente liberarse en su cuerpo como energía antes de disiparse.

Después de unos minutos más, se siente tranquilo por dentro. Vacío de pensamientos y emociones. Tiene de nuevo el control, y libertad para elegir la mejor opción.

Bien. Opciones. ¿Cuáles son?

Son limitadas, eso es seguro. Para empezar, dejó su teléfono en el coche. Siempre lo hacía, porque no lo usaba durante sus turnos. Así que llamar a alguien para pedir ayuda está descartado, lo que probablemente no le habría salvado de todos modos. Está seguro de que la policía sigue ocupada. En el apartamento de Edith intentaron llamarlos y solo les aseguraron que ya estaban haciendo todo lo que podían.

Y Hagos solo tiene un amigo aquí en la ciudad. Juma. Que no es precisamente el tipo de persona a la que llamarías en una situación así. Incluso si Juma no se hubiera ido de la ciudad, e incluso si Hagos pudiera convencerle de venir, guiándolo por el teléfono, no está realmente seguro de que Juma pudiera desviar a los infectados sin entrar en pánico o sin que lo mordieran.

Pero es inútil pensar en ello, porque Hagos no tiene su teléfono, así que no puede llamar a nadie. Lo que sea que deba suceder, dependerá solo de él.

Mira a su alrededor. El armario tiene la parte trasera pegada a la pared y llega hasta el techo. Eso significa que no hay forma de salir por atrás, por arriba ni por el suelo; la única salida es a través de la puerta.

O más bien, de las puertas. Plural.

Notó que el armario tenía dos puertas, y eligió la derecha porque ya estaba abierta. Mirando hacia el lado, sus ojos se han adaptado lo suficiente a la oscuridad como para distinguir la pared divisoria que separa las dos mitades del armario. Supone que, como este lado tenía abrigos y vestidos, el otro probablemente tenga estantes. Toca la pared. Es de madera, pero no es terriblemente gruesa. Podría romperla con las manos.

¿Serviría de algo acceder al otro lado del armario? Incluso si pudiera derribar la pared, quitar los estantes y pasar allí, los infectados probablemente lo seguirían. Recuerda cómo el padre de Marit los acechaba desde el otro lado de las ventanas cuando estaban en el apartamento de Edith. El tipo se movía inquieto de un lado a otro, siguiendo a quien estuviera más cerca. Y Hagos está convencido de que los infectados han superado sus sentidos humanos regulares, como la vista y el oído. El tipo en las escaleras, que había perdido los ojos por completo, no solo podía sentirlos en el rellano, sino que también encontró su camino hacia las escaleras con sorprendente facilidad.

Están guiados por algún aterrador sexto sentido. Alguna nueva habilidad que no tenían antes de que la infección dominara sus cerebros.

Por loco que suene, Hagos no lo considera descabellado. Ha visto documentales sobre cómo las palomas, los salmones y muchas otras especies utilizan la influencia del campo magnético de la Tierra en su sistema nervioso para navegar a través de grandes distancias sin más guía que esa brújula biológica inherente que los lleva a sus áreas de reproducción o a donde necesitan ir.

Lo que hacen los infectados probablemente no sea muy diferente. El virus, o lo que sea, claramente los ha convertido en cazadores de presas. Siempre saben dónde está la comida más cercana; incluso si no es accesible de inmediato, seguirán atraídos hacia ella hasta que algo más se acerque.

Así que Hagos descarta la idea de llegar al otro lado del armario. Solo consumiría mucho esfuerzo y probablemente no le serviría de nada.

Esto significa que la única opción que le queda es salir del armario por la puerta que está sujetando. Y eso significa que tendrá que abrirse paso a la fuerza entre las tres personas infectadas que esperan justo afuera.

Mira de nuevo la pared divisoria. Quizás deba romperla de todas formas. Porque necesitará capas de protección. Habría preferido un traje de protección químico o algo por el estilo, pero tendrá que conformarse con ropa normal. Si se pone suficiente, tal vez pueda abrirse paso entre los infectados y correr hacia la ventana.

«Sí», piensa. «Esa es mi mejor opción. Ese es el plan».

Patea la pared divisoria. No muy fuerte, más bien como una prueba. Su zapato la atraviesa de inmediato.

Demasiado fácil.

Sujetando la puerta del armario con una mano, empieza a agrandar el agujero con la otra. Uno a uno, los estantes van quedando al descubierto. Y cuando Hagos ha derribado la mayor parte de la pared, se da cuenta de que tiene suerte. El armario contiene no solo camisas, suéteres y vaqueros, sino también botas de invierno de alta resistencia. Y de la estantería superior saca una cesta llena de guantes, bufandas e incluso pasamontañas.

Perfecto. Esto podría llegar a funcionar.

Hagos utiliza su pie para asegurar la puerta, y luego comienza a ponerse la ropa.

A medida que el sol se pone detrás de las montañas, el aire se vuelve helado. Aunque el frío no le molesta. Solía entrenar en Finnmark, donde tanto la luz del día como el calor son casi tan raros como el estiércol de caballo de madera, así que está muy acostumbrado.

Fue en realidad durante su estancia allí cuando decidió asentarse en Noruega. La gente aquí era más agradable en comparación con sus compatriotas suecos. Y, más importante aún, eran mucho más ingenuos. Manipulables.

Lukas ya vivía aquí porque había dejado embarazada a una rubia y quería involucrarse en la vida del niño. Eso era típico de Lukas. Siempre fue el sentimental. Si hubiera sido Kjell el que recibiera la noticia de que iba a ser padre, probablemente habría ido a golpearla en el vientre lo suficientemente fuerte como para asegurarse de que abortara. Nadie iba a tener ese tipo de control sobre él. Kjell siempre había sido una persona libre, al menos desde que finalmente dejó su casa a los quince años. El padre de Lukas no le permitió mudarse hasta que cumplió los dieciocho. Al igual que Lukas esperó pacientemente, Kjell también lo haría.

Pero Kjell se impacientó. Así que robó un esmalte transparente de la vecina y empezó a añadir unas gotas a la insulina de su padre todas las noches. Solo tardó tres semanas en hacer efecto. Una noche, escuchó a su padre gemir desde su habitación. Kjell se levantó, entró y lo encontró en el suelo, con la cara morada y los ojos desorbitados. Estaba buscando su teléfono en los pantalones. Con manos temblorosas y sudorosas, consiguió sacarlo y, cuando estaba a punto de marcar esos tres números, Kjell se acercó y le quitó el teléfono.

Su padre le rugió cuando le vio salir de la habitación. Kjell se llevó la llave para poder cerrar la puerta por fuera, y luego simplemente volvió a la cama. Ignoró los gritos y los golpes, y pronto se quedó dormido.

A la mañana siguiente, se despertó con una sensación de euforia. Y cuando fue a la habitación de su padre, encontró exactamente lo que esperaba. Su cadáver frío y rígido.

Se determinó que fue un ataque al corazón. Y probablemente lo fue. Pero nadie se molestó en investigar qué lo había causado. Kjell fingió estar en shock cuando llegó la ambulancia, y los paramédicos no sospecharon nada de él.

Kjell nunca se lo contó a Lukas. Pero Lukas probablemente lo sabía. Lukas siempre sabía todo. Y siempre le cubría. A pesar de que Lukas nunca soñaría con hacer algo así a nadie. Lukas siempre fue el buen hermano mayor. Nunca juzgó a Kjell ni lo delató. Tampoco comentó nunca sobre el comportamiento de Kjell, incluso cuando llegaba a extremos, lo que sucedía con frecuencia.

Como aquella vez en la escuela cuando le sacó el ojo al tipo que fue a buscarle al baño. Hasta donde Kjell sabe, nunca volvió a ver con ese ojo. Lo cual le está bien merecido.

A Kjell siempre le gustó Lukas. No lo amaba, porque el amor le resulta tan extraño como el chino, pero Lukas era la persona en la vida de Kjell a la que más apreciaba. Había sido una especie de madre sustituta para él mientras crecía, y aún mantenían una relación cercana como adultos.

Siempre le gustó tener a Lukas cerca. Y en cuanto Kjell se dio cuenta de lo peligrosa que era la situación actual, y de cómo probablemente iba a descontrolarse en cuestión de semanas, convirtiéndose en una catástrofe global, fue directamente a buscar a Lukas. Y estuvieron de acuerdo en que la acción correcta era largarse de allí. Buscar refugio en algún lugar aún más desolado. Siberia era la opción obvia por varias razones. Primero y principalmente, por el contacto de Jan que les ayudaría a entrar en Rusia sin que nadie lo supiera. Pero también porque ambos hermanos podían prosperar en ese entorno frío y duro.

Era un buen plan. Kjell estaba realmente ansioso por ello. Siempre había estado algo desencantado con el mundo ordinario de los hombres. Le resultaba simplemente aburrido. Tantas reglas habladas y no habladas, tantas limitaciones y una base tan frágil. Recuerda haber visto un documental sobre la Segunda Guerra Mundial, en el que citaban a Hitler diciendo algo sobre Rusia, algo así como: «Solo tenemos que patear la puerta y toda la estructura podrida se derrumbará». Así era como Kjell siempre veía la sociedad. Sabía que no iba a durar. Todo lo que se necesitaba era una patada lo suficientemente fuerte.

Y ahora, esa patada había ocurrido. Y el mundo se estaba desmoronando. Y Kjell estaba destinado a sobrevivir en este nuevo mundo. Finalmente, viviría de la manera en que siempre había estado destinado a hacerlo. Y su hermano estaría allí, a su lado. Jan también, ese idiota que

siempre andaba mascando chicle, pero solo porque era su contacto el que organizaría el avión. Después de llegar a su destino, si Jan se ponía demasiado pesado, Kjell siempre podría empujarlo por un acantilado o ahogarlo en un lago. Lukas miraría hacia otro lado como siempre hacía.

El único problema es que Lukas está muerto. Muerto como su pobre viejo padre.

Asesinado por ese maldito anciano.

Kjell va a hacerle arrepentirse. Va a hacer que el viejo sufra. Y se tomará su tiempo. Encontrará el enfoque perfecto. Ya no tiene tanta prisa por salir del país. Ahora que está solo, no tiene a nadie a quien proteger, nadie a quien responder más que a sí mismo. Por muy triste que sea la muerte de Lukas, también hay una gran libertad en la muerte de su hermano.

Llega a la carretera y se sienta en la barandilla. Coloca el rifle justo al lado y se quita la mochila. Mirando hacia el valle, obviamente no puede ver la cueva, ni siquiera podría en pleno día, pero sabe aproximadamente dónde está. Piensa en Lukas. El cuerpo de su hermano sigue ahí. Probablemente no le den un entierro adecuado.

Kjell nota, para su sorpresa, una sensación de presión en el pecho. No es diferente a un resfriado, solo que no siente ganas de toser. Se da cuenta de que probablemente sea dolor lo que está sintiendo. Al menos en la medida en que es capaz de sentirlo. Kjell siempre fue diferente. Lo sabía desde la infancia. Nadie tuvo que decírselo. Podía darse cuenta observando a los demás. Siempre le desconcertaba cómo sus rostros traicionaban todo tipo de emociones innecesarias en situaciones que apenas lo ameritaban.

Sonrojándose cuando decían algo de lo que se arrepentían. Mostrando tristeza cuando otros resultaban heridos. Incluso llorando por películas.

Kjell nunca lloró. Ni una sola vez. Sus ojos lagrimeaban si el viento era fuerte o si tenía una gripe fuerte. Pero nunca en su vida había experimentado un llanto real.

Intenta hacerlo ahora. Solo como experimento. La muerte de Lukas es probablemente la mayor pérdida que sentirá, así que si no es ahora, probablemente nunca llorará. Tiene curiosidad por saber cómo es. Se inclina hacia adelante, cierra los ojos y produce los sonidos aproximados que ha escuchado de otros.

No funciona. Ni una sola lágrima.

—Bueno —murmura, enderezándose de nuevo.

La presión en su pecho permanece. Pero ahora se está transformando en algo diferente. Algo que conoce muy bien. Ira. Así es como honrará a su hermano. No sentándose aquí, llorando como una vieja. Sino usando su rabia para torturar y matar al tipo que disparó a Lukas.

Mira las luces del campamento. ¿Cuántos muertos han traído ya? ¿Cinco mil? ¿Más? La prisión, cuando aún funcionaba, solo podía albergar a quinientos presos, pero los infectados no eran presos comunes, y no tenían los mismos derechos básicos, así que los amontonaban en las celdas como sardinas. Kjell lo vio antes de irse. Tenía que echar un vistazo. Los sonidos le atraían, el coro de gemidos resonando por el pasillo. Así que se asomó al ala oeste y vio el bosque de brazos extendiéndose a través de los barrotes, y olió el hedor de la fiebre y la carne podrida. Fue entonces cuando supo con certeza que lo único sensato era largarse de allí.

Kjell medita sobre el dilema. No hay forma de acercarse a esa cueva sin ser visto. El viejo ya tenía trampas colocadas, y ahora estará aún más cuidadoso. No es un aficionado, sino un superviviente entrenado. Probablemente exmilitar. Y este es su terreno. Preparó esa cueva mucho antes del brote. Son tres, así que tienen todas las oportunidades de turnarse y vigilar las veinticuatro horas del día. Lo que Kjell necesita es que alguien más lidere el camino. Alguien que vaya allí antes que él. Alguien que pueda crear la distracción perfecta. Lo justo para tomarlos por sorpresa.

Volver al campamento y conseguir que alguien lo acompañe no es viable. Conoce a algunos de los otros soldados bastante bien, pero no hay manera de que pueda convencer a ninguno de ellos para que lo acompañe en una venganza personal, especialmente una en la que básicamente tendrían que actuar como cebo. Además, todos tenían demasiado miedo de abandonar su deber. Cobardes. Si tan solo...

Un sonido se escucha en el silencio. Un motor, que se acerca. Parece más grande que un coche normal. Suena como uno de los camiones del campamento.

Y de repente, todo encaja. Todo el plan se le ocurre de golpe. Kjell sonríe en la oscuridad.

En diez minutos, está completamente cubierto de arriba a abajo con varias capas de ropa. No fue fácil en el espacio reducido del armario, especialmente porque no quería soltar la puerta. Pero lo consiguió. Además de pantalones y camisas, también se ha puesto botas, guantes e incluso el pasamontañas. La única parte de su cuerpo que no está protegida por la tela son sus ojos.

Con todo el aislamiento adicional, está sudando a mares. Su corazón también late más rápido, sabiendo lo que viene a continuación.

Mueve los brazos tanto como puede. Los dos tienen una libertad de movimiento relativamente buena. Es peor con las piernas. Los tres pares de pantalones le dificultan doblar las rodillas más de noventa grados.

«Mejor que no me caiga, porque no estoy seguro de poder levantarme de nuevo».

El pensamiento de abrir la puerta para enfrentarse a las tres personas infectadas hace que sus músculos tiemblen por completo.

Pero tiene que ponerse en marcha. El sudor está empapando las capas internas y sigue teniendo que parpadear para evitar que le entre en los ojos. Si se queda aquí, se deshidratará en menos de una hora.

Cierra los ojos y respira profundamente. —Dios, que Tu mano me proteja, que Tu camino se abra ante mí, que Tu escudo me defienda. Pues me has armado con fuerza para la batalla; humilla a mis adversarios delante de mí. Hágase Tu voluntad. Amén.

Murmurando la antigua oración que no había recitado en años, descubre que las palabras siguen ahí, sorprendentemente frescas en su memoria. Y le llenan de valor justo lo suficiente para ahuyentar el miedo. Abre los ojos y, antes de que la duda vuelva a su mente y a su corazón, empuja la puerta hacia un lado.

Esperaba encontrarse con los infectados de inmediato, pero no esperaba que literalmente cayeran sobre él. La mujer atlética debió de estar apoyada en la puerta, porque se inclina hacia adelante y cae en sus brazos, agarrando a Hagos en lo que parece un abrazo apretado. Intenta agacharse, pero es imposible, ya que la mujer ha envuelto sus brazos alrededor de su pecho, inmovilizando uno de sus brazos, y lanza mordiscos uno tras otro en su cara. Hagos logra colocar su mano libre frente a su rostro y salva su nariz en el último segundo. La mujer no se deja intimidar en absoluto por el obstáculo, simplemente se centra en el guante. Mientras mastica tres de los dedos enguantados, como un perro ansioso con un juguete. Hagos siente que sus dedos están atrapados, pero el cuero aguanta, y eso le permite agarrar su mandíbula y forzarla hacia atrás. Los dientes de la mujer siguen haciendo fuerza en sus dedos, pero cuando Hagos sale del armario, se enfrenta inmediatamente a preocupaciones mayores. Los otros dos infectados se lanzan desde los lados. Uno le agarra el brazo y hunde sus dientes en su hombro. El otro, que parece haber sido derribado cuando Hagos empujó a la mujer, va a por su pierna, agarrándose como un niño juguetón.

Hagos ha empujado a la mujer lo suficiente como para romperle el abrazo, y su otro brazo está libre de nuevo. En su mano está el cinturón, que ya ha formado en un lazo. Ahora, lo desliza sobre la cabeza del tipo que está mordiendo en su pierna, y al tirar con fuerza, el lazo se aprieta alrededor de su cuello, convirtiéndolo enseguida en un perro con correa. Pero sigue aferrándose a la pierna de Hagos, dificultando el giro, así que no tiene más remedio que seguir adelante. Usa toda su fuerza para empujar a la mujer hacia atrás, arrastrando a ambos hombres. Los cuatro se mueven como una sola unidad, con Hagos haciendo todo el trabajo, y ya está jadeando. El mundo es un infierno ardiente: manos que lo agarran por todas partes, dientes que lo mordisquean, gruñidos y bufidos llenándole los oídos.

Al llegar a la cama, fuerza a la mujer a caer sobre ella, y aun sujetando su mandíbula, le gira la cabeza bruscamente hacia un lado, esperando que deje de morder para poder liberar su mano. Sin embargo, pone demasiada fuerza en el movimiento, y esto hace que la mandíbula de la mujer se disloque. Con lo cual consigue el resultado que esperaba: la mujer ya no puede cerrar la boca y Hagos finalmente puede retirar su mano. El guante está todo mordisqueado y empapado de saliva espumosa, pero aún aguanta, y no parece haber sido rasgado.

Retrocediendo de manera tambaleante, quiere alejarse de la mujer antes de que pueda levantarse y volver a agarrarle. Pero los hombres están realmente enzarzados a ambos lados, y Hagos solo consigue dar un par de pasos, casi perdiendo el equilibrio. Tira del cinturón, intentando estrangular al tipo de la izquierda, mientras golpea al otro tipo. Pero el guante en su

mano ahora sirve como un incómodo cojín, amortiguando los golpes que da. Incluso cuando Hagos lanza un par de golpes salvajes en los costados de la cabeza de uno de los hombres, apenas lo sacude.

Ahora en lugar de eso, Hagos intenta liberarse, lanzándose hacia la izquierda, arrastrando al tipo con la correa. Pero el otro tipo es demasiado fuerte y logra sujetarlo. Y ahora la mujer vuelve, con su boca abierta, como con una sonrisa torcida hacia él. Hagos intenta desesperadamente arrastrar al tipo con la correa frente a él, usándolo como escudo contra la mujer, pero su fuerza se está empezando a agotar, su cuerpo está exhausto, y la mujer aparta al tipo para agarrar a Hagos por el cuello y acercarse para otro mordisco.

Si su mandíbula funcionara, sin duda le habría clavado los dientes en la cara. En cambio, lo único que consigue es respirar y babear por toda su barbilla y boca, como una chica borracha ansiosa por darle un beso francés. Hagos grita e intenta retroceder, pero está atrapado por los hombres, y su única opción es darle a la mujer un brutal cabezazo. Su frente golpea el puente de la nariz de la mujer, rompiéndola audiblemente, y ella se echa hacia atrás, pero no lo suelta.

Hagos gira la cabeza de un lado a otro. El mundo se ve terriblemente estrecho, apareciendo ante él a través de un velo turbio, y ve la ventana y la puerta abiertas, y como la puerta está más cerca, toma una decisión inmediata y se dirige hacia ella.

No le queda fuerza. Apenas puede mover las piernas. Ya no se preocupa por luchar contra los infectados. Solo se mueve hacia la puerta tan rápido como puede, lo cual le lleva un tiempo. Todos se aferran a él como avispas en una manzana podrida. Hagos se centra completamente en la puerta, bloqueando todo lo demás. Levanta una pierna, la mueve hacia adelante, la vuelve a bajar, y luego mueve la otra. Lentamente, se acerca a la puerta. Los infectados no se sueltan. Y él no se mueve lo suficientemente rápido como para sacudírselos.

«Si puedo llegar a las escaleras. Me tiraré por los escalones».

Es una locura. Pero es su última esperanza.

Llega a la puerta, se agarra al marco con la mano, viendo con horror que el guante ahora está colgando hecho jirones, dejando sus dedos expuestos. Se impulsa hacia adelante con un último esfuerzo, gritando mientras lo hace.

El movimiento hace que la mujer tropiece y caiga. Hagos también tropieza con ella y cae. Al caer de bruces, intenta levantarse brevemente, pero pronto se da cuenta de que no sirve de nada. Los infectados se arrastran sobre él, lo inmovilizan, desgarran, mastican las capas de ropa.

Hagos, en cambio, se arrastra hacia adelante. El suelo de baldosas es liso, y logra moverse hacia adelante. Hagos mueve los brazos, ignorando todo lo demás. La escalera está a cuatro

metros. Tres. Dos.

Está muy cerca. Casi al alcance.

Y entonces la mujer, de repente, se arrastra por su cabeza, bloquea su vista mientras se sienta sobre sus hombros y comienza a rasgar la parte superior de su cabeza, claramente queriendo arrancarle el pasamontañas para dejar su cráneo al descubierto. Y casi lo consigue. Hagos agarra el pasamontañas en el último momento, tirando de él hacia abajo. Pero los agujeros de los ojos se han movido un centímetro hacia arriba y ya no puede ver nada más que la oscuridad.

«Esto es todo», se da cuenta, mientras se ve obligado a dejar de avanzar. En lugar de intentar escapar, recoge sus brazos y piernas tanto como puede, mientras sigue sujetando el pasamontañas. «Por favor, Dios. Que sea rápido».

Sus pensamientos van hacia Abeba. Intenta consolarse con la idea de que pronto la volverá a ver.

Entonces, mientras los infectados lo desgarran y muerden, comienza a rezar.

—¿Le cree, sargento?

Gorm parpadea y mira a Nils, que está conduciendo el camión, con los ojos rojos fijos en la oscura carretera. Gorm está a punto de quedarse dormido. Ove duerme a su lado, roncando ruidosamente, apoyado en la puerta. No le culpa, llevan casi cuarenta horas sin dormir. En cuanto lleven a este grupo de infectados de regreso, se van a dormir. A Gorm no le importa si no hay nadie más para cubrirles; por muy grave que sea la situación, no se les puede pedir que estén varios días sin dormir.

—¿Creer qué? —pregunta Gorm, aclarando su garganta.

—Su historia. —Nils inclina la cabeza hacia atrás, señalando a los pasajeros—. ¿Lo de la mononucleosis?

—Oh. —Gorm no le había dado mucho pensamiento. Para él, la mujer era solo otro sis más que no podían dejar en libertad. Pero por supuesto, no fue agradable separarla de su hija. Él tiene dos hijos, mayores que la niña, pero aun así solo niños, así que puede imaginarse lo duro que debe ser para la mujer—. Sí, creo que hay una buena posibilidad de que esté diciendo la verdad. Claro, tenía razones de sobra para mentir, pero nunca se sabe, ¿no?

—Su herida —continúa Nils—. No creo que pareciera una marca de arañazo. Me parecía más bien una quemadura por fricción.

—Podría ser.

Gorm alcanza el ambientador montado en el salpicadero. Lo aprieta, pero no sale ningún vapor.

—Se acabó hace una hora —comenta Nils.

Gorm se recuesta con un gruñido. El olor que viene de la parte trasera del camión es perceptible incluso hasta aquí, incluso con la calefacción soplando al máximo, y no pueden bajar las ventanillas.

Gorm echa la cabeza hacia atrás, esperando que Nils deje el tema. Sus pensamientos se dirigen a Louise y los niños. En cuanto tenga la oportunidad, los llamará. Les hará saber que está bien, que se mantiene fuera de peligro. Lo cual no es del todo cierto, pero...

—¿Qué estamos haciendo aquí, sargento? —Gorm abre los ojos para ver a Nils mirándole. Sus ojos no solo están rojos, están vidriosos, más allá del cansancio, muertos de miedo—. ¿Acumulando personas infectadas? ¿Y trayendo a gente que ni siquiera tiene el virus? ¿Cuál es el propósito?

Gorm respira hondo por la nariz. —Estás cansado, Nils. No te entregues a pensamientos existenciales cuando estás así de agotado. No sirve de nada.

Nils vuelve a mirar hacia la carretera, negando con la cabeza.

—Es como con la pena de muerte y por qué está mal.

—¿Cómo?

Nils se encoge de hombros.

—Digamos que algunas personas realmente merecen morir. Algunos psicópatas absolutos que no tienen redención y nunca dejarán de matar. Claro, merecen la inyección. Pero otros no. Solo están mal, estuvieron en el lugar equivocado en el momento equivocado. Podrían ser ayudados. El problema es que no podemos diferenciar. Y aunque pudiéramos, ¿quién demonios somos para decidir quién vive y quién muere? ¿Somos dioses?

Gorm gruñe.

—La última vez que lo comprobé, no había nada de divino en mí, eso es seguro.

—Exactamente —dice Nils, sin sonreír.

—Entonces, ¿cuál es exactamente tu punto?

—Algunas de esas personas que hemos traído, no deberían haber venido. Pero las trajimos de todos modos. Como la mujer. No creo que esté infectada. Pero la obligamos, y ahora probablemente se contagiará, y su pobre hija nunca la volverá a ver. —Está respirando rápido ahora—. Mi punto es, ya que no podemos saber con certeza quién merece morir, no deberíamos ejecutar a nadie.

—Vale —dice Gorm, considerándolo—. Entonces, ¿quieres que dejemos a todos los sis en libertad? ¿Qué pasa con los que realmente están infectados? ¿Los que mienten o ni siquiera saben que están infectados? ¿Qué pasa con las personas a las que infectarán cuando se conviertan? ¿No recaerán también esas vidas sobre nosotros?

Nils guarda silencio.

—Esto no es una solución perfecta —continúa Gorm—, pero es lo mejor que podemos hacer por ahora. Aislarlos hasta estar seguros.

—Pero ese es el problema —dice Nils, mirándole de nuevo—. Las pruebas no son concluyentes. No pueden diagnosticar este virus, si es que es un virus.

Gorm frunce el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablé con Leila, ya sabes, una de las doctoras que trajeron. La que tiene...

—Sí, sí, la que tiene esa marca de nacimiento.

—Exacto. Me dijo que solo pueden saber si la persona... ¿cómo era? ... unos números están elevados, no recuerdo cómo lo llamó. Pero dijo que bien podría ser por un resfriado común. Simplemente no lo saben. ¿Cuánta gente crees que tiene mocos en esta época del año, sargento? Básicamente todo el mundo.

—Así que los mantenemos aislados hasta saberlo con certeza —dice Gorm—. Me parece razonable.

Nils resopla. —Sí, “aislados”. ¿Sabe que los ponen con los demás, verdad?

—Por supuesto que no. Tienen sus propias celdas.

—A eso me refiero. Los falsos positivos están encerrados con los verdaderos positivos. ¿No ve un problema con eso?

Gorm se vuelve en el asiento para mirar a Nils. —Está bien, mira, o te callas de una vez, o me dices qué crees que deberíamos hacer. ¿Deberíamos detenernos aquí mismo? ¿Echar a la mujer? ¿Decirle: ‘lo siento, buena suerte’?

Nils no responde de inmediato. Justo cuando parece que va a hacerlo, sus ojos se abren de par en par. —Mira, sargento.

Gorm sigue su mirada. Una figura aparece. El uniforme es inmediatamente reconocible. El soldado está de pie en medio de la carretera, agitando los brazos.

—Santo cielo —murmura Gorm mientras Nils reduce la velocidad—. ¿Es... Hedlund?

—¿Quién?

—Hedlund, sargento. ¿El sueco?

—Oh, él. Hostias, creo que tienes razón. Detén el camión, Nils.

Llevan conduciendo media hora.

El ambiente en el coche es tenso. Nadie habla.

Los párpados de Aksel también empiezan a pesarle. Parpadea constantemente, tratando de mantenerse despierto.

Una ligera nevada ha comenzado a caer. Es ese tipo de nieve fina y crujiente que solo se ve cuando no hay absolutamente nada de viento. Los copos son tan delgados que casi parecen flotar en el aire. A Aksel nunca le han importado los diferentes tipos de nieve, pero viviendo en el norte de Noruega, ya le sale de forma natural reconocerlos. Sabe que probablemente se avecina una nevada fuerte. Podría llegar antes del amanecer o demorarse un par de días más. Pero está seguro en un noventa por ciento de que caerá mucha más nieve.

—Si tenemos mala suerte, las carreteras se volverán intransitables —murmura Anne, como si le hubiera leído el pensamiento—. Quiero decir, no es que vayan a preocuparse por despejarlas.

—Lo sé —dice Aksel, estirándose—. Solo nos queda esperar.

Anne enciende los limpiaparabrisas y estos apartan la nieve con facilidad, nieve que se derrite en cuanto toca el cristal.

Aksel se fija en que aparecen dos huellas de neumáticos en la carretera, ahora blanca.

—Vaya. Parece que vamos por el camino correcto.

De repente, Anne pisa el freno, casi haciendo que la furgoneta se deslice. Se detienen en la mitad de la carretera y apaga las luces.

—¿Por qué nos detenemos? —pregunta Rosa desde el asiento trasero.

—¿Qué ves? —pregunta Aksel, mirando de Anne a la blancura exterior. Ella está mirando al frente, entrecerrando los ojos.

—Luces traseras —dice, poniendo la furgoneta en marcha atrás—. Se han detenido.

Mientras Anne comienza a retroceder, girándose en su asiento para ver la carretera, Aksel finalmente distingue dos pequeñas luces rojas a unos cientos de metros más adelante. Está impresionado de que Anne haya podido verlas. Sus ojos deben ser excelentes.

—¿Por qué se han detenido? —pregunta Rosa.

—Probablemente para recoger a más personas infectadas —murmura Folmer.

—Eso o tienen problemas —dice Aksel.

—¿Qué clase de problemas? —pregunta Rosa, con preocupación en la voz.

—No lo sé —dice, mirándola con sinceridad—. Quizás se salieron de la carretera, o se les ha averiado el motor. ¿Quién sabe?

Anne retrocede un poco más, hasta que quedan fuera de la vista tras una curva en la carretera. Detiene el coche y mira hacia delante.

—Digo que esperemos aquí. Dentro de cinco minutos comprobamos si han seguido avanzando. Aksel se muerde el labio.

—O quizás esta es nuestra oportunidad.

—¿Cómo dices? —pregunta Anne, mirándolo de reojo—. Espero que no estés sugiriendo que los abordemos.

—No, eso sería un suicidio. Pero podría acercarme sigilosamente. Intentar sacar a Belinda. Si están ocupados cargando a más personas infectadas en el camión, puede que no me vean. O mejor aún, si están atascados por alguna razón, probablemente se queden en la cabina para mantenerse calientes.

—Eso me sigue pareciendo arriesgado —dice Anne.

—Solo yo correré el riesgo. Vosotros quedaos aquí, fuera de la vista. Y aunque me vean, realmente no creo que me disparen. En el peor de los casos, me llevarán con ellos. Si no vuelvo en cinco minutos, tendréis que suponer que eso es lo que ha pasado —dice mientras se desabrocha el cinturón—. Y si es así, seguid con el plan original. Seguidlos hasta el campamento y buscad una forma de entrar.

—¿De verdad vas a arriesgarte así? —pregunta Anne.

Aksel asiente, subiendo la capucha y ajustando los cordones.

—Estoy seguro de que será mucho más fácil sacarla de un camión que de una prisión.

—Al menos llévate al perro, entonces.

Aksel mira hacia atrás, donde está Guardian. El perro lo mira, aparentemente listo y dispuesto a acompañarle.

—No —decide Aksel—. Necesito moverme rápido y en silencio.

La verdadera razón es que imagina que existe un riesgo real de que los soldados disparen al perro si lo ven y lo consideran una amenaza.

—Vale —dice, abriendo la puerta. Inmediatamente el aire helado y los copos de nieve congelados se arremolinan en el interior del coche. Mira a Anne por última vez—. Cinco minutos. Luego considérame desaparecido.

Ella asiente.

—Ten cuidado, Aksel —le dice Rosa.

—Lo tendré —dice él.

Sale del coche y cierra la puerta tan silenciosamente como puede. Con la cabeza gacha, comienza a trotar por la carretera nevada, inhalando el aire helado, entrecerrando los ojos contra la nieve que cae.

Lo primero es salir de aquí.

Luego, necesita encontrar un cargador. Encender su teléfono. Llamar a su madre, darle la buena noticia.

Ella aún no está del todo segura de si esto realmente es una buena noticia. Supone que sí. Haber sobrevivido a la infección y ahora, aparentemente, ser inexistente a ojos de los muertos vivientes, debe ser motivo de celebración.

Sin embargo, no puede evitar sentirse un poco... irreal. Casi como si ya no estuviera realmente aquí. Tal vez sea solo su mente intentando asumir su nueva realidad. Estaba absolutamente decidida a morir. Lo había asumido y estaba lista. Incluso se despidió de su madre.

Y ahora se encuentra aún con vida. Tiene una segunda oportunidad. Debería estar eufórica. Pero ahora mismo, lo único que siente es confusión, y curiosamente, una ligera diversión. Por alguna razón, la situación le parece casi graciosa. Haberse preparado para morir, despedirse de su madre... y luego no morir, después de todo. Hay algo cómico en ello. Como un globo que crece hasta el punto de explotar, y en su lugar, simplemente se desinfla con un silbido anticlimático.

No sabe si es real o no, pero aun así quiere llamar a su madre.

Así que se dirige a la ventana. La pareja de muertos vivientes está presionando contra el cristal, haciendo intentos a medias por salir. Como no hay ninguna presa viva fuera, los zombis parecen casi perezosos. Como si estuvieran ahorrando energía. Es muy diferente a cómo los ha visto actuar con determinación, cuando están cerca de alguien a quien atacar.

—Perdón —dice, casi soltando una carcajada—. ¿Podrían apartarse, por favor?

El hombre está bloqueando la puerta de la terraza, pero no reacciona a la voz de Ella.

Así que extiende la mano, la coloca en su hombro y lo empuja suavemente hacia un lado. Él da unos pasos tambaleantes, emite un gruñido, pero no se molesta en mirarla.

Realmente no les importa. Ni siquiera me sienten. Soy como un mueble para ellos.

—Con permiso —dice, y esta vez no puede evitar soltar una risita. La situación es simplemente muy difícil de creer.

Abre la puerta de la terraza y sale. Mientras intenta cerrarla detrás de sí, la mujer da un paso hacia dentro desde el otro lado.

—Perdón —dice Ella, instintivamente colocando una mano en su clavícula para mantenerla a raya—. Tú te quedas aquí.

Cierra la puerta en la cara de la mujer, que empieza a golpearse contra el cristal, sus ojos negros miran a través de Ella.

Inmediatamente, el aire helado llena sus pulmones y filtra el horrible hedor a sangre y muerte. Ella respira profundamente un par de veces.

Vale, ¿a dónde voy?

La respuesta es simple. Necesita su cargador, y aún está en casa de Gunnar y Greta. Podría abrirse camino entre los árboles, pero probablemente sea más fácil caminar hacia el frente de la residencia de ancianos. Así que lo hace. Al llegar al aparcamiento, ve tres coches de policía aparcados de cualquier manera. Todos vacíos. Las puertas de cristal de la residencia han sido tiroteadas o destrozadas, y el vestíbulo de entrada también está vacío. Probablemente los infectados han salido del edificio en busca de carne fresca. Los policías no se encuentran por ningún lado. Ella está dispuesta a apostar que todos se han convertido en zombis ya, o quizás algunos tuvieron la buena idea de salir corriendo. Ciertamente no culparía a ningún agente de la ley por abandonar su deber en una situación como esta.

Mientras Ella cruza el aparcamiento, de repente percibe un movimiento a un lado. Los coches patrulla no están vacíos, a pesar de todo. Dentro del más cercano hay una cabeza que la mira desde el interior. Es un hombre, no mucho mayor que Ella, y aparentemente se refugió en el coche de policía.

Ella se detiene y lo mira de vuelta.

—Está bien —dice—. Puedes salir. No creo que quede ningún infectado.

El tipo simplemente la mira, sin decir nada.

Ella se acerca un poco más.

—Mira, puedes esperar ayuda si quieres, pero no creo que venga nadie pronto. Es más probable que aparezca algún infectado y te quedes atrapado aquí.

—¡Aléjate! —grita el tipo, levantando una pistola para apuntar a Ella—. ¡Aléjate de mí!

Ella se detiene de golpe. Su primer pensamiento es que los policías dejaron una pistola en el coche, y el chico la encontró y la recogió. Pero cuando levanta la mano, su manga y el cuello de su chaqueta quedan a la vista, y Ella reconoce el uniforme. Es exactamente como el de su madre.

«Es un policía», se da cuenta Ella con asombro. El tipo no puede tener más de veintidós años. Probablemente recién salido de la academia. Seguramente no le enseñaron a lidiar con muertos que intentan comerse a todo el mundo.

Ella retrocede mientras levanta las manos.

—No voy a entrar en el coche —le asegura—. Pero deberías irte mientras puedas.

El policía parpadea.

—Yo... no... no tengo las llaves.

—Vaya. Entonces, sal y corre.

Él niega con la cabeza, firmemente.

—No voy a salir.

No necesita dar más explicaciones, todo está en sus ojos. Lo que ha visto. Lo que les ocurrió a todos sus compañeros.

—Lárgate de aquí, ¿vale? Antes de que traigas a alguno de ellos hacia mí.

—De acuerdo —dice Ella, sin molestarse en explicar nada más—. Buena suerte.

El chico solo parpadea.

Ella va hacia la acera y se dirige a la casa de sus tíos. La calle está como esperaba. Cadáveres, balas, más vehículos abandonados o estrellados. Un gruñido al otro lado de la calle la hace girar la cabeza. Un niño está devorando a otra persona. Ella no puede distinguir si es un chico o una chica, porque la cara está cubierta de sangre. Pero cuando el niño aparentemente pierde interés en la comida y se pone de pie con piernas temblorosas, Ella se da cuenta de que es muy joven.

—Dios mío —susurra.

El niño la mira brevemente, luego se dirige al aparcamiento que acaba de dejar.

En unos segundos, la persona en el suelo se incorpora de un salto. Es una mujer, quien podría ser la madre del niño, o alguien con la que no tiene relación. Mira al niño, que emite un gemido, como preguntando: «¿Ya hemos terminado aquí?». Luego la mujer se pone de pie, lo que no es fácil, porque cuando lo hace, la mayoría de sus intestinos caen al pavimento. No parece importarle, simplemente camina sobre ellos, casi tropezando, mientras sigue al niño por la calle.

Ella traga con dificultad. Considera brevemente regresar al coche de policía y ofrecerle al chico ayuda. Debe estar viendo cómo se acercan, porque se dirigen directamente hacia su coche. Pero sabe que el joven policía no aceptará su oferta. Se esconderá en el coche y probablemente morirá

de sed o se desesperará lo suficiente como para intentar salir corriendo. Esperemos que, para entonces, no esté demasiado débil para lograrlo.

Pero mientras Ella se da la vuelta, el policía toma una decisión diferente.

Un disparo suena, y Ella se da la vuelta, tapándose los oídos, esperando más balas. Espera ver la puerta del coche o quizás la ventana abierta, y al policía apuntando a los infectados que se aproximan.

Pero no ve nada de eso. Ninguna de las puertas del coche está abierta, ni las ventanas. El niño y la mujer casi estaban allí, pero ahora, para sorpresa de Ella, se detienen. Permanecen quietos un momento, casi como si reconsideraran la situación. Luego vuelven a moverse. Pero ya no se dirigen al coche patrulla. En su lugar, se dirigen a la entrada más cercana y desaparecen de su vista.

Ella frunce el ceño, mirando hacia el coche, preguntándose qué acaba de pasar.

Entonces lo entiende, y el estómago se le revuelve.

Ni siquiera necesita volver atrás para comprobar si tiene razón. La repentina pérdida de interés de los zombis le dice todo lo que necesita saber.

Ya no les importaba el coche patrulla porque ya no quedaba nadie vivo dentro.

Está luchando contra el pánico que le roe justo debajo del esternón. Siente como si tuviera atrapada ahí dentro a una rata desesperada, forcejeando, intentando abrirse camino para salir.

Necesito mantenerme fuerte. Por Rosa.

Sorprendentemente, pensar en su hija no agrava el pánico. De hecho, parece disminuirlo un poco.

Volveré a verla. De una manera u otra.

Se obliga a respirar por la nariz, aunque el olor aquí dentro es absolutamente nauseabundo. Pero inhalar por la boca no solo va en contra de lo que le enseñó su profesora de yoga para calmar el sistema nervioso, sino que también ahora tiene un dolor terrible en su garganta. Comparado con el pánico en su pecho, el bulto ardiente de lava al rojo vivo en la parte posterior de su lengua es mucho más doloroso. Cada vez que traga, siente como si le estuvieran metiendo un cactus por el esófago. Nunca le había afectado tanto la mononucleosis.

No tiene ni idea de cuánto tiempo llevan conduciendo. Seguramente no se pueda fiar de su percepción del tiempo ahora mismo, pero al menos puede decir que sigue siendo de noche. Lo sabe porque dentro también está oscuro. De hecho, completamente a oscuras. Solo puede distinguir vagas siluetas de sus compañeros de viaje. Pero puede oírlos.

Al principio, el coro de gemidos y quejidos, el choque de sus dientes y los golpes de cráneos rebotando contra las paredes hacían que su pánico se disparara. Ahora, es un poco más capaz de ignorarlo. O al menos, de no sentir terror por ello. Por horrible que suenen los zombis (que es algo parecido a los animales pero no del todo, es más bien como alguien en agonía, alguien que anhela alivio pero no puede hacer nada al respecto), al menos está convencida de que no pueden alcanzarla. Que las correas aguantarán.

Aun así, basta con que una de las correas de cuero se rompa. Si uno de los infectados se libera, sin duda se lanzaría hacia ella, y estaría completamente indefensa. Atada a su asiento, incapaz de mover la cabeza más que un poco, no tiene nada con qué defenderse de un atacante y sería devorada viva.

Se esfuerza mucho por no pensar en ello. Hace que el pánico se dispare.

El viejo con el abrigo de caza junto a ella estuvo totalmente callado durante los primeros cinco minutos o así. Luego, de repente, comenzó a moverse y a gruñir, y Belinda supo que era la única persona viva en la parte trasera del camión. Y ahora está...

El camión reduce la velocidad repentinamente, interrumpiendo sus pensamientos.

El conductor no levanta el pie del acelerador como se haría al acercarse a una curva o a un lugar donde hay que girar. Lo hace bruscamente, como cuando de repente ves un obstáculo en la carretera.

Dios mío. Probablemente han parado para recoger a más infectados.

Confirmando su sospecha, el camión se detiene por completo. Ignorando los sonidos de los zombis lo mejor que puede, escucha a los soldados de delante intercambiar palabras. No puede entender lo que dicen, pero a juzgar por sus voces, parecen sorprendidos. Parece que se abre una de las puertas, y entonces el sargento llama:

—¡Eh, Kjell! No esperaba verte por aquí...

Más palabras que Belinda no alcanza a comprender. Aparentemente, están hablando con alguien afuera.

Entonces, de la nada, se escuchan tres disparos rápidos muy cerca. Belinda se sobresalta, golpeándose la cabeza contra la pared.

Se escucha el sonido de pasos apresurados.

Uno de los soldados grita:

—¡¿Qué estás haciendo?! ¡No, no, no!

Luego, dos disparos más, y finalmente, silencio.

Belinda respira rápido, escuchando atentamente, tratando de comprender lo que acaba de oír.

Alguien le disparó a alguien, de eso está segura. Pero ¿quién, y por qué? Quienquiera que los soldados hayan detenido, obviamente lo conocían.

Su primer pensamiento fue que los soldados debieron abrir fuego contra algún infectado que los sorprendió y se acercó demasiado. Pero no hubo gritos de advertencia. Nadie estaba avisando a sus compañeros antes de disparar.

Y el silencio que escucha ahora también es muy desconcertante. Si alguien sigue vivo ahí fuera, ¿por qué no hablan?

De repente, el cerrojo de la puerta trasera del camión se gira y una de las puertas se abre.

Belinda se inclina hacia adelante para ver un tenue resplandor entrando. Una figura oscura se encuentra en la abertura. Está a punto de gritar, pero algo la detiene. Entonces, la persona enciende una linterna brillante. La luz repentina la ciega. Parpadea y aparta la cabeza. La persona junto a la puerta mueve la luz de un lado a otro durante unos momentos. Luego llama:

—¿Queda alguien vivo aquí?

Belinda no responde. Sabe que no es uno de los soldados que la recogieron, y de repente está bastante segura de que es la persona que mató a los otros tres.

Finalmente, murmura algo, y luego vuelve a cerrar la puerta.

Belinda exhala un largo y tembloroso suspiro a través del bozal.

Pasan un par de minutos. No puede oír nada realmente, así que no tiene idea de lo que está ocurriendo afuera. El motor del camión sigue en marcha.

De repente, el cerrojo se gira de nuevo, y la puerta se abre otra vez.

El corazón de Belinda acelera. Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos con fuerza. Está segura de que esta vez el hombre hará una inspección más minuciosa del camión, y se dará cuenta de que ella sigue viva, y es muy probable que la mate en el acto, igual que hizo con los demás.

—¿Belinda?

Abre los ojos parpadeando. Oír su nombre la sorprende tanto que no reacciona de inmediato.

—¿Belinda? —pregunta nuevamente la persona en la puerta—. ¿Sigues ahí?

Esta vez, reconoce la voz.

Está a punto de girar hacia la entrada de la casa de Gunnar y Greta cuando oye a un motor arrancando.

Desde la casa contigua, sale un coche a toda velocidad. Va demasiado rápido, y parece que el conductor se da cuenta, porque frena bruscamente, haciendo que el coche se detenga a solo unos metros de atravesar el seto del jardín de la casa vecina. El motor se apaga, pero en su lugar comienzan a funcionar los limpiaparabrisas, aunque no hay señales de lluvia.

Ella entrecierra los ojos para intentar ver quién está al volante. A juzgar por la conducción imprudente, es alguien sin licencia o alguien muy enfermo. No puede distinguir al conductor debido a cómo incide la luz pálida del sol en el parabrisas.

El motor vuelve a la vida, los limpiaparabrisas se detienen, y el coche avanza con un chirrido de neumáticos. Ella se aparta, queriendo asegurarse de que el coche no la golpee. El coche se desvía un poco, pero no se acerca demasiado. Sin embargo, cuando pasa junto a ella, vislumbra al conductor y exclama:

—¿Marit?

Su prima la ve y pisa los frenos una vez más, esta vez consigue mantener el motor en marcha. Se queda sentada, mirándola durante varios segundos, con una expresión con mezcla de confusión, inquietud e incredulidad.

Ella se acerca al coche, sonriendo.

—Hola, Marit. Me alegra ver que estás bien.

Marit mueve la boca, pero no parece decir nada realmente. Niega con la cabeza y parpadea varias veces.

—Lo sé —dice Ella—. Yo también estoy sorprendida, créeme.

Marit dice algo que Ella no logra entender.

Ella intenta abrir la puerta, pero Marit se apresura a cerrar el seguro antes de que pueda hacerlo.

Ella no puede evitar reír.

—Escucha, está bien. No soy un zombi. Espero que puedas notarlo —dice mientras pasa las manos por los costados de su propio cuerpo, como si exhibiera un vestido maravilloso—. De hecho, me encuentro perfectamente.

Marit dice una sola palabra. Parece «¿cómo?».

—¿Podrías bajar la ventanilla, al menos? —pregunta Ella.

Marit tanea el botón, claramente sin querer apartar los ojos de Ella. Baja la ventanilla apenas un centímetro, pero deja el dedo sobre el botón.

—¿Cómo es que... no estás muerta?

—Ni idea —dice Ella sinceramente, añadiendo en su mente: «Y sí, me alegra también verme viva, Marit» —Pero en voz alta, dice—: De alguna manera vencí a la infección. Y como bonificación, a los zombis ya no les intereso. He ganado algún tipo de inmunidad.

Marit no parece menos desconfiada ante esto.

—¿Estás segura?

—Todavía no estoy segura de nada, para serte sincera —admite Ella—. Pero con cada minuto que pasa, se siente más y más real. Oye, ¿dónde está Hagos?

Los ojos de Marit parpadean.

—¿Hagos? No lo logró.

—Oh. Qué lástima.

—Sí —murmura Marit, mordiéndose el labio—. ¿Estás segura de que no es solo que... aún no te ha matado?

—Estoy bastante segura, sí. La fiebre ha desaparecido. Ni siquiera me siento enferma. Mira.

Se sube la manga para mostrar los arañazos. La hinchazón ha bajado, y aunque todavía están de un rosa intenso, parecen mucho más como arañazos normales. Como los que dejaría una rama o un gatito enfadado.

—No... no me lo puedo creer —dice Marit.

—Sí, yo tampoco —sonríe Ella—. Entonces, oye, ¿puedo recoger mi cargador y nos vamos?

—No —dice Marit, sacudiendo la cabeza—. No, quiero decir, no me creo que no estés enferma. Lo dijeron tantas veces en la televisión... nadie sobrevivió. Cada persona que lo contrajo acabó convirtiéndose en esas cosas horribles. Tenía una tasa de mortandad del cien por ciento.

—Mortalidad —la corrige Ella, encogiéndose de hombros—. Y supongo que soy la primera, entonces.

Marit la observa con recelo.

—Pero mi padre la contrajo, y eso... eso lo mató —su voz se vuelve más fina—. ¿Por qué iba a matarlo a él y no a ti? Él era mucho más fuerte que tú.

Quizás no era tan fuerte como pensabas, reflexiona Ella, sintiendo que la ira hacia Marit se intensifica. Se recuerda a sí misma que su prima acaba de perder a sus padres, y que probablemente esté en estado de shock.

—Mira, no puedo explicarlo —dice Ella—. Ahora mismo solo necesito recoger el cargador de mi teléfono para poder llamar a mi madre, y luego nos iremos lo más lejos posible de aquí. Oye, espera, ¿tienes tu teléfono? Tienes su número, ¿verdad?

—Sí —responde Marit, pensativa.

—¿Puedo, por favor, tomarlo prestado? Será solo un segundo. No tienes que dejarme entrar al coche si no te sientes cómoda. Solo, por favor, déjame llamar a mi madre y decirle que estoy viva.

Marit respira por la nariz.

—No creo que sea una buena idea, Ella.

—¿Por qué no?

Ella casi grita, y se arrepiente de inmediato, porque Marit se sobresalta y, acto seguido, sube la ventanilla. Forcejea con la palanca de cambios.

—Oh, vamos, Marit —dice Ella, acercándose para golpear suavemente la ventanilla—. Te digo que estoy bien.

Marit se aparta del cristal, acelerando el motor, pero el coche no se mueve, porque no ha logrado ponerlo en marcha.

Ella se mueve hacia el frente del coche y mira a su prima a través del parabrisas.

—Por favor, Marit. Esto es una tontería. Te prometo que no te tocaré. Olvidemos lo del cargador y vámonos de aquí.

—¡Apártate! —dice Marit, agitando la mano—. Me voy, Ella. No quiero atropellarte, pero lo haré si me obligas.

Para demostrar que va en serio, pisa el acelerador, haciendo rugir el motor.

Ella se encoge de hombros.

—Está bien, de acuerdo. Solo pensé que tendríamos más posibilidades de salir de aquí juntas. Pero si no confías en mí, entonces...

—¡Cuidado! —grita de repente Marit, señalando al otro lado de la calle.

Ella mira en esa dirección. No oyó al tipo acercarse, probablemente porque Marit está acelerando. Parece relativamente intacto, salvo por una espinilla magullada, que es visible porque solo lleva puesto un albornoz. Afortunadamente, todavía está atado a la cintura, porque a juzgar por su pecho, parece estar desnudo debajo.

Marit está gritando algo desde el interior del coche.

Ella se queda quieta, observando al hombre con atención. Como esperaba, mira directamente a través de ella y hacia Marit. Se acerca mucho, pero ni siquiera intenta atacar a Ella. En su lugar, se tambalea a su alrededor, luego empieza a golpear la ventanilla junto a Marit. Marit mira del hombre a Ella.

—¿Ves? —dice Ella, extendiendo los brazos—. Ya no les intereso.

Marit traga visiblemente.

—Eso... eso no prueba nada. Eso solo significa que la infección sigue en tu sangre.

Ella se da cuenta, con fastidio, de que no hay forma de convencer a Marit. Lo peor de todo es que entiende el escepticismo de su prima. Nadie sabe qué es esto ni cómo se comporta. Todo lo que se sabe es que es extremadamente peligroso y contagioso. Si Marit pudiera sentir lo que Ella siente (que ya no está enferma, que ha vencido a la infección por completo), quizás le creería. Pero, viéndolo desde la perspectiva de Marit, solo tiene sentido no correr riesgos.

—Lo siento por dejarte así —continúa Marit, tratando de ignorar al zombi y concentrarse en Ella—. De verdad. Pero me voy.

—Buena suerte —dice Ella, apartándose.

Cuando Marit pone el coche en marcha, de repente parece recordar algo y se detiene para mirar a Ella nuevamente.

—Por cierto... yo no iría a buscar el cargador si fuera tú.

Ella frunce el ceño.

—¿Por qué no?

—Simplemente no entraría en esa casa —le lanza a Ella una mirada sincera que no logra discernir del todo. Pero la conoce lo suficiente como para saber que hay algo que no quiere contarle—. Adiós, Ella.

Ella observa cómo Marit se aleja conduciendo. El zombi intenta seguirla unos metros, pero pronto se queda atrás. Gruñe, decepcionado, y luego se vuelve hacia Ella.

—Lo siento —le dice Ella—. Intenté que se quedara.

El hombre parece dudar un par de veces y luego se aleja tambaleándose en una dirección aparentemente aleatoria.

Ella se gira hacia la casa de Gunnar y Greta. No está segura de lo que significaba la advertencia de Marit. Sea lo que sea, podría ser algo peligroso. Pero los infectados ya no son una amenaza para Ella. Además, ¿por qué Marit no lo dijo directamente si era eso a lo que se refería?

No, había algo allí que Marit no quería que Ella viera. No porque pudiera hacerle daño a Ella, sino... ¿por qué, entonces? ¿Qué era lo que Ella había visto en la cara de Marit hace un momento? ¿Vergüenza? ¿Culpa, incluso?

Aun mientras sigue reflexionando sobre la cuestión, se encuentra moviéndose hacia la entrada. Al mirar hacia la casa, ve la puerta principal abierta de par en par. Y a la vuelta de la esquina, desde el jardín, aparece una mujer corpulenta vestida con ropa que parece aún más pesada, como si estuviera a punto de ir a esquiar cuando la atacaron y la mataron. Mientras dobla la esquina y se tambalea hacia la casa, Ella ve un enorme agujero en sus pantalones, que revela que la mayor parte de su muslo izquierdo y glúteo han desaparecido.

Hay alguien dentro, se da cuenta Ella. Alguien que todavía está vivo.

Por su mente pasa fugazmente la imagen de la cara de Marit diciendo: «¿Hagos? No lo logró».

Ella ahoga un grito y corre hacia la casa.

No planeaba matar a esos tres soldados. De verdad que no.

Después de todo, realmente no se lo merecían. No le habían hecho nada en absoluto. Ni siquiera eran una amenaza; podía ver que se estaban tragando su historia de mierda, así que podría haber seguido con ellos, y lo habrían llevado de vuelta al campamento sin levantar una ceja. Porque incluso si estaban enfadados con él —como probablemente lo estaba el sargento—, no querrían acusarlo de nada. Todos eran soldados. Hermanos de armas. No se traicionaban entre ellos. Especialmente en momentos como estos.

Lo que hacía que matarlos fuera aún más despreciable. Kjell era muy consciente de ello. Simplemente no pudo evitarlo. En el momento en que los vio, se dio cuenta de lo fácil que sería. Estaban allí solos, a kilómetros de distancia de cualquier otra persona viva. Nadie lo sabría nunca. Los tres soldados eran como un caramelo gratis, esperando a que Kjell los recogiera y se los metiera en la boca. Placeres culpables.

Y así los mató, y fue increíble.

Mirando los cadáveres frente a él, apenas puede ver con claridad, su pulso está tan acelerado que puede sentirlo tras sus ojos. También tiene la garganta tensa, al igual que su pene. Siempre ocurre. Siempre que ejerce cualquier tipo de violencia, su miembro se pone duro como una roca y presiona contra el interior de sus pantalones, como queriendo saltar y unirse a la acción. Lo extraño es que Kjell no es homosexual, y ciertamente no es un necrófilo. Pero, habiendo experimentado estas involuntarias y furiosas erecciones inducidas por el derramamiento de sangre desde la pubertad, apenas presta atención al «Mini-Kjell» saludando. En vez de pensar en ello, guarda la pistola en la funda y comienza a despejar la carretera.

Arrastrando los cuerpos hacia un lado, los levanta por encima de la barrera y los empuja colina abajo. Caen rodando, atravesando los arbustos, desapareciendo de la vista. Incluso si un coche de

policía pasara por aquí, no notarían nada. Al amanecer, quedará poco de los soldados. Los depredadores se encargarán de ello. Está bastante seguro de que los infectados no se sienten atraídos por la carne muerta, pero lince, lobos, zorros, incluso osos y águilas son nativos de esta parte del país, y...

Kjell se detiene en seco cuando regresa al camión.

Solo necesita sacar a Nils. El tipo está colgando del cinturón de seguridad. Pero un movimiento en la parte trasera llama su atención, y automáticamente vuelve a sacar su arma.

Quiquiera, o lo que sea que vio, se ha escondido detrás del camión. Como su mente estaba ocupada pensando en depredadores, su primer pensamiento es que podría haber sido un animal. Excepto que era demasiado alto para eso, a menos que fuera un oso pardo de pie sobre sus patas traseras o un maldito alce, ya que ningún animal salvaje mide un metro ochenta.

Era una persona.

De algún modo, lo sabe.

Alguien lo estaba observando, y se apartó en cuanto él se dio la vuelta.

No podía ser un zombi. No se esconderían así. Y tampoco podría ser alguien de dentro del camión, porque las puertas traseras solo se abren desde fuera. Kjell se aseguró de ello.

Entonces debió ser un transeúnte. Un curioso que pasó por aquí y vio el camión. Excepto que no escuchó ningún motor y no hay otros vehículos detrás del camión.

Kjell se agacha y mira por debajo del camión. No ve nada.

Se levanta de nuevo y se mueve lentamente hacia la parte trasera del camión, ojos y oídos atentos, pistola en mano, listo para disparar a cualquier cosa que se mueva.

Acercándose al camión, Aksel se desplaza por el arcén, mantiene la cabeza baja y corre tan rápido como puede sobre el terreno nevado.

Llega a la parte trasera y se detiene para escuchar un segundo. Puede oír a los zombis dentro gruñir, golpeando contra la pared. Todos suenan como si todavía estuvieran sujetos.

Se asoma por la esquina hacia la parte delantera del camión. Y lo que ve no es precisamente alentador.

La puerta del lado del pasajero está abierta, y de ella cuelga uno de los soldados, con la cabeza agachada. Está atrapado en el cinturón de seguridad, que parece haberse desabrochado justo antes de morir. No es un zombi, y no fue un zombi quien lo mató, tampoco. Eso es evidente por la herida de bala en la sien, que ha vertido una buena cantidad de sangre sobre la nieve.

¿Qué demonios? ¿Decidieron matarse entre ellos de repente?

Tal vez uno de ellos estaba infectado, y los otros se dieron cuenta. Aun así, parece improbable que los soldados simplemente ejecutaran a su compañero en el acto, sin siquiera molestarse en sacarlo del camión primero. Quizá se produjo una pelea entre ellos, o quizás...

Un movimiento más adelante llama su atención.

Alguien —otro soldado, a juzgar por el uniforme— está arrastrando a otro tipo hacia la barandilla. Con un gruñido, lo levanta, lo inclina y le da un empujón lo suficientemente fuerte como para enviarlo rodando colina abajo. Cuando se da la vuelta, Aksel se retira. Se arrodilla y mira bajo el camión. Ve la pierna del soldado mientras regresa y comienza a liberar al soldado que cuelga del cinturón de seguridad. El cadáver cae al suelo, y el soldado lo arrastra de la misma manera que al otro.

Aksel no tiene ni idea de lo que está ocurriendo. Por ahora, lo ve como una oportunidad para liberar a Belinda. Así que abre la puerta del camión, tan silenciosamente como puede. Sus ojos

ya se habían acostumbrado a la oscuridad, o no habría podido ver las filas de personas muertas mirándolo fijamente.

—¿Belinda? —susurra, subiendo al camión—. ¿Belinda? ¿Sigues aquí?

Recuerda dónde estaba sentada: a la izquierda, al fondo, e intenta distinguirla entre los demás.

La sombra de su cabeza aparece cuando se inclina hacia adelante tanto como las correas se lo permiten.

—¿Aksel? —Su voz es apenas un susurro.

—Sí, soy yo —dice, avanzando por el medio del camión, asegurándose de mantener las manos cerca del cuerpo. El camión es lo suficientemente ancho como para que los zombis no puedan alcanzarlo, incluso si estiran las piernas. Pero no quiere correr riesgos. Al llegar a Belinda, ella lo agarra de la camisa como si se estuviera ahogando y lo atrae con fuerza.

—Gracias, gracias —susurra ella con voz ronca—. Gracias por volver, Aksel.

—No tienes por qué agradecerlo —dice al oído, liberando sus manos lo más suavemente que puede—. Déjame quitarte esas correas. Tenemos que salir de aquí.

—Los mató —susurra Belinda, mirándolo con los ojos muy abiertos—. Pararon para recogerlo, y él...

—Sí, lo sé —la interrumpe Aksel, colocando un dedo sobre sus labios—. No hagas ruido, o nos escuchará —dice mientras lucha con la hebilla de la correa—. Joder, ¿cómo funciona esto?

Consigue abrirla, y Belinda se pone de pie de inmediato.

Cuando lo hace, Aksel se vuelve hacia la parte trasera del camión, y ve la silueta del hombre apareciendo en la puerta.

Rápidamente, empuja a Belinda hacia abajo, y luego se sienta junto a ella. Le lanza una mirada de reojo y le indica silencio sin emitir sonido, esperando que ella pueda captar el gesto en la oscuridad.

Aparentemente, lo hace, o quizás simplemente vio al hombre junto a la puerta, porque se queda completamente quieta y en silencio.

Un rayo de luz atraviesa la oscuridad.

—¡Eh, imbécil! —grita el soldado—. Ven a saludar.

Aksel contiene la respiración.

—¿No te interesa hablar? Bueno, veo tus huellas en la nieve, y no hay huellas de vuelta, así que asumo que estás aquí. No me imagino por qué querías colarte en este camión, pero haz lo que quieras. Necesito a alguien vivo, y supongo que te acabas de ofrecer voluntariamente.

Dicho esto, cierra de golpe la puerta y echa el cerrojo.

—Mierda —murmura Aksel—. ¿Quién demonios es ese tío?

Belinda respira en la oscuridad.

—No tengo ni idea... como te dije, pararon para recogerlo, y él simplemente... empezó a disparar.

Aksel oye la puerta del conductor cerrarse de golpe, y un momento después, el camión vuelve a ponerse en marcha.

—¿Adónde crees que nos lleva? —pregunta Aksel—. ¿Dijo algo?

—No, nada —susurra Belinda, negando con la cabeza—. Tu suposición es tan válida como la mía.

Aksel se muerde el labio.

—Bueno, creo que es seguro decir que no nos lleva a la zona de cuarentena ...

* * *

¿Quieres leer las notas de Halgrim y descubrir qué les ocurrió a él y a su esposa? Descarga ahora el libro introductorio gratuito, *Draug*.

Disponible únicamente en:

nick-clausen.com/draug-es

O continúa con el libro 5:

nick-clausen.com/cada5